

# Nuestra Bandera

REVISTA POLITICA Y TEORICA DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

## SUMARIO

DOLORES IBARRURI

LA REVOLUCION SOCIALISTA DE OCTUBRE Y LA CLASE OBRERA  
ESPAÑOLA.

RAMON MENDEZONA

LA DEMOCRACIA SOVIETICA.

JOSE SANDOVAL

EL PASO DE LA REVOLUCION DEMOCRATICA BURGUESA A LA  
REVOLUCION SOCIALISTA.

EL CUARENTA ANIVERSARIO DE LA GRAN REVOLUCION  
SOCIALISTA DE OCTUBRE

Tesis de la Sección de Propaganda y Agitación del C.C. del  
P.C.U.S. y del Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al C.C.  
del P.C.U.S.

**N.º 19**  
(extraordinario)

MADRID, diciembre de 1957. Precio : **10 pesetas**

ESTADO

LIBRO

MINISTERIO  
DE CULTURA



# LA REVOLUCION SOCIALISTA DE OCTUBRE Y LA CLASE OBRERA ESPAÑOLA

por Dolores IBARRURI

**A**L conmemorar el cuarenta aniversario de la Revolución Socialista de Octubre de 1917, la clase obrera reafirma su confianza en la victoria del socialismo en el mundo. Y en los profundos cambios a favor del socialismo que se han producido desde los inolvidables días de Octubre 1917, ve su propio porvenir, su propio camino.

Durante casi 30 años, la Unión Soviética fué la fortaleza del socialismo, frente al mundo capitalista, y contra la cual se lanzaban en avalanchas furiosas las fuerzas de la reacción mundial, que no habiendo podido impedir la victoria de Octubre, querían barrer de la faz de la tierra al primer Estado socialista que iniciaba en la historia de la humanidad una nueva era, que señalaba el fin de una sociedad históricamente sobrepasada.

A los cuarenta años de la primera revolución proletaria triunfante, la gran Unión Soviética ya no es el único país socialista en el mundo aunque ella continúa siendo de manera incontestable el centro irradiador del socialismo, la brújula política que marca y orienta el camino de los pueblos hacia el futuro comunista de la humanidad. Junto a la Unión Soviética está la China popular, están las democracias populares de Europa y Asia, crece potente e invencible el campo del socialismo, impregnando con su influencia toda la vida contemporánea e influyendo de manera decisiva en la política mundial.

La revolución de Octubre abrió nuevos horizontes ante la clase obrera de todos los países. El socialismo había dejado de ser una aspiración secular para convertirse en una realidad viva en la sexta parte del mundo.

Las palabras con que termina el Manifiesto Comunista de Marx y Engels « ¡Proletarios de todos los países, uníos! » están al orden del día en el movimiento obrero internacional. Y sobre la marcha se muestra la necesidad de la unión de la clase de los explotados, para la lucha por la conquista del Poder, para la lucha por el socialismo.

La Revolución Socialista de Octubre de 1917, al destruir el poder de los terratenientes y capitalistas en Rusia, aceleró en todo el mundo el proceso de la evolución de la sociedad capitalista hacia el socialismo.

Con la Revolución de Octubre el predominio hegemónico de la burguesía en la dominación mundial fué destruído. Desde Octubre de 1917, en la arena mundial coexisten dos formas de vida social, dos sistemas: el capitalista y el socialista, este último, en su constante desarrollo afirma y muestra su superioridad sobre la vieja sociedad capitalista. Y toda la vida política contemporánea internacional se desarrolla bajo la influencia de esta situación real, que los grupos imperialistas se niegan a aceptar y que creen posible destruir con sus acciones contrarrevolucionarias en los países socialistas, o con una nueva guerra mundial a la que tienden con sus bloques agresivos y con su locura armamentista.

Pero sus esfuerzos están llamados a fracasar. El socialismo ha entrado ya en la vida de la sociedad moderna como una necesidad histórica y no existe nada ni nadie que pueda hacer volver hacia atrás la marcha de la Historia.



¿ EN qué medida la Revolución Socialista de Octubre se reflejó en la clase obrera española, en sus acciones y en sus luchas?

Con el año 1917 se abrió en España un período de intensa agitación política y social que abarcaba todo el país, que conmovía los estamentos de la sociedad española.

Luchaban los obreros y los campesinos por sus reivindicaciones de clase; pugnaba la burguesía por cambiar la correlación de fuerzas en la gobernación del país; en el seno del Ejército abríanse camino corrientes democráticas y en diferentes Armas se constituían juntas de defensa para defender las reivindicaciones económicas, políticas y morales de los jefes del Ejército; el problema nacional surgía a cada paso en la vida social y económica española, al mismo tiempo que la política colonialista de la monarquía en Marruecos desangraba y arruinaba a España, provocando el descontento general del país.

La revolución democrático-burguesa estaba al orden del día en la España oligárquica y feudal. Pero la realización de esta tarea chocaba con la situación en que se hallaba la clase obrera española, dividida en dos tendencias que luchaban entre sí, que se disputaban la dirección del movimiento obrero español: el anarquismo y el socialdemocratismo.

Esta división que causaba graves daños a la clase obrera, facilitaba el predominio del radicalismo pequeño-burgués en la lucha por el desarrollo de la democracia en España.

Y en España como lo demostraron los acontecimientos, al igual que en otros países, el problema de la dirección de la lucha era decisivo para el futuro de la democracia.

O la lucha por la revolución democrática la dirigía la clase obrera y en este caso la revolución se llevaría hasta el fin, o la dirigía la burguesía y entonces la revolución no sería más que una revolución a medias, un engendro revolucionario.

Así estaba planteado por la fuerza misma de los acontecimientos el problema de la revolución democrática en España en 1917. En el verano de este año la situación política en España alcanzaba una tensión extraordinaria. La combatividad de las masas obreras empujaba a las propias fuerzas burguesas a tomar posición sobre los acuciantes problemas del desarrollo democrático español.

Entre la burguesía y el Partido Socialista, como representante de la clase obrera, se llegó a un compromiso. Y si bien la fuerza fundamental que debería llevar el peso de la lucha contra la oligarquía terrateniente que detentaba el poder era la clase obrera, por incomprensión de los dirigentes socialistas, por su reformismo el dirigente político de la lucha era la burguesía.

Por ello, el problema de la lucha por la república no fué planteado como base de la coalición obrera y burguesa y como bandera de movilización de las masas populares a pesar de que las condiciones maduraban para ello, porque ni la burguesía ni sus aliados socialistas deseaban llegar hasta el fin en el desarrollo de la revolución democrático-burguesa.

La burguesía quería simplemente frenar los abusos del poder de la monarquía; conseguir el reconocimiento de los derechos autonómicos catalanes y participar en la Gobierno como fuerza hegemónica; los socialistas, a la zaga de la burguesía, se proponían utilizar el movimiento obrero para obligar a la monarquía a hacer algunas concesiones de tipo social, dejando a la burguesía el usufructo del poder y la dirección política de la lucha.

Cumpliendo los compromisos concertados con la burguesía, los

dirigentes socialistas comenzaron los preparativos de la huelga general política en toda España.

Los dirigentes anarcosindicalistas que controlaban una parte importantísima del movimiento obrero y que se declaraban apolíticos, desaprobando las relaciones de los socialistas con la oposición burguesa se negaron a participar en la huelga general de carácter político que el bloque de oposición preparaba contra el régimen.

A pesar de esta negativa que restaba al movimiento en preparación el apoyo de las importantes fuerzas obreras anarcosindicalistas, la agitación creciente de las masas y el haberse declarado en huelga los obreros ferroviarios, obligó a los dirigentes socialistas a forzar la marcha de los acontecimientos y la huelga general política fué declarada el 13 de agosto de 1917.

Era una huelga general política de un carácter muy especial. No se había realizado el necesario trabajo en el Ejército, ni realizado la suficiente preparación entre los obreros y los campesinos.

A pesar de ello, la clase obrera respondió al llamamiento del Partido Socialista con gran entusiasmo y la huelga adquirió desde los primeros momentos, especialmente en el País Vasco y en Asturias, un carácter violento.

Contra los huelguistas fué lanzado el Ejército y para aplastar una resistencia que duró más de dos semanas, el Gobierno se vió obligado a emprender acciones militares de amplia envergadura.

« Perseguiré a los mineros como a alimañas », escribía en uno de sus partes de guerra el general que dirigía la represión en Asturias.

En las ciudades y pueblos más importantes de España fueron detenidos millares de trabajadores que eran encerrados en las plazas de toros, en los barcos y en los cuarteles convertidos provisionalmente en prisiones.

Esta gran batalla de clase, que se produjo después de la Revolución de Febrero en Rusia, pudo haber sido un gran triunfo para la clase obrera y fuerzas democráticas. No lo fué, porque no hubo una dirección revolucionaria consciente y consecuente; porque no había en España un partido obrero capaz de dirigir y orientar hasta el fin la lucha revolucionaria de las masas.

Los obreros volvieron al trabajo sin haber logrado ni siquiera los objetivos que entraban en las combinaciones políticas de sus dirigentes.

Pero la clase obrera española no se sentía derrotada por este fracaso y consideraba el movimiento revolucionario de agosto de 1917 como el primer combate de envergadura nacional por la revolución democrática en España, ya que a despecho de la actitud de los dirigentes socialistas y anarcosindicalistas en la conciencia de las masas trabajadoras que iban más adelante que sus dirigentes, había la convicción de que la lucha no había terminado y de que ésta volvería a comenzar en el momento propicio.

## UNA NUEVA ETAPA EN LA LUCHA

LA Revolución Socialista de Octubre de 1917 produjo una profunda conmoción entre los obreros y campesinos españoles y sirvió para reavivar el entusiasmo revolucionario de las masas después de la huelga de agosto.

Con la Revolución Socialista de Octubre de 1917, en el movimiento obrero español se inicia una nueva etapa. Esta revolución daba a los trabajadores conciencia de su fuerza, claridad de objetivos, seguridad en el futuro.

A las organizaciones obreras clasistas aflúan millares y decenas de millares de obreros, de campesinos y de intelectuales.

Y desde Octubre de 1917, en las luchas de la clase obrera y de las masas campesinas españolas hay un nuevo acento, vive una nueva esperanza, se orientan hacia una meta bien definida.

Un nuevo léxico, expresión de conceptos vivos que hasta entonces

habían sido fórmulas teóricas asequibles solamente a los familiarizados con la teoría revolucionaria del marxismo, se hacía familiar a millones de hombres, estremecía por lo que significaba a las viejas castas dominantes.

Las ideas socialistas penetraban en la conciencia de las masas, impregnaban la vida social española.

La agitación obrera en España en ese período alcanza proporciones antes desconocidas. Huelgas de masas, manifestaciones, protestas, se suceden cada día llenando de pánico a las castas dominantes españolas que en ese movimiento de protesta popular perciben el aleteo de la revolución socialista.

El miedo al desarrollo de esta revolución les lleva a criminales locuras; no les basta el aparato represivo del Estado para detener el desarrollo revolucionario del movimiento obrero. Necesitan el exterminio físico de los dirigentes obreros más destacados, quieren decapitar el movimiento obrero y decenas de trabajadores caen asesinados por las bandas de provocadores policíacos en las principales ciudades españolas, especialmente en Cataluña.

Caracterizando la situación de España en ese período, el historiador español Ramos Oliveira dice lo siguiente en su Historia de España: « La oligarquía tiene una agonía que espanta. Bajo el mando terrorista del general Martínez Anido, en Barcelona se eclipsa totalmente la ley y se reprime la delincuencia con la delincuencia, el crimen político con el crimen político... Desde 1918 a 1923 España vive en un estado frenético de violencia social. Pasan doce gobiernos y tres parlamentos... »

En ese período de « violencia social », las organizaciones obreras se han convertido en una poderosa fuerza nacional que hace sentir su influencia en las propias esferas gubernamentales.

El Gobierno se ve obligado a establecer por decreto la jornada de 8 horas de trabajo. Los trabajadores de Artes Gráficas imponen a los periódicos burgueses la censura roja. Por primera vez es enviado al Parlamento un grupo de diputados que representa al Partido Socialista Obrero Español.

## INTERNACIONALISMO PROLETARIO

**E**N ese agitado período de luchas y de crecimiento del movimiento obrero, la solidaridad con la Revolución Socialista de Octubre deja de ser un sentimiento pasional, instintivo, para convertirse en acción.

La defensa de la Revolución Socialista no era un problema exclusivo de los obreros y campesinos rusos. Era la causa de la clase obrera mundial, la causa de toda la humanidad progresiva.

La clase obrera española dividida ideológica y orgánicamente desde el período de la Primera Internacional, coincide en la defensa de la Revolución de Octubre, se manifiesta rotundamente contra la intervención imperialista en Rusia e impide la participación de España en el bloqueo y en la intervención armada con lo que la reacción mundial quería aplastar al primer país socialista.

El Sindicato Obrero del Transporte, dirigido por los anarcosindicalistas, tomó la decisión de actuar contra el tráfico de armas a favor de los guardias blancos rusos.

Cuando fué conocido en España que el gobierno francés pedía al gobierno español su colaboración en el bloqueo contra el país soviético, en las principales ciudades españolas se desarrollaron manifestaciones de protesta. En Valencia y Barcelona los obreros asaltaron los consulados franceses, obligando al Gobierno a renunciar a sus propósitos de colaborar con Francia en la intervención contra el joven país soviético.

El VI Congreso nacional de obreros agrícolas de España, celebrado en Valencia el 25 de diciembre de 1918, tomó el acuerdo de

« declarar la huelga general si el Gobierno intentase intervenir contra el movimiento revolucionario ruso ».

Igualmente, los dirigentes del Partido Socialista Obrero Español adoptaron una resolución contra la participación del Gobierno español en la intervención antisoviética organizada por los países de la Entente.

En una reunión celebrada en la primavera de 1919 el Partido Socialista Obrero Español se pronunció contra toda clase de intervenciones en Rusia y a favor de la huelga general contra esta intervención, encargando a sus representantes en el Parlamento de presentar un proyecto de ley prohibiendo a los comerciantes y exportadores españoles el suministro de armas y provisiones a los guardias blancos en Rusia.

Por su parte, el Congreso Nacional de la Confederación Nacional del Trabajo aprobó una resolución en la que se decía:

« Primero: que los obreros de las fábricas de armas y municiones de España se nieguen a fabricar materiales destinados a la lucha contra el Ejército Rojo.

Segundo: que la Confederación Nacional del Trabajo tome a su cargo la obligación de declarar la huelga general en el caso de que el Gobierno tratase de enviar tropas contra Rusia ».

Estos simples hechos destacados entre las innumerables acciones a favor de la Unión Soviética en ese período son testimonio elocuente de cómo los trabajadores españoles sentían como algo íntimamente suyo, estrechamente ligado a su vida, a su actividad social y a su futuro, la Revolución de Octubre de 1917 que ellos estaban dispuestos a defender.

## NECESIDAD DE UN PARTIDO MARXISTA-LENINISTA

**D**E la experiencia vivida en esas luchas y de la lección que Rusia daba al mundo surgió en el seno del movimiento obrero y socialista una interrogación acuciante.

¿Por qué con un proletariado tan combativo y en unas condiciones tan favorables, no se produjeron en España los cambios políticos que se esperaban, que estaban en el ambiente?

La respuesta era sencilla: porque no había un partido de la clase obrera, apto para dirigir la lucha del proletariado en las nuevas condiciones históricas.

La Revolución de Octubre que abría a la clase obrera el camino del socialismo planteaba ante el proletariado español un cambio profundo en sus métodos de lucha, en su táctica y en sus orientaciones.

¿Podría el Partido Socialista español orientar y conducir a la clase obrera hacia la conquista del poder, hacia la instauración de la dictadura del proletariado, hacia la revolución socialista?

Por su tradición de lucha, pudo creerse así por muchos trabajadores socialistas que no comprendían la esencia antirrevolucionaria del reformismo.

El Partido Socialista al igual que los anarquistas negaba la necesidad de la dictadura del proletariado. Y sin la dictadura del proletariado no puede haber revolución socialista.

Por ello el Partido Socialista no era el partido de la clase obrera, a pesar de sus tradiciones combativas, no era el partido que pudiera llevar a la clase obrera a la conquista del poder.

Su actividad general tendía fundamentalmente a la conquista de reformas sociales, a la lucha electoral y a tener sindicatos con cajas de resistencia bien nutridas para asegurar la asistencia a los trabajadores en caso de huelga.

Ante el proletariado español estaba planteada la tarea histórica de constituir un partido de clase apoyado en la teoría marxista y

capaz de dirigir la lucha revolucionaria de las masas para la toma del poder.

La actuación del Partido Bolchevique que había dirigido la lucha de los obreros y de los campesinos rusos y su experiencia victoriosa contribuyeron a debilitar la influencia del reformismo en las filas de la clase obrera. En España, como en otros países, fueron creadas las premisas para la organización del partido revolucionario que necesitaba la clase obrera: el partido de nuevo tipo, fundado sobre la base inmovible del marxismo, enriquecido con la experiencia victoriosa de la Revolución de Octubre.

Al constituirse en 1919 la Tercera Internacional, dentro del Partido Socialista Obrero Español y de la Juventud Socialista se formaron grupos de simpatizantes de aquélla y, de estos grupos, surgió en abril de 1920 el Partido Comunista de España, que tuvo como núcleo inicial, no el Partido Socialista, como en casi todos los países, sino la Juventud Socialista, cuya dirección se constituyó en Partido Comunista, al que se adherieron muchos de los grupos de simpatizantes de la Tercera Internacional existentes en el Partido Socialista.

En junio de ese mismo año, el Partido Socialista Obrero Español celebró un Congreso extraordinario en el que por una mayoría de votos, acordó ingresar en la Tercera Internacional, aunque al conocer posteriormente las 21 condiciones en que se rechazaba y condenaba el reformismo, los dirigentes socialistas españoles se pronunciaron contra el ingreso en la Internacional Comunista, si bien reiterando formalmente su adhesión a la Revolución Socialista.

En el Congreso de abril de 1921 se escindió el Partido Socialista y con los grupos que se separaron de aquél se constituyó un nuevo Partido Comunista, el Partido Comunista Obrero Español.

Unos meses más tarde, se fusionaron los dos partidos comunistas, el surgido por iniciativa de la Juventud Socialista y el nacido por la escisión del viejo Partido Socialista para constituir lo que desde 1921 fué ya el Partido Comunista de España.

En la arena política española surgía a la vida una nueva fuerza política obrera, llamada a jugar un enorme papel en el desarrollo del movimiento revolucionario español: el Partido Comunista.

Pero ni su desarrollo ni su actividad habían de ser fáciles por la rabiosa persecución que desde los primeros momentos de su aparición debió sufrir el joven Partido Comunista de los diferentes gobiernos de la monarquía y de la república a los que no se ocultaba la importancia de la existencia de un Partido Comunista inspirado en la teoría revolucionaria del socialismo proletario, del socialismo marxista frente al reformismo socialdemócrata y al nihilismo de los anarquistas.

El Partido Comunista de España inició su actuación política con una gran campaña nacional contra la guerra de Marruecos, contra la política colonialista de la monarquía en África.

Una de las tareas fundamentales a que el Partido Comunista consagró sus actividades de manera permanente, fué a la lucha por la unidad del movimiento obrero, a la lucha por el frente único de la clase obrera.

En las grandes huelgas de mineros de Asturias y Vizcaya y metalúrgicos de Bilbao, contra la rebaja de salarios en los años 1922-1923, el Partido Comunista que dirigía las huelgas lo hacía bajo la bandera del frente único de los trabajadores.

El establecimiento de la dictadura militar fascista del general Primo de Rivera el 13 de septiembre de 1923 puso a prueba la capacidad revolucionaria de los partidos políticos y organizaciones obreras.

Mientras los dirigentes socialistas ofrecían su apoyo a la dictadura colaborando con ella, los dirigentes anarquistas, cesando toda actividad sindical de lucha, dejaban libre el camino del dictador.

Sólo el joven Partido Comunista tomó una actitud abierta y decidida contra la dictadura militar fascista del general Primo de Rivera llamando a los trabajadores socialistas y anarquistas a la lucha con-

junta contra el dictador y contra el régimen que respaldaba esta dictadura.

A pesar de las persecuciones policíacas y de la capitulación de los dirigentes obreros, las masas no cesaban la lucha. Unas veces espontáneamente y otras bajo la dirección del Partido Comunista. Lo característico de ese período era que toda lucha reivindicativa se transformaba inmediatamente en una lucha política contra la dictadura.

Cuando el general Primo de Rivera trató de estructurar su régimen al estilo corporativo italiano, el Partido Comunista realizó una gran agitación en el País Vasco, zona fundamental de la industria siderometalúrgica y minera de España, agitación que culminó en una huelga general de protesta de 24 horas el 10 de octubre de 1927 día señalado para la apertura de la llamada Asamblea Constituyente.

En los últimos años de la dictadura, las huelgas y acciones de los trabajadores se producían casi a diario. La lucha más importante de este período fué la sostenida por los obreros de la construcción de Sevilla y que se convirtió en una huelga general eminentemente política de la clase obrera sevillana.

Esta huelga dirigida por los comunistas fué la primera derrota seria de la dictadura. En distintas regiones andaluzas y por iniciativa de los comunistas, fueron constituidos comités de obreros agrícolas y campesinos pobres que dirigían las huelgas campesinas.

Los campesinos ocupaban los cortijos, propiedad de los grandes terratenientes y los obreros agrícolas dejaban que se perdieran las cosechas antes que aceptar salarios de hambre por el duro trabajo de las faenas de la recolección.

La dictadura del general Primo de Rivera declinaba a pesar del apoyo que para ella representaba la colaboración del Partido Socialista. Todas las clases sociales, a excepción de la oligarquía terrateniente, estaban contra ella. Los estudiantes tomaban parte abiertamente contra el dictador. La disciplina militar se resquebrajaba y lo que se veía hundir ya no era solamente el régimen dictatorial, sino la monarquía que creyó salvarse pisoteando la Constitución y entregando el poder a una camarilla militar.

El 14 de Abril de 1931, por el resultado adverso de unas elecciones municipales, caía la monarquía de los Borbones.

Proclamada la República, subía al poder una coalición de fuerzas política y socialmente heterogéneas, que no era ninguna garantía de solidez ni de estabilidad del régimen. En el gobierno participaban, junto a los republicanos burgueses de derecha y los viejos radicales y republicanos de izquierda, los representantes del Partido Socialista Obrero Español.

Sólo este último representaba una fuerza real, orgánica, sólida, la de la clase obrera y los campesinos que militaban en la Unión General de Trabajadores y en el Partido Socialista.

Pero el Partido Socialista, por su reformismo agudizado en el período de colaboración con la dictadura fascista, no estaba en condiciones de realizar la política que necesitaban la clase obrera y los campesinos, que exigía la situación de España.

Lo que representaba la colaboración de los socialistas en los gobiernos de la República es confesado por los propios socialistas en los primeros días del régimen republicano.

« El 14 de Abril —escribía el órgano oficial del Partido Socialista del 23 de Abril de 1931— el poder estaba en medio de la calle a merced de quien lo quisiera ocupar. Fué un acierto insuperable de los republicanos y socialistas el haber tenido en cierto modo creado el órgano adecuado para encauzar la revolución y constituir rápidamente un Gobierno que fuese garantía para todos los intereses del país. Sin la existencia del órgano creado por republicanos y socialistas ¿adónde hubiera ido a parar el Gobierno? ¿En qué manos estaría en estos momentos? ¿Cuál sería la situación de España? Reflexionar sobre esto produce hondo estremecimiento, porque es seguro estaríamos dominados por una tiranía extremista. »

¿Cuál era la tiranía extremista que tan honda preocupación producía a los dirigentes socialistas? Uno de los nuevos republicanos lo declaraba en un mítin celebrado en abril de 1931 en un teatro madrileño: « La República es el único medio de atajar el avance comunista que amenaza destruir la humanidad ».

A pesar de los esfuerzos de los diferentes gobiernos republicanos el avance del comunismo no pudo ser atajado no obstante las medidas represivas tomadas contra el Partido Comunista.

La clase obrera y masas populares que recibieron el establecimiento de la República con entusiasmo desbordante, aprendieron en su propia experiencia que una revolución democrática consecuente sólo puede ser dirigida por el proletariado. Y comenzaron a orientarse hacia el Partido Comunista.

La instauración de la República en España creaba un terreno más apropiado para la lucha por el desarrollo de la democracia, para la lucha por el socialismo.

E independientemente de las insuficiencias, de las debilidades y aun de la política antiobrera y antirrevolucionaria inherentes a su esencia burguesa, la República representaba un avance extraordinario en el camino de la democratización de España.

En los primeros años de la República, como durante todo el período de la dictadura, el Partido Comunista mantuvo de manera permanente la lucha por la unidad de la clase obrera. Y esta lucha de los comunistas que chocaba con la resistencia del Partido Socialista y de todo el aparato estatal puesto a disposición de aquél, comenzó a dar sus frutos, cuando los representantes socialistas se vieron obligados a abandonar la colaboración gubernamental con las fuerzas burguesas republicanas.

### **FRENTE UNICO. ALIANZAS OBRERAS Y CAMPESINAS.**

**E**L cese de la colaboración en el gobierno republicano burgués en 1933 provocó en el Partido Socialista la formación de tres tendencias que estaban latentes desde largos años atrás: el ala derecha abiertamente oportunista encabezada por el profesor Besteiro; el centro por Indalecio Prieto y el ala izquierda en la que participaba la Juventud Socialista, partidaria del entendimiento con los comunistas y dirigida por Francisco Largo Caballero.

Este grupo socialista izquierdista, partidario condicional del entendimiento con los comunistas, no veía la necesidad de esta unión en función de la lucha por el desarrollo de la democracia y por la creación de condiciones para la lucha por la conquista del poder para la clase obrera, sino en función de la lucha por la conquista del poder para el Partido Socialista.

En esta actitud apoyaban al ala izquierda del Partido Socialista grupos trotskistas tomados por los socialistas como mentores ideológicos intentando contrarrestar con ello la influencia creciente del Partido Comunista.

En oposición al frente único de los obreros y campesinos defendido por el Partido Comunista, los socialistas y trotskistas crearon las Alianzas Obreras con exclusión de los campesinos.

Crecía en el país la ofensiva de las fuerzas reaccionarias y fascistas que se proponían establecer en España una nueva dictadura fascista.

Y ante la gravedad de la situación, el Partido Comunista no vaciló. Mostrando que su voluntad unitaria no era una maniobra política, decidió ingresar en las Alianzas Obreras propugnadas por los socialistas, para hacer de ellas un instrumento eficaz de lucha de la clase obrera y de los campesinos contra la reacción.

El ingreso de los comunistas dió a las Alianzas una nueva fuerza y nuevo carácter. Y allí donde fué posible como en Asturias, las Alianzas fueron convertidas en Alianzas Obreras y Campesinas que

movilizaban y unificaban a las masas y mantenían alerta su vigilancia frente a las tentativas de la reacción fascista de apoderarse del poder.

Estas fuerzas se mostraban cada día más provocativas. El clima político era un clima de guerra civil. El 4 de octubre de 1934 las derechas consideraron que había llegado su hora y con la complicidad de los republicanos radicales y bajo la dirección de su jefe más destacado, el aventurero Lerroux, se formó un Gobierno en el que participaban representantes de las fuerzas más acusadamente reaccionarias.

Al conocerse la formación del Gobierno, el mismo día 4 fué declarada la huelga general que se extendió a Madrid, Asturias, Vasconia, León, Cataluña, Galicia, Salamanca, Andalucía, Alicante, Valencia y Castellón.

La huelga se transformó en lucha armada en Asturias y en Vasconia, en Cataluña, parte de León, Galicia y algunas otras localidades, lucha armada que en algunos lugares como en Asturias llevó a la transformación de las Alianzas Obreras y Campesinas en organos de poder.

En 1934 el Partido Comunista junto con los trabajadores socialistas fué el alma de la resistencia antifascista, como lo fué más tarde en la organización de la lucha contra la sublevación fascista.

Octubre de 1934 marcaba un viraje en la vida política española. Inmediatamente después de aquella lucha y cuando la represión estaba en todo su apogeo, por iniciativa del Partido Comunista de España se emprendió el reagrupamiento de las fuerzas obreras y democráticas.

El Partido Comunista de España cuya política de unidad obrera marcaba su vida y su actitud como una trayectoria sin retrocesos, comenzó a jugar en la vida política del país un papel decisivo.

Después de Octubre de 1934, se crearon las premisas para la unidad de acción entre el Partido Socialista y el Partido Comunista lo que representaba un primer paso en la superación de la escisión de la clase obrera.

### FRENTE POPULAR. UNIDAD OBRERA.

**E**N 1935 el Partido Comunista fué el iniciador y sostenedor fundamental del Frente Popular constituido a principios de 1936 sobre la base de un programa democrático mínimo que abarcaba además de los partidos Socialista y Comunista a partidos pequeño-burgueses como el Partido de Izquierda Republicana, la Unión Republicana, la Izquierda de Cataluña y otros grupos políticos de diversa significación.

En abril de 1936 se fusionan la Juventud Socialista y la Juventud Comunista, constituyendo una organización única, la Juventud Socialista Unificada, inspirada en el marxismo-leninismo y que era un avance importantísimo en el camino de la creación de un solo partido del proletariado.

Por iniciativa de los comunistas, se inicia la realización de la unidad sindical, con la fusión de los sindicatos autónomos que actuaban bajo la dirección de los comunistas, con la Unión General de Trabajadores.

Se logró igualmente un acercamiento entre las dos centrales sindicales, la Confederación Nacional del Trabajo de tendencia anarcosindicalista y la Unión General de Trabajadores de tendencia socialista que auguraba la posibilidad de la unificación de la clase obrera en una sola central sindical.

En Cataluña se llegó a la fusión del Partido Comunista de Cataluña, de la Federación Catalana del Partido Socialista Obrero, de la Unión Socialista de Cataluña y el Partido Catalán Proletario constituyéndose el Partido Socialista Unificado, primer ejemplo de

fusión de comunistas y socialistas en Europa, en un Partido marxista-leninista.

En el transcurso de la lucha por el frente único y por el Frente Popular, el Partido Comunista se convirtió en un partido de masas, con gran autoridad entre el pueblo.

Gracias a la política unitaria sostenida y defendida tenazmente por los comunistas, las fuerzas de derecha sufrieron una seria derrota en las elecciones de febrero de 1936 y el Parlamento español se constituyó con una mayoría democrática entre la que se contaban 17 diputados comunistas.

El camino del desarrollo pacífico de la revolución democrática estaba de nuevo abierto en España y de manera distinta a 1931.

El nuevo curso de la política española orientado a dar solución a los problemas de la revolución democrática abrían inmensas posibilidades a los trabajadores para defender sus derechos.

Pero las fuerzas reaccionarias y fascistas no se conformaban con la situación creada.

Derrotadas en el terreno político, las fuerzas reaccionarias y fascistas decidieron recurrir a la violencia y desde los primeros días del triunfo de las izquierdas comenzaron la preparación de la sublevación fascista.

El Partido Comunista, en el Parlamento, en la prensa, en los mítines y manifestaciones llamaba a las masas a mantenerse vigilantes y atentas ante las maniobras de las fuerzas reaccionarias, cuyos propósitos de lucha eran bien evidentes. Y cuando ya la sublevación fascista estaba en la calle, y en la dirección de los partidos burgueses había vacilaciones y se inclinaban hacia la capitulación ante el fascismo, el Partido Comunista movilizándolo a la clase obrera y fuerzas populares, organizando la resistencia, convenciendo a los vacilantes, impidió que la República fuese entregada sin resistencia al fascismo, impidió que se consumasen los propósitos de la reacción de conquistar rápidamente el poder.

A todo lo largo de la guerra que durante tres años ensangrentó los pueblos y ciudades de España, el Partido Comunista fué el artífice de la unidad de las fuerzas obreras y democráticas, y de la resistencia popular, en una guerra en la que se decidía no sólo la suerte de la democracia española, sino la paz del mundo.

## **JUSTEZA DE LOS PLANTEAMIENTOS DEL XX CONGRESO DEL PARTIDO COMUNISTA DE LA UNION SOVIETICA**

**C**OMO ejemplo elocuente y práctico de la importancia de la unidad de la clase obrera y de las fuerzas democráticas y de la posibilidad de aprovechar las instituciones democrático-burguesas en el desarrollo de la lucha por el socialismo, España ofrece una experiencia que merece ser tenida en cuenta.

Fuó en España en 1931 donde por primera vez en la historia contemporánea, una monarquía centenaria es derrocada a través de unas elecciones democráticas en las que la mayoría del país se pronunció contra el régimen monárquico.

Es en España también, donde la unidad de acción de socialistas y comunistas en 1934 impide la entronización del fascismo por la vía « legal », « democrática ».

Es asimismo en España, donde la unidad de las fuerzas obreras y democráticas en el Frente Popular muestra su eficacia, con su victoria política sobre la reacción fascista. Es en España donde la existencia del Frente Popular hace posible la resistencia a la agresión armada de los fascistas españoles apoyados y respaldados por las dos grandes potencias fascistas de la época, la Italia de Mussolini y la Alemania hitleriana, retrasando con esta resistencia el estallido de la segunda guerra mundial y permitiendo, en esa tregua, el reforzamiento de la capacidad defensiva de las democracias frente a la agresión hitleriana.

## RECONCILIACION NACIONAL.

**L**A derrota de la República después de una guerra de tres años y la instauración de un régimen fascista terrorista en España, obligaba a las fuerzas obreras y democráticas a cambiar sus formas de lucha, sus métodos de acción.

En el marco de un régimen policiaco brutal, el Partido Comunista ha continuado la lucha esforzándose por restablecer la unidad de las fuerzas obreras democráticas y antifranquistas en la resistencia al régimen franquista, desarrollando una política de Unión Nacional tendente al derrocamiento del franquismo y al restablecimiento de la convivencia nacional rota por la sublevación fascista de 1936.

En la situación actual de descomposición del régimen fascista del general Franco, el Partido Comunista defiende una política de reconciliación nacional para la lucha por la democratización de España, que empieza ya a plasmarse en hechos concretos de unidad de acción de las fuerzas obreras con grupos de la burguesía liberal y de la intelectualidad progresiva e incluso con fuerzas que en el pasado fueron apoyo del régimen.

La lucha de España tiene un carácter específico y para ella no sirven los patronos antiguos, escolásticos. Se trata de dar los primeros pasos por el camino de la democracia con una clase obrera que ha sido salvajemente diezmada con un terror policiaco inaudito; se trata de dar solidez a los balbuceos democráticos y liberales de grupos y capas sociales que no están de acuerdo con el régimen, pero en los cuales pesa junto al recuerdo de la guerra, la influencia de veinte años de propaganda fascista anticomunista.

El Partido Comunista no cierra los ojos ante las dificultades presentes y parte del hecho de que en las condiciones de la España franquista el derrocamiento de la dictadura fascista y el restablecimiento de la democracia sin una nueva guerra civil no son posibles sin la creación de determinadas premisas que abren el camino al restablecimiento de la soberanía popular.

Por ello, el Partido Comunista, defendiendo una política de reconciliación nacional, está dispuesto a apoyar la formación de un Gobierno liberal que garantice el restablecimiento de las libertades democráticas mínimas, que dicte una amnistía política general, que se preocupe de la elevación del nivel de vida de las masas; está dispuesto al compromiso incluso con las fuerzas que ayer apoyaron al régimen franquista y que hoy están en la oposición.

En toda la política desarrollada por el Partido Comunista tanto en el período de la monarquía como con la República al igual que en la actual situación, una preocupación fundamental está presente en la actividad diaria de los comunistas españoles: la unidad de la clase obrera.

La experiencia de cuarenta años de lucha, ha evidenciado la gran fuerza de la unidad obrera; ha puesto de manifiesto que una clase obrera unida con plena conciencia de su papel histórico, está en condiciones de dirigir el desarrollo democrático y socialista de un país y puede ser el polo de atracción y el aglutinante de las fuerzas democráticas que no se oponen al progreso social.

A todo lo largo de estos años de lucha constante del pueblo español por la democracia y la libertad, primero contra un régimen monárquico oligárquico feudal; después contra la dictadura militar fascista del general Primo de Rivera, y por la República y su democratización; contra los intentos fascistas en 1934 y contra la sublevación militar fascista en la guerra de 1936 a 1939, la influencia de la Unión Soviética en las masas populares españolas fué un factor de enorme importancia en el acercamiento de los trabajadores socialistas y comunistas, no obstante las posiciones anticomunistas de muchos dirigentes socialistas.

En el transcurso de la guerra del pueblo español contra la sublevación militar fascista y contra las fuerzas coaligadas del fascismo y de la reacción internacionales, la solidaridad de los pueblos de

la Unión Soviética para con el pueblo español y la ayuda material, efectiva, al gobierno republicano y a los combatientes españoles, tuvieron una inmensa importancia.

Los trabajadores españoles en su lucha liberadora sintieron viva y directamente lo que significa el internacionalismo proletario; lo que para la lucha liberadora de la clase obrera y de los pueblos representa la existencia de la Unión Soviética, cuyas bases fueron establecidas por la Revolución Socialista de Octubre de 1917.

Y al conmemorar el 40 aniversario de la gran Revolución Socialista de Octubre, el Partido Comunista de España expresa al pueblo soviético su profundo agradecimiento por haber abierto con ingentes sacrificios el camino del socialismo a la humanidad trabajadora. Expresa al Partido Comunista de la Unión Soviética, en el que ve al guía y maestro, el destacamento de vanguardia en la lucha por la democracia y el socialismo, su profundo respeto y simpatía, su fe y su confianza en la victoria del comunismo en el mundo, su inquebrantable fidelidad a la doctrina marxista-leninista de la que él es el abanderado consecuente, indiscutible y reconocido por las fuerzas verdaderamente progresivas del universo en marcha hacia el futuro esplendoroso del comunismo.

MINISTERIO DE CULTURA



# LA DEMOCRACIA SOVIETICA

por Ramon MENDEZONA

« No conozco otro país.  
Donde el hombre respire tan libre ».

(De una conocida canción soviética.)

**D**ESDE la cima luminosa de sus realizaciones, al celebrar el 40 aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre, la U.R.S.S. ofrece al mundo, contrastada por la experiencia, la forma de poder más democrática que ha conocido la humanidad: la democracia soviética, la democracia socialista.

Iba a cumplirse el cuarto aniversario de ese nuevo Poder y Lenin lo definió así:

« El régimen soviético es el máximo de democracia para los obreros y los campesinos, y al mismo tiempo significa la ruptura con el democratismo *burgués* y el surgimiento de un *nuevo tipo* de democracia, de alcance histórico mundial: el democratismo proletario o dictadura del proletariado ». (Lenin. « Obras Completas », T. 33, pág. 32. Cuarta edición rusa.)

¿Es que una dictadura, aunque se llame del proletariado, puede ser una democracia?, se preguntarán algunos con extrañeza al leer estas palabras.

Al oír hablar de « dictadura », sin hacer la necesaria distinción entre dictadura de la burguesía y dictadura del proletariado, la asocian mentalmente con la anulación de todas las libertades y garantías democráticas, con la arbitrariedad, con el abuso de poder en interés personal del dictador. En nuestro país, la existencia de una dictadura fascista se caracteriza precisamente por esos signos despóticos. Por ello nuestro Partido, todo el pueblo, luchan contra la dictadura del general Franco, por el restablecimiento de las libertades democráticas.

La dominación de la burguesía presenta en otros países formas distintas, más o menos democráticas. Comparadas con la dictadura imperante en España son, obvio es decirlo, progresivas, pues los trabajadores disponen de una serie de posibilidades para la mejor defensa de sus derechos. Este es un aspecto de la cuestión.

El otro aspecto radica en la naturaleza del propio sistema. Siendo éste capitalista, se basa en la explotación de los trabajadores. La clase que posee los medios de producción —los capitalistas— es la que dicta su voluntad y la impone en la medida que vence la resistencia de los explotados. Esa dominación, aunque adopte a veces formas democráticas que la enmascaran, es en esencia una dictadura.

Para comprender mejor esto es preciso fijarse en el carácter profundamente dialéctico del desarrollo social. En el curso de la Historia la democracia no ha tenido una significación unívoca ni la tiene tampoco

en la actualidad. En toda sociedad de clases la democracia está indisolublemente vinculada a la dictadura de una u otra clase. La que se encuentra en el Poder es la que determina la naturaleza de la correspondiente democracia.

La humanidad ha conocido diversas formas de democracia. En el « siglo de oro » de Atenas, Pericles defendía los principios democráticos, pero sólo se extendían a los llamados « ciudadanos libres ». De 400.000 atenienses, sólo 30.000 participaban en la dirección. En Esparta por cada ciudadano libre había 3 esclavos. A los antiguos griegos esta estructura de la sociedad les parecía natural. Ni Platón ni Aristóteles ni Sófocles alzaron su voz contra la esclavitud. Esa era la *democracia esclavista*.

Y cuando Grecia vióse amenazada por la barbarie, los esclavos permanecieron indiferentes: el destino de aquella sociedad que les negaba todos los derechos no podía preocuparles. En el último momento los gobernantes de Atenas, para defenderse de las legiones romanas, prometieron a los esclavos la libertad, les dieron incluso armas, llamándolos angustiosamente en su ayuda, pero era demasiado tarde.

En la noche del feudalismo y como precursoras del Renacimiento, algunas Repúblicas italianas se convierten en asilo de la libertad para los pueblos apenas escapados al hacha de los hunos y de los vándalos. Pero en Venecia, por ejemplo, bajo la forma republicana, el pueblo está excluido de toda función pública, mientras el Poder es ejercido por una oligarquía de mercaderes enriquecidos, con una policía siniestra e invisible, por todo resorte gubernamental.

Otras alcanzan mayor desarrollo democrático, pero los 20 senadores de Nápoles y los 36 cónsules de Amalfi no salen, de hecho, del círculo de un pequeño número de familias. Es la *democracia feudal* que en nuestro país, allá por el siglo XII, cuando aún no figuraba el estado llano en ningún otro parlamento del mundo, lleva ya la representación popular española a las Cortes.

Más tarde, cuando la joven burguesía se colocó al frente de las masas, lanzándose al asalto del feudalismo, los ideólogos avanzados de aquella época pusieron en línea de combate no pocas ideas pródicas: las ideas de libertad, igualdad, democracia, legalidad, soberanía nacional y patriotismo. El ideal ético-filosófico que resumía las concepciones de los revolucionarios y pensadores burgueses era el humanismo, cuyo filo apuntaba al feudalismo y los privilegios de casta de los señores feudales.

Una vez afianzada la dominación de la burguesía, cuando ésta se convirtió en una fuerza reaccionaria, las ideas de vanguardia que habían alumbrado su ascensión al Poder trocáronse para ella en palabras huecas, en puros adornos retóricos. El edificio en cuyo frontis campeaban los tres atributos de la Revolución Francesa —Libertad, Igualdad, Fraternidad— encerraba dentro la más refinada explotación del hombre, los privilegios y la dominación de los capitalistas.

Todas estas formas de democracia —esclavista, feudal, burguesa— diferían grandemente entre sí, pero tenían un rasgo común: representaban el poder de una minoría sobre la mayoría explotada. Cambiaban los sistemas, pero la explotación subsistía.

La democracia soviética nacida de la Gran Revolución Socialista de Octubre es algo radicalmente distinto. Significa el poder de los trabajadores de la ciudad y del campo, es decir, de la mayoría de la población. Es la expresión del cambio revolucionario más profundo en la historia de la humanidad, el que venía no a sustituir una forma de explotación por otra, sino a poner fin de una vez para siempre a la explotación del hombre por el hombre. De ahí que Lenin subrayase que se trataba de un nuevo tipo de democracia, de alcance histórico mundial.

No era un « experimento ruso », sino el comienzo de una nueva época universal: la época de la dominación política del proletariado que reemplazaba a la época de dominación de la burguesía.

Anunció el fin de todo yugo social y nacional, y no sólo proclamó sino que hizo realidad las excelsas ideas del socialismo, la paz, la igualdad de derechos y la amistad de los pueblos.

En el pasado otras revoluciones habían iluminado también con sus cárdenos resplandores momentos cruciales de la Historia. Pero las clases explotadoras, al día siguiente de la revolución o el mismo día, procuraban

apartar a las masas populares —una vez haberse servido de ellas— de toda participación efectiva en el Poder y ahogaban en sangre cualquier intento liberador.

La Revolución de Octubre, la más genuinamente popular, no sólo llama a los trabajadores al asalto del Palacio de Invierno, sino que les dice: « Agrupáos y tomad en vuestras manos todos los asuntos del Estado ».

Este carácter eminentemente popular, que echa por tierra las lucubraciones de los que dicen que la revolución sólo es obra de « minorías selectas » (para negar el papel creador de la masas), informa todos los actos del nuevo Poder.

Los ideólogos reaccionarios, en sus intentos impugnadores del socialismo, afirman que « la Revolución de Octubre rompió con los ideales de la democracia ». El marxista en seguida preguntará: ¿de qué democracia?

La Revolución de Octubre significó, en efecto, el hundimiento de la democracia burguesa, es decir, de la dictadura de la burguesía. Pero significó también el triunfo de la democracia auténtica, de la democracia proletaria, socialista.

« Democracia », en la cabal acepción de la palabra, quiere decir « gobierno de la mayoría ».

El primer documento del histórico II Congreso de los Soviets que proclama la toma del Poder y las tareas del nuevo Gobierno, dice: « Apoyándose en la voluntad de la inmensa mayoría de los obreros, soldados y campesinos, apoyándose en la insurrección triunfante llevada a cabo por los obreros y la guarnición de Petrogrado, el Congreso toma en sus manos el Poder ».

A diferencia del poder de la burguesía que, nominalmente, apela « a toda la Nación », es decir, a todas las clases y capas que forman la sociedad, el nuevo Poder soviético habla en nombre de la inmensa mayoría de los trabajadores. Así, mientras la burguesía se esfuerza por velar hipócritamente el carácter de clase de su dominación, utilizando palabras grandilocuentes como « libre expresión de la voluntad nacional », « altos intereses de la Nación », etc., etc., el Poder soviético, desde su nacimiento, no oculta, sino que proclama su carácter de clase. No pretende ser un Poder *de todas las clases o por encima de las clases*, socorrida y falsa fórmula con que el Estado burgués acostumbra a adornar su opresión de clase, sino el Poder de los trabajadores. Su política responde a la voluntad y los intereses de los trabajadores.

¿Cuales eran esa voluntad y esos intereses en 1917?

La paz, la tierra, la igualdad y soberanía de los pueblos de Rusia.

Los primeros decretos del Poder soviético, al dar satisfacción a estos anhelos de la abrumadora mayoría de los trabajadores, confirmaron el carácter genuinamente popular de la Revolución de Octubre. Por fin, el principio fundamental de la democracia como Poder de la mayoría, como Poder del pueblo, encarnaba en realidad.

Una conmoción tan gigantesca como la de Octubre de 1917, las tremendas vicisitudes de la guerra civil y de la lucha contra la intervención de 14 potencias, los inauditos esfuerzos para levantar la economía arruinada, el dramático forcejeo con el hambre y el bloqueo, la epopeya de los planes quinquenales, la victoria sobre la Alemania hitleriana y el Japón militarista, la reconstrucción posbélica, la hazaña de las tierras vírgenes, todo esto —jalones del áspero y glorioso camino recorrido en 40 años— sólo es concebible con la más abnegada y entusiasta participación de las masas populares.

## LOS SOVIETS.

La democracia socialista o dictadura del proletariado tomó en Rusia la forma de Soviets (Consejos) de diputados obreros y campesinos. Concurrieron en ello razones de tipo histórico y las aportaciones de Lenin al marxismo —la teoría de la revolución socialista—, unido a la propia experiencia de las masas.

Fueron las masas mismas las que crearon los Soviets. Primero, allá por el año 1905, como forma de organización y dirección de su lucha de clases revolucionaria, en sus huelgas y movimientos de la primera revolución rusa. Mas tarde, al producirse en el país nuevamente una situación revolucionaria, los Soviets resurgieron. El pueblo no los había olvidado. El genio de Lenin supo ver en ellos la forma idónea del nuevo Poder.

Es sabido que hasta abril de 1917 los marxistas consideraban que la mejor forma política de paso al Socialismo era la República parlamentaria. En sus famosas Tesis de Abril, Lenin demostró la superioridad de otra forma estatal: la República soviética, a pesar de que en aquellos momentos los Soviets estaban encabezados por los mencheviques y social-revolucionarios. Sus ventajas sobre el parlamentarismo, en la forma clásica, eran evidentes. Ninguna otra organización estatal podía compararse por su autenticidad representativa, directa y de masas. Aseguraba la unión del Poder legislativo y del Poder ejecutivo. Permitía una ligazón más estrecha del aparato estatal con las masas. En una palabra, significaba más democracia, menos formalismo, menos burocracia, más facilidad de elección de los mejores y destitución de los que nos estuviesen a la altura de las tareas encomendadas.

En los Soviets estaban representados los bolcheviques, los mencheviques y los social-revolucionarios. Es decir, esta forma de Poder no descartaba la posibilidad de un entendimiento entre esas fuerzas. Por ejemplo, ese entendimiento se produjo para aplastar la intentona contrarrevolucionaria del general Kornílov (la « korniloviada »). No fué culpa de los bolcheviques que los mencheviques y social-revolucionarios se situasen al otro lado de la barricada, que se aliasen a la contrarrevolución interior y al imperialismo internacional para combatir encarnizadamente al Poder soviético. Esto fué lo que determinó su desaparición. Los aislacionistas empeñados en residenciar a los bolcheviques, resultaron aislados. La lección tiene vigencia para nuestros días.

Ahora bien, la existencia de un solo partido en la U.R.S.S., cuya razón histórica hemos indicado brevemente, es aprovechada por los políticos y teóricos burgueses para atacar al Estado soviético, estableciendo absurdas comparaciones y diciendo que no es democrático. ¿Acaso la pluralidad de partidos es condición indispensable de la democracia? La respuesta a esta pregunta debe darse en el marco de la experiencia histórica concreta. Y esa experiencia muestra que en diferentes condiciones el sistema de un partido (como la pluralidad de partidos) puede tener distinto signo.

Es indudable que en la sociedad burguesa, dividida en clases antagónicas, el sistema de partido único es un retroceso en comparación con el sistema de varios partidos, ya que implica el aplastamiento de la clase obrera y de sus partidos, de todos los elementos progresistas por el sector más reaccionario de la burguesía imperialista. Por eso nuestro Partido, al combatir el sistema de partido único implantado sangrientamente por Franco preconiza el paso pacífico de la dictadura fascista a una etapa de convivencia democrática donde sea posible el libre juego de partidos.

El contenido del sistema de partido único es diametralmente opuesto en la sociedad socialista, formada por dos clases amigas —los obreros y los campesinos— y por los intelectuales. En esta sociedad, el partido de la clase obrera expresa los intereses no sólo de esta clase, sino también de toda la sociedad, ya que estos intereses son comunes en lo principal y básico: en la lucha por la edificación del comunismo, aspiración de todos los trabajadores.

Del mismo modo, la pluralidad de partidos puede tener distinto fondo: en los Estados Unidos la burguesía ejerce su poder a través de este sistema. Pero en varias democracias populares, la pluralidad de partidos, perteneciendo el lugar principal al partido de la clase obrera, está al servicio de la edificación socialista.

Es evidente que el número de partidos no es el criterio para comprender la esencia del régimen político de un Estado. Lo importante y decisivo es qué intereses refleja la política del partido gobernante. Y la del Partido Comunista de la Unión Soviética está por entero al servicio del pueblo.

En otras condiciones históricas y contando con la poderosa ayuda de la Unión Soviética, varios países de Europa y Asia han elaborado nuevas formas de desarrollo de la democracia, han establecido otra forma de dictadura del proletariado: la democracia popular.

No está excluida tampoco, en determinadas condiciones, la vía parlamentaria de transición al socialismo. El aparato parlamentario creado por la burguesía puede ser también utilizado en interés de la clase obrera.

Cualquiera que sea la forma que adopte el paso al Socialismo —República soviética, democracia-popular o vía parlamentaria— su esencia será inevitablemente una: la *dictadura del proletariado*.

Lo que determina las formas de la revolución socialista (pacífica o no pacífica), el sistema de democracia socialista (con uno o con varios partidos) y la existencia de Gobiernos de un partido o de coalición (asegurando la dirección del Partido de la clase obrera) es la correlación de fuerzas de clase y de partidos, y las condiciones políticas que de ella se derivan. Cuando en agosto de 1956 el Comité Central de nuestro Partido envió su conocida Carta al Comité Director del Partido Socialista, trazó una amplia perspectiva al escribir: « Los comunistas queremos edificar el Socialismo en fraternal colaboración con el Partido Socialista, con los cenetistas, con los trabajadores católicos y con otras fuerzas populares y progresivas de nuestro país ».

Esa es nuestra posición.

## LA BASE ECONOMICA DE LA DEMOCRACIA SOCIALISTA.

La Revolución de Octubre, al liquidar la dominación del capital y convertir los medios de producción en propiedad social, aseguró a las masas la más importante de las libertades, puntal de todas las demás: la de *no ser explotado*.

El firme cimiento en que se asienta la democracia soviética, su base económica sobre la que se edifica toda la superestructura es el sistema socialista de economía y la propiedad socialista sobre los instrumentos y medios de producción.

Desde hace 40 años el Poder estatal pertenece indivisiblemente a los trabajadores. Los obreros y los campesinos son los dueños de todas las tierras, del subsuelo, de todas las fábricas, minas y yacimientos, de los ferrocarriles, centrales eléctricas y demás medios de producción. Esta es precisamente la democracia con que sueñan los trabajadores de todos los países, la que no puede darles ningún régimen burgués.

Como es sabido, a lo más que llega la burguesía es a la mera enunciación de los principios democráticos; ella considera que la lucha por estos principios *termina* con la abolición de los privilegios feudales más descarados, proclamando simplemente la libertad y la igualdad ante la ley.

El Estado soviético no sólo proclama los principios democráticos, sino que asegura materialmente su eficacia, considera que la lucha por esos principios *comienza* suprimiendo el Poder de la burguesía. La democracia socialista es un proceso en continuo desarrollo.

Al instaurarse, lógicamente, no podía conceder las mismas libertades a los que defendían el Poder soviético que a los que luchaban contra él. La implantación del comunismo de guerra, la privación de derechos electorales a los representantes de las clases explotadoras y otras medidas restrictivas temporales de la democracia estaban impuestas por el encarnizamiento de la propia burguesía. La U.R.S.S. se veía obligada a construir el Socialismo sola, asediada por los enemigos de dentro y de fuera, y esta circunstancia confería a la lucha singular virulencia, a pesar de que la Revolución de Octubre fué una de las menos sangrientas que conoce la historia.

En las nuevas condiciones históricas, como ya lo previera Lenin, en los países que emprendieron más tarde el camino del socialismo, no ha sido necesaria la política del comunismo de guerra ni la privación de derechos electorales a la burguesía que establecían las primeras Constituciones soviéticas (años 1918 y 1924).

La Constitución de la U.R.S.S. de 1936 determina la forma del Estado soviético en su segunda fase de desarrollo, cuando ya no hay clases explotadoras y se implanta el sufragio universal, igual, directo y secreto.

El desarrollo sucesivo de la democracia socialista se vio frenado por las negativas consecuencias del culto a la personalidad, cuya raíz no estaba en el sistema soviético, sino que eran deformaciones de este sistema originadas por causas objetivas y subjetivas que han sido ya ampliamente explicadas en una serie de importantes documentos (1).

Lo que nos interesa señalar aquí es que la lucha planteada por el propio Partido para acabar con el culto a la personalidad y corregir los graves errores cometidos ha abierto amplio cauce al desarrollo de la democracia socialista, ha asegurado un nuevo y esplendoroso auge de la sociedad soviética en todos los aspectos.

De ello hablaremos al final de este trabajo.

## LA SOLUCION DEL PROBLEMA NACIONAL.

La democracia socialista encarnó de manera brillante en la solución del problema nacional. La Gran Revolución de Octubre suprimió para siempre la desigualdad nacional y estableció la verdadera fraternidad de todas las naciones, elevó a los pueblos antes oprimidos a la condición de libres e iguales en derechos.

Muchos pueblos que ni siquiera tenían estatalidad, la adquirieron; otros que la habían perdido, la recobraron.

En su primer documento estatal, el mismo 25 de octubre (7 de noviembre) de 1917, el II Congreso de los Soviets de toda Rusia proclama que el Poder Soviético asegura a todas las naciones que pueblan Rusia el auténtico derecho de autodeterminación.

A los 8 días, en la Declaración de Derechos de los pueblos de Rusia, se establece la igualdad y soberanía de éstos: su derecho a determinar libremente su destino, llegando incluso a la separación y formación de un Estado independiente; la supresión de todos los privilegios y limitaciones nacionales y nacional-religiosas; el libre desarrollo de las minorías nacionales y grupos étnicos.

Luego vienen las medidas prácticas: reconocimiento de la independencia de Ucrania; libre determinación de la Armenia turca; derecho de independencia a Finlandia. Los principios de la política nacional leninista van haciéndose realidad.

Sin embargo, fueron necesarios 5 años de trabajo paciente para que, sobre la base del libre consentimiento, se formase la nueva Federación Socialista, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, Estado Socialista multinacional.

Hoy agrupa a 33 Estados nacionales (15 Repúblicas Federadas y 18 Repúblicas Autónomas) y 20 formaciones estatales nacionales (10 regiones autónomas y 10 circunscripciones nacionales).

A diferencia de las Federaciones o Confederaciones burguesas (Estados Unidos de América, Suiza, etc.) que se crearon recurriendo a la violencia, la U.R.S.S. se configuró sobre la base de la voluntariedad de los Estados que la integran. La democracia socialista les garantiza a cada uno de ellos la posibilidad de expresar libremente su voluntad.

En un problema tan complejo como el nacional, el Partido Comunista de la U.R.S.S. ha tenido que luchar en dos frentes: contra los sentimientos chovinistas de gran potencia inculcados en el pueblo ruso durante siglos por las clases dominantes del imperio zarista, y contra el violento nacionalismo latente en los pueblos oprimidos, nacido bajo la influencia de su burguesía nacionalista y como reacción al yugo zarista, que había hecho de Rusia una cárcel de pueblos.

(1) « Acerca de la superación del culto a la personalidad y sus consecuencias » (Decisión del C.C. del P.C.U.S., 30-VI-56).

« Acerca de la experiencia histórica de la dictadura del proletariado » (« Jenminhipao »).

También se cometieron errores, particularmente en el último período de la vida de Stalin, que infringían los principios básicos de la política nacional leninista. La fidelidad insobornable a estos principios ha permitido al Partido vencer todos los obstáculos, corregir los errores y tomar una serie de medidas que no sólo son una garantía de que aquéllos no volverán a repetirse, sino que amplían considerablemente los derechos de las Repúblicas federadas, cimentan la amistad de los pueblos de la U.R.S.S. y aceleran la marcha de la sociedad soviética hacia el Comunismo.

## LA DEMOCRACIA SOCIALISTA Y EL HUMANISMO.

En los últimos tiempos, ante la imposibilidad de negar los grandiosos éxitos económicos de la U.R.S.S., los detractores del régimen soviético propagan la absurda especie de que todo eso ha sido conseguido a costa del individuo, ahogando la personalidad humana. Quieren presentar a la sociedad soviética como una masa gris, en la que el Estado, cual nuevo Saturno, ha devorado al hombre.

Entre esos profetas del « humanismo » se encuentran hasta el dictador fascista Franco, los ideólogos del Opus-Dei, una decena de renegados...

Por grande que sea la diversidad de quienes adoptan tal actitud, un deseo común les reúne a todos: denigrar al socialismo, presentarlo como un régimen social sin alma, contrario al humanismo.

Antes de dilucidar esta importante cuestión conviene establecer de antemano que nuestra época se caracteriza por una encarnizada lucha de clases entre las fuerzas del progreso y la reacción. Por eso, es absurdo hablar de una « idea universal » de justicia y de humanismo, igualmente aceptable para el proletariado y la burguesía. Lo que es un bien para la burguesía es, por regla general, un mal para el proletariado, para los trabajadores. Y viceversa.

El humanismo pequeño-burgués invoca la justicia, la moral y la humanidad, inspirándose en una noción abstracta del hombre, lo concibe despojado de sus cualidades históricas concretas, de sus intereses de clase.

Contrariamente a esta concepción, la dialéctica marxista enseña que la naturaleza del hombre tiene siempre un carácter histórico concreto, que en cada ocasión está determinado por condiciones económicas y sociales dadas, que se modifica con ellas.

Los comunistas, los marxistas-leninistas, amamos ardientemente a la humanidad, pero ese amor no nos lleva a suspirar por la justicia abstracta, a soñar platónicamente con un « mundo mejor ».

Nuestro humanismo se manifiesta en que luchamos contra la injusticia de la sociedad burguesa, para que la humanidad trabajadora viva en condiciones realmente humanas.

Los comunistas somos verdaderos humanistas, pues aspiramos a la victoria del régimen más humano, el régimen socialista, sin explotación del hombre por el hombre.

El humanismo se mide hoy por elementos bien concretos y vitales. Es humanista quien no sólo aborrece el yugo capitalista, sino que también lucha contra él. Es humanista quien no sólo detesta el colonialismo y todas las formas de opresión nacional, sino que también lucha por liquidarlos. Es humanista quien no sólo proclama su pacifismo, sino que lo hace dinámico, actuante, luchando por la paz.

Enfocadas así las cosas, pasando de lo abstracto a lo real, la Gran Revolución Socialista de Octubre y el triunfo del socialismo en la U.R.S.S. representan un himno al humanismo, pues liquidaron definitivamente la explotación del hombre por el hombre y la opresión de las naciones, establecieron la igualdad de derechos y la amistad entre los pueblos, enarbolaron la bandera de la paz. Más de 900 millones de seres se han liberado de las cadenas del capitalismo. Centenares de millones de

hombres en Asia y Africa han roto el yugo colonial. Esta es la más alta conquista del humanismo desde que el mundo es mundo.

La formación del poderoso campo socialista, transfigurando la estructura del mundo, ha dotado de una base firme a la lucha por evitar una nueva guerra, por una paz duradera, entre los pueblos.

¡Esa es hoy la suprema expresión del humanismo! Ella impide a los imperialistas desencadenar una guerra atómica en la que sucumbirían centenares de millones de personas.

Nuestro gran humanista Antonio Machado, superando algunas de sus anteriores concepciones metafísicas y comprendiendo el fracaso de las llamadas « democracias occidentales » a las que llama « faros intermitentes, luminarias mortecinas que ya no alumbran ni calientan », supo ver claramente el significado de la nueva Rusia —« mil veces noble y santa— desde que roto el báculo y el cetro —empuñas el martillo y la guadaña »— cuando escribió con inspiradas y profundas palabras:

« Moscú, resumamos en este claro nombre toda la vasta organización de la Rusia actual —es la mano abierta y generosa, el corazón hospitalario para todos los hombres libres que se afanan por crear una forma de convivencia humana, que no tiene sus límites en la frontera de Rusia ».

Y aun llegó más lejos, proclamando valientemente:

« En cuanto a la dictadura del proletariado, ¿por qué nos asustan tanto las palabras? Si el barco necesita una nueva tripulación y nuevos capitanes, ¿por qué no reclutarlos en el mundo del trabajo, cuando el capital es —por definición aceptada— el de las viejas ratas que corroen la nave? »

No es casual que otros grandes humanistas de finales del siglo XIX y principios del XX —Anatole France, Romain Rolland, Theodor Dreiser y otros— saludasen también con emocionadas palabras la Revolución Socialista de Octubre como la alborada de la humanidad.

Igualmente no es fortuito el encono que reaccionarios y reformistas ponen en combatirla.

En la conferencia de Bolzano (septiembre de 1957), donde se dieron cita varias decenas de filósofos ultrarreaccionarios, el profesor falangista Jesús Fueyo Alvarez, Delegado Nacional de Prensa, disertando sobre el tema: « Humanismo europeo y humanismo marxista » reconoció la crisis del « humanismo individualista » y el nacimiento del « humanismo marxista », pero afirmó que este último significa « el fin del humanismo ».

Para mayor claridad digamos que ese « humanismo individualista » no es otra cosa que el clásico humanismo burgués que atribuye al hombre una propiedad inalienable otorgada por la Naturaleza: la de su individuo. De esta manera se confiere al individualismo categoría de propiedad natural del hombre, al margen de las relaciones de clase y de las luchas de clases.

En el choque brutal con la realidad de la sociedad burguesa, donde el hombre que no posee medios de producción o dinero se ve obligado a vender su fuerza de trabajo, a venderse, esta concepción burguesa, idealista, se hunde irremisiblemente.

Por el contrario, el humanismo marxista tiene por sólido fundamento la concepción materialista del mundo. El materialismo aplicado a la vida social, situó el humanismo en el terreno real de la lucha práctica por la felicidad de todos los hombres. La liberación de los proletarios, de los millones de explotados, es su primer y necesario acto. Mas no se detiene ahí, sino que al liberar a estos, abre el camino a la liberación de toda la humanidad.

Ya conocemos el « argumento » predilecto que nos oponen los detractores del marxismo. « No véis al hombre más que « en el plano material », olvidando su mundo espiritual » —dicen. La tergiversación no puede ser más grosera.

Para el marxismo-leninismo, en efecto, el desarrollo de las fuerzas productivas es el supremo criterio del progreso social. Pero ese desarrollo no es un fin en sí mismo, sino la base del desarrollo de todos los aspectos de la vida social, del desenvolvimiento de todas las capacidades de la personalidad humana. No se trata, pues, de la producción

por la producción, sino de ponerla al servicio del hombre. ¿Significa eso « el fin del humanismo », como asegura Fueyo Alvarez? En todo caso eso no es más que el fin del humanismo *burgués*, que se ha convertido en una fuerza reaccionaria, y el comienzo de un nuevo humanismo: el humanismo socialista.

Otro ideólogo reaccionario, el jesuita A. Messineo, en su artículo « ¿Puede ser democrático el Socialismo? » (« El Español », 15-IX-57) pontifica: « Del monismo materialista y de la consiguiente exclusión positiva de un Ser trascendente se deduce (!) una negación de la personalidad humana ».

¿Desde cuando el monismo materialista, es decir, la concepción según la cual la Naturaleza es única e indivisible, aunque se expresa en dos formas —la material y la ideal— niega la personalidad humana? Lo que niega, efectivamente, es la existencia de ese Ser trascendente. A diferencia del dualismo idealista cristiano que promete el paraíso « en el *otro mundo* » a cambio de la resignación en este, el monismo materialista marxista exige la máxima atención a los hombres en *este mundo*, la más plena satisfacción de sus demandas materiales y *culturales*. ¿Dónde está la negación de la personalidad?

Después de la portentosa hazaña del lanzamiento por la Unión Soviética de los primeros satélites artificiales de la Tierra, incluso los más recalcitrantes antisoviéticos ya no se atreven a afirmar que el Socialismo sea « la negación de la personalidad », porque el « Sputnik » es un himno al genio humano, al Trabajo libre y creador. Hoy todos reconocen que la Unión Soviética, el país donde, según decían, había sido « aplastada la personalidad », está a la cabeza del progreso científico y técnico. ¡Es el triunfo de la democracia socialista!

Algunos profesores socialdemócratas, para combatir a la Unión Soviética suelen vestirse la toga del « humanismo », acusando a los comunistas de preconizar « una organización inhumana de la vida del hombre (!), groseramente materialista y coherentemente violenta » (A. Ghioldi).

No sabemos si lo « inhumano » es que en la U.R.S.S. no haya capitalistas ni terratenientes (¡pobrecitos!) dedicados a la « humanísima » tarea de explotar a los trabajadores, o si lo « groseramente materialista » quiere decir que se ha asegurado a los obreros, a los campesinos koljosianos, a los empleados, a los intelectuales una vida digna y feliz, en constante mejoramiento. Ignoramos también si la « violencia » que repudia es la que hubo que oponer a la feroz violencia que aplicaban las clases explotadoras resistiéndose a perder sus privilegios. Lo que sí sabemos es que desde posiciones análogas, otro ideólogo de la social-democracia, Luis Araquistáin, ha llegado a la sorprendente conclusión de que « la obra de la Revolución rusa no es Socialismo ». Y, de revelación en revelación, asegura que es en los Estados Unidos donde existe « una forma de socialismo ». Según esa lógica araquistainiana, la lucha que los trabajadores del mundo entero y todas las fuerzas progresivas sostienen contra el imperialismo americano sería la lucha contra « una forma de socialismo ». ¡A qué extremos lleva el odio a los comunistas!

Aprovechando los errores cometidos por Stalin en el último período de su actividad (por otra parte, abundante en méritos), los líderes socialistas de derecha se han esforzado por negar la naturaleza socialista del régimen soviético y por contraponerle su decantado « socialismo democrático ».

Es notorio que la naturaleza de un régimen social está determinada por lo siguiente: ¿a quién pertenecen los medios de producción, en manos de qué clase se encuentra el poder político?

En la Unión Soviética es el pueblo trabajador el dueño de las fábricas, las minas, la tierra, de todos los medios fundamentales de producción. Como hemos señalado antes, esa es la base económica de la democracia socialista. El Poder político lo ejerce la clase obrera, en alianza con los campesinos koljosianos, a través de los Soviets. Si eso no es Socialismo, ¿qué es entonces?

Por lo que atañe a ese « socialismo democrático » que nos presentan como « liberal y humanista », ¿podríamos incluir entre sus « realizaciones » la agresión contra Egipto y la guerra colonialista contra el pueblo

argelino? No en vano, uno de sus ideólogos, el señor Guy Mollet, ha jugado en ellas un papel tan destacado.

Cuando en las calles de Budapest, en los últimos días de octubre y primeros de noviembre de 1956, se colgaba de las farolas y se arrastraba por las calles a los obreros revolucionarios, los exégetas del « socialismo democrático », tan liberales, tan humanistas, no encontraron ni una palabra ni un gesto de condenación para esas atrocidades.

En cambio, cuando los revolucionarios húngaros consiguieron, con la ayuda de la Unión Soviética, aplastar la contrarrevolución, poner coto a sus sangrientos desmanes, nuestros grandes « humanistas », sin reparar siquiera en su coincidencia con Franco, se solidarizaron con los contrarrevolucionarios derrotados, invocando el « humanismo » para luchar contra el legítimo Gobierno Revolucionario Obrero y Campesino.

¡He ahí el verdadero rostro del llamado « socialismo democrático »!

## EL DESARROLLO DE LA DEMOCRACIA SOCIALISTA.

Los comunistas no nos imaginamos la democracia socialista como un milagroso talismán que resuelve, de golpe, todos los complejos y cambiantes problemas de la sociedad. Sabemos que el socialismo no construye arbitrariamente una sociedad ideal; toma el mundo y los hombres tal como los ha dejado el capitalismo. En toda la primera fase del socialismo, la existencia de diferentes clases y la persistencia del « derecho burgués » en materia de distribución de los productos entrañan profundas contradicciones. Y aunque, en ausencia de la clase explotadora, hayan perdido su carácter antagonista, no requiriendo por tanto revolución política para solventarlas, y si bien localizadas, utilizadas y superadas sirven de motor a la evolución económica y social, no obstante, si se las abandona a sí mismas, pueden ser fuente de graves desproporciones y dificultades.

La democracia socialista es un proceso en continuo desarrollo —en el cual pueden cometerse y se cometen errores—, que avanza junto con la creciente actividad política y social de las masas populares.

Mientras en los Estados burgueses las masas populares son apartadas con mil pretextos de la participación en la vida política y se cercenan sus derechos democráticos, en la Unión Soviética se pone todo el énfasis en atraer con la mayor amplitud a los trabajadores a la gobernación del Estado, a la edificación de la economía, a la obra cultural.

Por graves que hayan sido los errores de Stalin y las consecuencias del « culto a la personalidad », éstos no pudieron modificar el carácter sustancialmente democrático de la sociedad soviética.

Así lo demuestran los resultados obtenidos incluso en aquel período. Lo demuestra el hecho innegable de que el sistema salió victorioso de aquella prueba. Lo demuestra la valentía y el acierto con que el Partido, respaldado por la sociedad soviética, ha criticado y corregido aquellos errores y defectos. Lo demuestran, en fin, los resultados de la aplicación práctica de las orientaciones y decisiones del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética.

Inmediatamente después de celebrado éste se emprendieron una serie de medidas para restablecer la legalidad socialista, para elevar más aún las condiciones de vida del pueblo, para el ulterior desarrollo de la democracia socialista. Gracias a esas medidas la U.R.S.S. ha entrado en una nueva fase de desarrollo.

Tomemos, por ejemplo, los profundos cambios introducidos en el sistema de dirección de la economía, en cuya discusión participaron más de 40 millones de trabajadores. Si tenemos en cuenta que en la economía soviética (sin contar los kolioses) hay ocupados 50 millones de personas, eso significa que la abrumadora mayoría de los obreros y empleados emitieron su opinión sobre el problema. ¿Qué dicen ahora los contumaces del antisovietismo? ¿Es o no democracia esa consulta al pueblo sobre la mejor manera de dirigir la economía del país? ¿En qué Estado capitalista es concebible nada parecido?

La reforma, naturalmente, no tiene nada que ver ni con ese llamado « liberalismo » que algunos pretenden pintar como la forma superior

del socialismo, ni con las concepciones anarco-sindicalistas que confunden la propiedad colectiva de los medios de producción por el pueblo entero y su Estado, con un derecho de propiedad —de hecho, particular— de cada colectivo de productores sobre los medios de producción, que ejerce en nombre de la sociedad entera, y de cuyos negativos resultados tuvimos ejemplos en la zona republicana después del 18 de julio de 1936.

El principio básico de la reforma realizada en la Unión Soviética no es otro que el del *centralismo democrático* en materia de economía, principio esencial que permite, como ya lo demostrara Lenin, combinar la dirección centralizada de la economía por el Estado con el máximo de iniciativa y actividad de las masas laboriosas.

El centralismo es una necesidad objetiva dimanante del carácter social de la producción en nuestra época, impuesto por la necesidad de coordinar las múltiples ramas de la economía nacional en la escala de un gran país. Pero, al igual que en la vida política, ese centralismo es *democrático*. Eso quiere decir que los obreros, los técnicos toman parte en la gestión de la economía a través de su Estado, de sus organismos electos y también directamente.

El antiguo sistema de dirección de la economía resultaba estrecho, pesado, excesivamente burocrático; no correspondía a las nuevas tareas. Apoyado en Ministerios centrales, cada uno de los cuales tenía Direcciones en las distintas Repúblicas, en las distintas regiones y en las localidades, suponía una multiplicación de la burocracia y una acentuación de las divisiones entre los diversos sectores, convertidos en una especie de compartimientos estancos.

Se han suprimido todos los Ministerios industriales centrales, excepto aquellos cuya actividad sólo es concebible de un modo unitario, por ejemplo, el del Transporte. Se han creado 105 Consejos o Direcciones Económicas (los « sovnarjoses ») que corresponden a otras tantas regiones económicas. A ellos han pasado todas las empresas que antes dependían de los Ministerios centrales. Algunas empresas se han transferido directamente a los Soviets urbanos. Es decir, se trata de un único proceso de acercamiento de la dirección a la base, a los centros de producción. En cada región hay ahora una sola dirección inmediatamente próxima a la producción, mientras que antes había muchas, indirectas y alejadas. Se ha conseguido así una enorme reducción de la burocracia.

La elaboración del plan no viene de arriba, sino que parte de abajo, de la misma empresa, aumentando su eficacia y estimulando la iniciativa de los trabajadores. Estos planes se concentran en el Sovnarjos, y en un escalón superior, en las Repúblicas, para establecer luego, sobre su base, el plan de toda la Unión Soviética que contiene los índices generales relativos a las producciones más importantes.

Este nuevo sistema de dirección de la economía, que representa una verdadera revolución, pues cambia radicalmente el sistema que existía desde hace más de 30 años, no sólo permite resolver numerosos problemas, sino que, a su vez, plantea otros. En ese proceso dialéctico se zanján las contradicciones en la sociedad socialista, con la intensa participación de las masas, que en el Socialismo actúan como artífices conscientes y entusiastas de la nueva vida.

Esto es lo sustantivo en la democracia socialista. Y toda la actividad del Partido Comunista de la Unión Soviética va encaminada a conseguir este fin en los distintos eslabones del Estado socialista, en las diversas organizaciones de masas de los trabajadores: los Soviets, los sindicatos, el Komosomol, etc., donde asistimos hoy a un nuevo aflujo de iniciativas, donde la crítica y la autocritica ayudan a descubrir y vencer los defectos a acelerar el avance hacia el Comunismo.

Las invenciones y calumnias de los reaccionarios y de los renegados sobre la « crisis » de la Unión Soviética y el « fracaso » del comunismo saltan hechas añicos al choque con la realidad. La sociedad soviética se desarrolla incomparablemente mejor y más rápidamente que cualquiera de las que ha conocido la humanidad. Y esta verdad, la verdad de la democracia socialista, debemos llevarla a las masas trabajadoras de nuestro país como expresión militante de nuestra solidaridad, de nuestro internacionalismo proletario frente a todas las insidias y ataques de los enemigos del socialismo.

# EL PASO DE LA REVOLUCION DEMOCRATICA BURGUESA A LA REVOLUCION SOCIALISTA

por José SANDOVAL

**T**ODOS los países realizarán el paso al socialismo. Y si bien lo harán con formas peculiares, según las condiciones concretas, las enseñanzas de la Gran Revolución Socialista de Octubre de 1917 serán siempre valiosísimas para el movimiento comunista y obrero mundial.

Por eso es tan importante analizar, siquiera sea brevemente, cómo se preparó aquélla; estudiar cuál fué la estrategia y la táctica de los comunistas rusos en la etapa que va de febrero de 1917 (revolución democrática burguesa) a octubre del mismo año (revolución socialista).

\*\*

Situémonos en el mes de febrero de 1917...

Rusia es un nudo de contradicciones dentro del sistema imperialista. Al yugo de la nobleza latifundista se suman la privanza del capital monopolista indígena y foráneo, el despotismo zarista, la opresión nacional.

La entrada de Rusia en la guerra, con su cortejo de sangre y de hambre, vino a multiplicar los sufrimientos y la irritación de las masas y a enconar todas las contradicciones. Rusia estaba preñada de revolución. Ansiaba la paz, la tierra y el pan. La revolución de febrero derrocó la autocracia zarista, pero no dió al pueblo lo que esperaba. En el país surgió aquella singular situación que Lenin denominara Doble Poder: de un lado, el Poder de la burguesía imperialista, encarnado en el Gobierno Provisional; de otro, el poder de los obreros y campesinos, que representaban los Soviets.

El Doble Poder reflejaba el carácter contradictorio de la revolución de febrero, su debilidad y su fuerza.

El problema era tan complejo, que en la dirección del Partido suscitó vivas discusiones. Así se llegó a la Conferencia de Abril, en la que Lenin defendió sus famosas Tesis, que imprimieron un nuevo rumbo a la actividad del Partido.

Pese a sus contradicciones —decía Lenin— el movimiento de febrero había cubierto la fase de la revolución burguesa en Rusia por cuanto arrebató el Poder a la nobleza terrateniente, y lo transfirió a la burguesía. Y el problema del Poder es el problema cardinal de toda revolución. Ciertamente que no había dado satisfacción a las nacionalidades oprimidas; cierto también que no había dado la tierra a los campesinos; pero ¿acaso cabía esperar que afrontara estos hondos problemas sociales un Gobierno donde se encontraban la burguesía imperialista y los capitalistas agrarios?

Sólo una nueva revolución podría resolver estos problemas y dar al país la paz anhelada. La vida reclamaba imperiosamente pasar de la primera fase de la revolución a la segunda; de la revolución democrática burguesa a la revolución socialista. Esta era la idea rectora de las Tesis de Abril, formuladas por Lenin.

Los mencheviques y algunos bolcheviques que Lenin calificó agudamente de « viejos bolcheviques de museo » (Kámenev, Rykov, y otros) arremetieron contra la Tesis de Abril. Kámenev decía que la revolución seguía siendo burguesa porque no había sido llevada hasta el fin; en consecuencia, el Partido debía pensar en acabarla y no en preparar la revolución socialista. Rykov agregaba, que el socialismo habría de llegar del occidente, de los países capitalistas avanzados. En otras palabras, unos y otros se aferraban a una concepción fosilizada de la revolución, imperante por espacio de muchos años en la II Internacional, según la cual después de la revolución burguesa, llamada a destruir los vestigios feudales, sobrevendría una pausa de 50 a 100 años de plácida dominación burguesa, « imprescindible » para que « sazonasen » las premisas de la revolución socialista. Aún añadían que era condición inexcusable de tal « sazonomiento » que el proletariado constituyese la mayoría de la población.

A esta parodia del marxismo Lenin oponía una teoría rigurosamente científica: su teoría sobre el paso de la revolución democrática burguesa a la revolución socialista.

\*\*

¿En qué consistía esta teoría leninista?

Ya en 1905, Lenin había dicho:

« De la revolución democrática comenzaremos a pasar de manera inmediata y precisamente en la medida de nuestras fuerzas, de las fuerzas del proletariado consciente y organizado, a la revolución socialista. Nosotros estamos por la revolución ininterrumpida... »

Aquí Lenin da el hilo conductor que nos lleva a los orígenes de su teoría. Se trata de la idea de la revolución ininterrumpida, apuntada por Marx y Engels al hacer balance de la revolución de 1848 en Alemania.

¿Por qué no fué posible a mediados del siglo pasado esta revolución ininterrumpida, es decir, el paso de la revolución burguesa a la socialista?

La razón más profunda hemos de buscarla en una advertencia del propio Engels, según el cual,

« ...el estado de desarrollo económico del continente europeo no estaba a la sazón maduro, ni mucho menos, para eliminar el modo capitalista de producción ». (Marx y Engels, Obras escogidas, tomo I, pág 97.)

En efecto, en aquella época el régimen capitalista se hallaba en su fase ascendente. El feudalismo, en declive. Las contradicciones inherentes al capitalismo no habían alcanzado la virulencia que adquirirían más tarde. Históricamente las premisas económicas para el paso a la revolución socialista no habían madurado.

Y al ser así, tampoco estaban sazoadas las premisas sociales. La fuerza motriz de las revoluciones burguesas tempranas era el campesino. El proletariado industrial moderno se hallaba aún en proceso más o menos avanzado de cristalización como clase independiente, no contaba todavía con su propio partido político revolucionario. De aquí que no pudiese encabezar el movimiento campesino. La clase dirigente de la revolución resultó ser la joven burguesía, que capitalizaba en su provecho la lucha de la « plebe ».

Esto explica que en la época del capitalismo ascendente fuera muy difícil transformar la revolución democrática burguesa en socialista.

¿Qué había cambiado en 1905 o en 1917 para que pudiera hacerse lo que no era posible en 1789 o en 1848?

Había cambiado, en primer lugar, el propio capitalismo. Al entrar en la fase monopolista sus contradicciones adquieren una violencia destructora. El saqueo de las masas por los monopolios en busca

del beneficio máximo; las crisis cíclicas de superproducción; el paro, la inflación y la carestía, llevan al límite extremo las contradicciones entre el carácter social de la producción y el carácter privado-capitalista de la apropiación. Al mismo tiempo, las contradicciones de los países imperialistas entre sí y de los países imperialistas y los no imperialistas; la reacción desenfrenada en lo interior y en lo exterior, el ensamblaje delirante de alianzas bélicas, la carrera armamentista y la amenaza constante de espantosas conflagraciones... Todas estas lacras, que acompañan al imperialismo como la sombra al cuerpo, probaban que éste se había convertido en una calamidad, en un freno del progreso humano. Históricamente el sistema capitalista mundial había madurado para la revolución socialista.

Y siendo así, ¿por qué la revolución democrática ha de detenerse en la fase antifeudal? ¿Por qué ha de conservar un régimen caduco y regresivo como el capitalismo monopolista?

Por añadidura, el propio desarrollo del capitalismo en la época del imperialismo empuja a las masas laboriosas en esa dirección. En la época del imperialismo se produce la fusión de los grandes terratenientes con los grandes capitalistas. Si en el período de las revoluciones burguesas tempranas el capitalismo aparecía como el adversario resuelto del feudalismo y aspiraba a su destrucción, en la época imperialista aparece como el aliado del feudalismo y aspira a su conservación.

Esto quiere decir que para resolver el principal problema de la revolución burguesa —el problema de la tierra—, ya no basta vencer la resistencia de la aristocracia latifundista; hoy es preciso vencer, además, la resistencia de la burguesía monopolista interesada en conservar los vestigios feudales.

En la época imperialista, tanto la ciudad como el campo sufren la explotación cada vez más intensa del capital monopolista. Si antes el campesino era explotado por los grandes terratenientes mientras quedaba oculto el papel de la burguesía, ahora al yugo latifundista ha venido a sumarse el yugo de los monopolios y de los Bancos.

Esto quiere decir que para liberar al campesino de la miseria y de la opresión, la lucha contra las reminiscencias feudales ya no es suficiente: es preciso conjugarla con la lucha contra los monopolios industriales y bancarios.

En la época del capitalismo monopolista, éste se transforma paulatinamente en capitalismo monopolista estatal. El Estado burgués se trueca en « comité gestor de los negocios » de la oligarquía financiera.

Si antes la población laboriosa era explotada directamente por el capital y el latifundio, mientras quedaba oculto el papel del Estado, ahora éste aparece sin rebozo como el más contundente instrumento coercitivo de la oligarquía para saquear a las masas trabajadoras de la ciudad y del campo.

Esto quiere decir que la lucha contra el yugo del latifundio y del monopolio se hace inseparable de la lucha contra el Estado plutocrático, de la lucha por la democratización del Estado, de la lucha por el socialismo. Pues como dijera Lenin, « ...el socialismo no es otra cosa que el paso adelante a partir del monopolio capitalista estatal ». (Lenin, tomo 25, pág. 332.)

Todos estos cambios crean las condiciones económicas para que la revolución democrática burguesa pueda « crecer » hasta adquirir la talla de una revolución socialista.

\*\*

Pero no sólo cambia el capitalismo: cambian también las clases y, en primer lugar, las que son atributo esencial de la sociedad capitalista: la burguesía y el proletariado.

Con la fusión del monopolio de la gran propiedad rústica y el

monopolio del capital; con el gigantesco crecimiento de los trusts, con la aparición del capitalismo monopolista estatal, surge la oligarquía monopolista, que ocupa la cúspide del sistema capitalista de producción, que monopoliza ramas enteras, que impone su ley a las demás clases sociales valiéndose del control sobre el aparato estatal, que se apropia, en fin, la mayor parte de la Renta Nacional.

En lo político, la oligarquía monopolista es el sector social más reaccionario y agresivo. En lo económico, el azote de las demás clases sociales. No sólo estruja a la clase obrera: además expolia a los campesinos, a la pequeña burguesía urbana e incluso a la burguesía media.

Pero incluso las capas inferiores de la burguesía, que se rebelan contra la pesadumbre de los monopolios y del latifundio y se deciden a marchar por la vía democrática, no están ya en condiciones de dirigir la revolución. Si en los tiempos ya lejanos de la Revolución Francesa la burguesía desempeñó una misión altamente progresiva frente al feudalismo, para las revoluciones burguesas europeas de 1848 había perdido ya el nervio jacobino, temerosa de que el proletariado la desbordara. Y en nuestro siglo, reniega definitivamente de su pasado —¡oh, los desvaríos juveniles!— para transformarse en una fuerza esencialmente antirrevolucionaria. En lo sucesivo, si alguna vez, forzada por las circunstancias, « encabeza » la revolución, es justamente para descabezarla. En el momento decisivo su naturaleza social la arroja en brazos de la oligarquía.

La burguesía, pues, ha cambiado. Ha dejado de ser la fuerza dirigente de la revolución burguesa. Pero también la clase obrera ha cambiado. Si en la época de las revoluciones burguesas tempranas constituye una masa diseminada por todo el país y disgregada por la competencia, en la época del imperialismo el proletariado actúa como clase independiente. Ya no se resigna a someterse a la dirección de la burguesía: aspira a dirigir él mismo la revolución democrática burguesa, sabe que sólo a través de la democracia puede acceder al socialismo.

Más para que el proletariado pueda desempeñar la función dirigente es condición imprescindible que cuente con su partido marxista revolucionario. La experiencia de todas las revoluciones de nuestro siglo es tan elocuente a este respecto, que no hace falta extenderse en mayores consideraciones.

El surgimiento de los partidos marxistas revolucionarios es una piedra miliaria en la calzada histórica que recorre el proletariado hacia su emancipación, un salto cualitativo de gigantesco alcance para los destinos del movimiento socialista mundial y del acontecer social en su conjunto. No en vano se les calumnia y se les persigue con tanta saña...

Finalmente, las masas campesinas, que en las revoluciones burguesas tempranas se movían como fuerza de cheque y principal reserva de la burguesía, ahora intuyen que nada pueden esperar de aquélla y que sólo la clase obrera está dispuesta y decidida a satisfacer sus seculares aspiraciones a la posesión de la tierra. Así se crea la posibilidad de la alianza de los campesinos con los obreros bajo la dirección de estos últimos. De reserva y aliado de la burguesía, el campesino se convierte en reserva y aliado del obrero.

\*\*\*

Son estos factores los que hacen posible la revolución ininterrumpida, el paso de la revolución democrática burguesa a la revolución socialista, el triunfo de la revolución socialista en países donde, como en la Rusia de 1917, seguía pendiente la liquidación de los vestigios feudales.

Los planteamientos de Lenin sobre el paso de la revolución democrática burguesa a la socialista fueron un descubrimiento genial en el dominio de la teoría. Se trata, en realidad, de una nueva teoría

de la revolución socialista para los países que aun conservan fuertes vestigios feudales.

Frente a la oportunista « teoría del grado de madurez de las fuerzas productivas », que condena a la clase obrera a renunciar al socialismo en tanto no constituya la mayoría de la población, la Gran Revolución Socialista de Octubre de 1917 en Rusia, y posteriormente las revoluciones en China y en las democracias populares de Europa y Asia han venido a demostrar concluyentemente la justicia de la teoría leninista del paso de la revolución democrática burguesa a la socialista. Y la práctica histórica, la vida, es el mejor juez de las teorías, su piedra de toque más segura.

Por eso no deja de causar asombro que aquel rosario de dogmas muertos que constituía el bagaje teórico de los mencheviques rusos de 1917 siga teniendo el arraigo de una superstición entre los partidos socialistas de nuestros días, incluido el Partido Socialista Obrero Español. Aun no hace mucho leíamos en un órgano del P.S.O.E. un artículo transcrito de « Le Peuple » del que son estas palabras:

« Lenin pudo apoderarse del Poder en un momento en que, según el punto de vista marxista (!), no había proletariado ruso adecuado ».

Y más adelante insiste en que los marxistas sólo debieran pensar en la subida de la clase obrera al poder « ...allá donde la industria estuviese ya sólidamente establecida, donde la clase obrera formase la gran mayoría de la población ». (« El Socialista » n.º 5.892.)

¿Cómo es posible afirmar tamaño despropósito después de 40 años de socialismo triunfante en la U.R.S.S., después de que países de Europa y Asia que ocupan la tercera parte de la Tierra han hecho felizmente la revolución socialista, pese a que en ninguno de ellos el proletariado constituía la mayoría de la población?

El hecho de que en estos países se haya realizado victoriosamente la revolución y se edifique felizmente el socialismo ¿no es el mejor testimonio de que la llamada teoría del « grado de madurez de las fuerzas productivas » es un dogma inservible?

Y, finalmente, ¿por qué partidos socialdemócratas como el belga o el inglés, pongamos por caso, que a los 40 años de socialismo triunfante en la U.R.S.S. amonestan a los obreros rusos, diciéndoles que no eran « adecuados » para tomar el Poder en 1917; por qué decimos, esos partidos no han realizado la revolución socialista en sus países, donde el proletariado constituye la mayoría de la población y donde los socialdemócratas han pasado repetidamente por el Poder?

Hay cosas de embarazosa explicación. En todo caso es lamentable que el P.S.O.E. comparta semejantes concepciones; pues, situándonos ya con la cabeza y con el corazón en España, todo eso no significa otra cosa que un aplazamiento « sine die » de la lucha por esa España socialista que constituye el sueño más hermoso y noble de la clase obrera y de las fuerzas progresivas de nuestro país.

Así, pues, en la época del imperialismo las premisas históricas generales para la transformación de la revolución democrática burguesa en socialista han madurado. Pero no por ello el capitalismo se convierte automáticamente en socialismo. Eso sólo es posible por medio de una revolución social. Y, a su vez, la revolución social no puede triunfar sin ciertas condiciones objetivas y subjetivas, tales como la presencia de una favorable correlación de fuerzas en lo exterior, de una crisis revolucionaria en lo interior y de un Partido capaz de cohesionar a la mayoría de la clase obrera en torno a las banderas del socialismo y de rodearla del apoyo de los campesinos pobres y de otras capas populares.

\*\*

¿Cómo resolvió el Partido bolchevique estas tareas en 1917?

La revolución burguesa de febrero de 1917 encontró al movimiento obrero ruso dividido. La primera guerra imperialista había venido a ahondar las ya profundas diferencias entre mencheviques y bolcheviques. La revolución las agrandó aun más.

En el plano nacional, los mencheviques abjuraron en la práctica del socialismo, renunciaron a tomar el poder y se convirtieron en un apoyo social de la burguesía, enmascarando su oportunismo tras la frase « Control de los Soviets sobre el Gobierno Provisional ».

En el plano internacional, los mencheviques, como todos los partidos socialdemócratas de los países beligerantes (con la excepción gloriosa del bochevique) habían arrastrado entre la sangre y el fango de la guerra las banderas del internacionalismo, aunque se enmascaraban tras la frase « Defensismo revolucionario ».

Para salvar esas banderas sagradas, sacar al movimiento obrero internacional del abismo de vacilaciones, de desmoralización y de confusión en que le había sumido la II Internacional y cohesionar a la clase obrera rusa sobre una plataforma revolucionaria, era preciso deslindarse resueltamente de los socialdemócratas en el plano internacional y de los mencheviques en el nacional.

Por eso Lenin se oponía a cualquier tentativa de unificación orgánica con los mencheviques y proponía seguir consolidando con firmeza el Partido de nuevo tipo. La actitud de los bolcheviques se condensa en este lema: « Ninguna unificación con los mencheviques ».

Es más: para subrayar este deslindamiento Lenin proponía en sus Tesis de Abril adoptar el nombre de Partido Comunista y fundar una nueva Internacional marxista revolucionaria.

Mas el deslindamiento resuelto en el terreno orgánico y en el ideológico no entrañaba una actitud estática en el terreno político. Por el contrario, se complementaba con una línea táctica muy flexible y ágil, que no desdeñaba ningún compromiso, ningún acuerdo temporal que facilitase la tarea estratégica fundamental: cohesionar las fuerzas de la clase obrera y del pueblo en general para derrocar a la burguesía imperialista.

Es interesante detenerse en esta táctica leninista en el período de abril a octubre de 1917. Tanto más que en el movimiento obrero internacional hubo un tiempo en que se consideraba axioma la tesis de que, en el período del paso de la revolución democrática burguesa a la revolución socialista, era preciso asestar el golpe fundamental contra los partidos oportunistas pequeño-burgueses a fin de lograr su aislamiento y facilitar la derrota de la burguesía. Más aún: se solía aducir como ejemplo de esa táctica la de los bolcheviques en la revolución de 1917.

Sin embargo, el análisis de la táctica leninista denota que esta opinión no es correcta. Ciertamente que la labor de esclarecimiento para descubrir los errores y las falsas ilusiones del oportunismo pequeño-burgués es imprescindible si se quiere emancipar a la clase obrera y a las masas laboriosas en general de la influencia burguesa; pero esa labor no puede identificarse con el golpe estratégico fundamental, que va dirigido a aislar a la burguesía imperialista, enemigo número uno de la revolución socialista.

Y ésta fué precisamente la línea del Partido bolchevique en 1917, que se expresa en su consigna estratégica fundamental: « ¡Ninguna confianza al Gobierno provisional! ¡Todo el Poder a los Soviets! »

¿Qué significaba esta consigna?

Por su contenido político, esta consigna implicaba un compromiso entre los bolcheviques y la llamada « democracia pequeño-burguesa » (mencheviques y socialrevolucionarios). Los bolcheviques propiciaban la entrega de todo el Poder a los partidos menchevique y socialrevolucionario, que disponían de la mayoría en los Soviets.

La aceptación de la consigna « ¡Todo el Poder a los Soviets » significaba, en la práctica, romper la coalición entre la « democracia pequeño-burguesa » y la burguesía imperialista —coalición dirigida a aislar a los bolcheviques— para sustituirla por la coalición de la « democracia pequeño-burguesa » con el proletariado revolucionario, coalición dirigida a aislar a la burguesía.

Por su contenido de clase, la aceptación de la consigna « ¡Todo el Poder a los Soviets! » suponía liquidar la dictadura de la burguesía

(Gobierno provisional) y afianzar la dictadura democrática obrera y campesina (un Gobierno de los Soviets).

La liquidación del Gobierno provisional no hubiera significado la liquidación del régimen burgués, pero habría sido un paso importante hacia la revolución socialista.

¿Cómo transcurriría en lo sucesivo la pugna política por la transformación de la dictadura democrática de los obreros y los campesinos en dictadura del proletariado?

Lenin suponía que discurriría por la línea de la lucha pacífica de las distintas fuerzas políticas y sociales en el país; por la línea de la elección democrática de los diputados en los Soviets, por la línea del libre juego de los partidos en el seno de esos mismos Soviets; por la línea, en fin, del paso del poder de manos de unos partidos a manos de otros.

De aceptar la democracia pequeño-burguesa este compromiso, la alternativa probable sería ésta:

— O los partidos menchevique y socialrevolucionario, bajo la presión y la crítica de las masas, avanzaban hacia la solución de los hondos y graves problemas del país, y ello supondría el mantenimiento de la unidad de acción no pactada de bolcheviques y mencheviques.

— O bien estos últimos se negaban a avanzar, se empeñaban en poner en vigor su programa antipopular y serían desbordados por el movimiento revolucionario.

Las masas se agruparían en torno al Partido bolchevique.

En ambos casos, la consigna táctica fundamental del Partido bolchevique — ¡« Todo el Poder a los Soviets ! » — era la más eficaz, la más atinada.

En el mes de abril, cuando el Gobierno Provisional atravesaba su primera gran crisis, los mencheviques y socialrevolucionarios pasaron de la consigna « Control de los Soviets sobre el Gobierno burgués » a la de « Coalición con el Gobierno burgués ». En julio les alcanzaban las salpicaduras de la sangre obrera.

Desde aquel momento la línea de desenmascaramiento político e ideológico de los mencheviques y socialrevolucionarios, la lucha por liberar a las masas de su influencia, fué colocada en primer plano. El Partido retiró la consigna: « ¡Todo el Poder a los Soviets! »

Sin embargo, Lenin no desdeña ninguna ocasión para alentar a estos partidos a rasgar sus compromisos con la burguesía. A fines de agosto, ante la amenaza directa de un golpe militar de la contrarrevolución, capitaneada por el general Kornílov, y bajo la presión de las masas populares, mencheviques y social-revolucionarios iniciaron un leve desplazamiento hacia la izquierda. Fué creado el « Comité Popular de lucha contra la Contrarrevolución », en el cual entraron los bolcheviques. Es decir, se creó espontáneamente, aunque de manera fugaz, la unidad de acción entre el proletariado revolucionario y la « democracia pequeño-burguesa ». Ello facilitó la derrota fulminante de la « korniloviada », y Lenin valoró en todo su alcance este episodio político en su artículo « La revolución rusa y la guerra civil ». He aquí lo que escribía:

« La alianza de los « kadetes » con los socialrevolucionarios y mencheviques contra los bolcheviques, es decir, contra el proletariado revolucionario, ha sido probada en la práctica por espacio de varios meses, y esta alianza... condujo de hecho no al debilitamiento, sino a la vigorización de los bolcheviques, al « crack » de la « coalición », al reforzamiento de la oposición de « izquierda » incluso entre los mencheviques.

La alianza de los bolcheviques con los socialrevolucionarios y los mencheviques contra los « kadetes », contra la burguesía, aun no ha sido experimentada. O, para ser más exactos, esa alianza ha sido experimentada sólo en un frente, sólo por espacio de cinco días, del 26 al 31 de agosto, durante la korniloviada, y en ese espacio de tiempo dió la victoria más completa sobre la contrarrevolución, conseguida con una facilidad jamás vista en ninguna revolución ».

(Lenin, « Obras completas », tomo 26, pág. 17, Edic. rusa.)

Los bolcheviques propusieron entonces por milésima vez a los mencheviques y socialrevolucionarios que formasen un Gobierno responsable ante los Soviets. Y por milésima vez también la propuesta fué rechazada.

Apresurémonos a dejar sentado, sin embargo, que Lenin jamás acarició ilusiones respecto a la conducta de los líderes oportunistas. Y justamente la consigna. « ¡Todo el Poder a los Soviets! » era la que mejor contribuía a que la clase obrera, los campesinos trabajadores y todo el pueblo percibiesen la naturaleza política y clasista de estos partidos, su servilismo ante la burguesía imperialista, su incapacidad para dar al país la paz, la tierra y el pan. En este sentido, la táctica de los bolcheviques actuaba en una doble dirección: de un lado indicaba la vía para la solución de los problemas gravísimos con los que se enfrentaba el país, la vía pacífica del paso al socialismo. De otro, contribuía a curar velozmente a las masas del sarrafiño pequeño burqués y a agruparlas bajo las banderas del proletariado revolucionario y de su Partido.

Gracias a esta táctica, flexible y firme a la vez, dentro y fuera de los partidos oportunistas se operó un desplazamiento de los elementos revolucionarios hacia las posiciones de los bolcheviques y éstos pudieron crear rápidamente la primera condición inexcusable de toda revolución socialista victoriosa: la cohesión de la clase obrera en torno a las banderas del socialismo.

Los partidos menchevique y socialrevolucionario, que habían tomado como eje central de su táctica la coalición con la burguesía y el aislamiento de los bolcheviques, se vieron ellos mismos aislados y prisioneros en las redes de sus compromisos y vergonzosas cesiones a la burguesía. La dialéctica de la lucha les lanzó al campo de la contrarrevolución e hizo inevitable, en definitiva, que corrieran la misma suerte que aquélla.

Esta es una experiencia aleccionadora, que no debieran olvidar los líderes de los partidos que, llamándose socialistas, prefieren marchar del brazo de la burguesía que del brazo de los comunistas.

Mas, de todo lo dicho, ¿acaso no se deduce que el desenlace podía haber sido muy otro si los partidos menchevique y socialrevolucionario hubieran marchado por el camino del compromiso político que les brindaban los bocheviques, por el camino de la unidad de acción, por el camino de la lucha conjunta por el socialismo?

\*\*

Para el tránsito de la revolución democrática burguesa a la socialista no basta lograr que la mayoría de la clase obrera esté decidida a luchar por el socialismo. Es condición indispensable, además, que cuente con el apoyo de las amplias masas laboriosas del país.

El Partido bolchevique hubo de abordar la lucha por las masas en condiciones difíciles. Al desencadenarse la tormenta revolucionaria de febrero, el Partido estaba desangrado por la represión zarista. Millares de bolcheviques se hallaban en las cárceles o en el destierro. Lenin mismo, « el padre y el hijo de la revolución », como Mayakovski le llamara, se encontraba en el exilio forzoso. Los vínculos del Partido con las masas se habían debilitado.

En cambio, los partidos menchevique y socialrevolucionario actuaban abiertamente, contaban con sus diputados en la Duma y editaban varios periódicos. Esto les facilitó arrastrar tras de sí a amplios sectores de la población urbana y rural.

Por otra parte, en 1917 Rusia era el país más pequeño-burgués de Europa, y era lógico que la riada revolucionaria empujara hacia la superficie a la llamada « democracia pequeño-burguesa », de la misma manera que las olas levantan sobre sus crestas la espuma. La ola pequeño-burguesa lo anegó todo, impregnando con sus ideas a millones de trabajadores que la marejada social había lanzado a

las playas, para ellos ignotas, de la vida política. Embriagadas por la revolución triunfante, las masas no estaban en condiciones de analizar lo que acontecía en torno suyo ni de descubrir la fisonomía social de los distintos partidos.

De momento, la frase « revolucionaria » las deslumbraba. Esta era la situación en que los comunistas hubieron de afrontar la lucha por las masas.

El Partido bolchevique no aborda la tarea en abstracto; desde el primer momento emprende una clara y firme orientación **hacia determinadas clases**, y concretamente hacia las clases impulsoras de la revolución en el tránsito al socialismo: la clase obrera y los campesinos pobres.

Esta orientación clasista de la lucha por las masas evita la dispersión de fuerzas del Partido; y aunque no desdeñe la labor entre otras capas populares — y muy singularmente la pequeña burguesía — puede concentrar sus mejores esfuerzos en la organización de las clases capaces de arrostrar todas las dificultades y de luchar abnegadamente hasta la victoria del socialismo. En esencia, es ésta la lucha por la alianza obrera y campesina, clave del arco de toda la teoría leninista del paso de la revolución democrática burguesa a la socialista.

En Rusia, por ejemplo, los campesinos constituían entonces el 82 % de la población y, dentro de ellos, los « pobres del campo » formaban las dos terceras partes. Fácil es comprender que sin el apoyo de esa ingente fuerza la revolución proletaria no sería una marcha triunfal, sino un canto del cisne.

La leyenda atribuye a Arquímedes una frase orgullosa: « Dadme un punto de apoyo y moveré al mundo ». Los Soviets fueron el punto de apoyo, merced al cual los bolcheviques lograron mover en Rusia el mundo del trabajo. Los Soviets eran la organización más democrática que jamás hubiera conocido la historia, eran el fruto mismo de la revolución y en ellos se hallaba la parte más consciente y enérgica de los obreros y de los campesinos. Los Soviets aseguraban, por tanto, una relación estrecha e intensa del partido con esa punta avanzada de las clases oprimidas y a través de ella el partido educaba y movía a toda la masa gigantesca de esas clases.

La revolución de febrero, como ya hemos dicho antes, dió al pueblo ruso una amplia libertad, pero le negó la tierra y la paz. Mencheviques, socialrevolucionarios y kadetes repetían a coro que, tras el destronamiento del zar, la guerra imperialista había cambiado de signo y que era preciso seguir muriendo en las trincheras « para salvar la revolución ». Los socialrevolucionarios prometían la socialización de la tierra, pero el mujik la esperaba vanamente. Y mientras la revolución se ahogaba en frases, sólo los bolcheviques presentaban un programa claro y consecuente, que Lenin resumía así: « El Poder a los Soviets, la paz al pueblo, la tierra al campesino, el pan al hambriento ».

El programa de los bolcheviques era un factor de enorme fuerza de atracción. En torno a él, el partido realizó una gigantesca labor de agitación entre las masas de obreros, campesinos y soldados. Mas la agitación, por sí sola, es insuficiente para convertir el programa del Partido en el programa de las masas.

No limitarse a trazar un programa justo, sino aplicar en cada momento la línea política que permita a las masas convencerse por su propia experiencia de lo acertado de ese programa: tal es una de las particularidades de la táctica de los comunistas rusos en 1917 en su lucha por las masas. El mérito del Partido bolchevique es que supo elegir, en cada viraje de los acontecimientos, la ruta que conducía de un modo natural a las masas hacia las soluciones del Partido, la ruta que las permitía comprobar la justeza de esas soluciones y contrastarlas con las de otros partidos.

Para ello, el Partido no se limitaba a combatir verbalmente aquellas consignas que, aunque fuesen erróneas, prendían en las masas; aceptaba incluso, en ciertas condiciones, ir a la comproba-

ción de esas consignas en la práctica. Por ejemplo, en septiembre de 1917 frente a la consigna « ¡Todo el Poder a los Soviets! », los mencheviques oponen la de « ¡Todo el Poder a la Asamblea Constituyente! ». Respetando la voluntad de importantes sectores campesinos que cifraban en ella ciertas esperanzas, los bolcheviques deciden llevar a las masas « hasta los muros mismos » de la Asamblea, con sus demandas de pan, de paz y de tierra.

La Asamblea se reúne por primera vez después del triunfo de la Revolución socialista. Sverdlov propone aprobar la Declaración de los Derechos del Pueblo Trabajador y Explotado, adoptada días antes en el II Congreso de los Soviets. La Asamblea se niega. Mas con ello firma su propia sentencia de muerte política. Las masas la vuelven la espalda. Se habían convencido por propia experiencia de su absoluta ineficacia.

No marchar a la zaga de las masas, pero no adelantarse tampoco a ellas con consignas que no están aún en condiciones de aceptar por su nivel de conciencia política: Tal es otra de las particularidades de la táctica de los comunistas rusos en 1917 en la lucha por las masas. Un ejemplo claro de aplicación de esta táctica lo encontramos en la crisis de abril. Durante la manifestación pacífica que desfila por Petrogrado, el Comité bolchevique de la ciudad sustituye la consigna « ¡Ninguna confianza al Gobierno Provisional! », por la de « ¡Abajo el Gobierno Provisional! ».

Cuando aun no se había conseguido persuadir a las masas de que retirasen su confianza al Gobierno, los dirigentes bolcheviques de Petrogrado llaman a esas masas a derribarlo. Lenin escribe: « El Comité de Petrogrado se fué un poquito más a la izquierda, lo que en este caso es, ciertamente, un crimen extraordinario ». (Lenin, tomo 24, pág. 214.)

No dejarse arrastrar por la corriente espontánea de las masas, pero estar con las masas siempre: ésta es otra particularidad de la táctica leninista. Es útil recordar algunos ejemplos de su aplicación. Coincidiendo con el primer Congreso de los Soviets, el Partido llama a una manifestación pacífica bajo la consigna: « ¡Ninguna confianza en el Gobierno provisional! », « ¡Todo el Poder a los Soviets! ». Los líderes mencheviques y socialrevolucionarios logran arrancar a los Soviets un acuerdo prohibiendo la manifestación bolchevique del día 10 y convocando otra bajo la consigna « ¡Confianza al Gobierno provisional! », para el día 18, fecha en que comenzaba una nueva ofensiva del ejército ruso.

Era una sutil provocación política de « la democracia pequeño-burguesa » para empujar a los bolcheviques a la manifestación contra la voluntad de los Soviets y aislar al Partido.

Pero el Comité Central del Partido declara que se somete a la decisión de los Soviets. Al mismo tiempo que suspende su manifestación decide sumarse a la del día 18, a fin de transformarla en una demostración por la paz, por la tierra, por el poder a los Soviets.

Merced a esta táctica flexible, el día 18 la mayoría aplastante de los 400.000 obreros y soldados que desfilan en Petrogrado marchan bajo las consignas bolcheviques.

La descabellada ofensiva de junio en los frentes terminó con un nuevo revés. La indignación popular iba en aumento. El 3 de julio ya se produce en Petrogrado una demostración espontánea, que al día siguiente se transforma en una grandiosa manifestación de los obreros y de los campesinos armados. Los bolcheviques la consideran prematura, mas cuando ven que es imposible evitarla, deciden ponerse a su frente a fin de imprimirla un carácter organizado y pacífico. Pese a todo es ametrallada por el Gobierno. Con el asenso de los líderes mencheviques y socialrevolucionarios son desarmados los destacamentos obreros y disueltas las unidades revolucionarias de Petrogrado. Los Soviets son reducidos a la impotencia. El Doble Poder deja paso al Poder incompartido de la burguesía. El Partido bolchevique retira la consigna « ¡Todo el Poder a los Soviets! », que no tiene ya ningún sentido. **Pero no abandona los Soviets;** sigue allí, al lado de las masas, explicándoles el sentido de los suce-

sos que habían vivido y las experiencias para el futuro. Esta táctica bolchevique, flexible y firme, desbarata todas las tentativas mencheviques de aislar al Partido. En lugar de quedar aislados, los bolcheviques refuerzan sus vínculos con las masas.

Cada una de estas tres grandes crisis (abril, junio y julio) son un nuevo peldaño ascendente del movimiento revolucionario y de la conciencia política de las masas, de la alianza de los obreros y los campesinos. La korniloviada colma ya la copa de la paciencia popular. Las masas comprenden que la democracia pequeño-burguesa, que había colocado en el frontispicio de la revolución de febrero la divisa jacobina « Paz a las cabañas, guerra a los palacios », se había aliado definitivamente a la contrarrevolución para hacer la guerra a las cabañas y asegurar la paz de los palacios; que no habría paz, ni tierra, ni pan mientras los Soviets no tomaran el poder en sus manos; en pocas palabras: que los bolcheviques tenían razón. Así se produce un desplazamiento ya incontenible de las masas, curadas del sarampión pequeño-burgués, hacia las posiciones bolcheviques. Bajo la dirección del Partido el 7 de noviembre los obreros, los marinos y los soldados (campesinos de uniforme) asaltan el Palacio de Invierno y arrestan al Gobierno provisional. En pos de Petrogrado se alzan a la lucha decisiva por el Poder soviético las masas revolucionarias de todo el país. La alianza de los obreros y los campesinos pobres, forjada por el Partido bolchevique en dura lucha, había triunfado en la primera Revolución Socialista del mundo.

Aquella misma noche, el Congreso de los Soviets aprueba dos decretos históricos: el de la tierra y el de la paz.

Con ello los bolcheviques demostraron que su palabra es oro de ley.

\*\*

El paso de la revolución democrática burguesa a la socialista sólo es posible por vía revolucionaria. Pero esa vía puede ser pacífica o violenta según las circunstancias históricas en que la revolución transcurre.

En la Rusia de 1917 este paso se efectuó mediante una insurrección armada victoriosa, es decir, por la vía de la violencia.

Ello fué utilizado largamente por los políticos burgueses para pintar a los comunistas rusos como impenitentes partidarios de la violencia.

Frente a las calmuniosas versiones burguesas, la realidad es que el Partido bolchevique propugnó enérgicamente el desarrollo pacífico de la revolución. En las reiteradas invitaciones del Partido bolchevique a propiciar la vía incruenta del paso al socialismo podemos distinguir tres etapas históricas distintas, cuyo examen resulta en extremo provechoso y aleccionador.

La primera etapa es la que va de abril a julio de 1917, cuando el centro de gravedad de la táctica del Partido se sitúa precisamente en el carácter pacífico de la revolución.

En esta etapa, la vía pacífica de la revolución no era sólo una **posibilidad**, sino una **necesidad**; era la única vía practicable, la única revolucionaria, la única justa. En efecto: los Soviets, donde a la sazón tenían la mayoría los mencheviques y socialrevolucionarios, apoyaban al Gobierno burgués y le otorgaban voluntariamente su confianza. Por eso Lenin recalca que mientras la burguesía se mantuviese en el Poder no por la violencia, sino por la credulidad y la insuficiente madurez política de las masas, las fuerzas revolucionarias no deberían apelar a la violencia.

Ahora bien: al mismo tiempo advertía que si los Soviets no tomaban el Poder antes de que la reacción se recuperase y organizara sus fuerzas, el camino pacífico quedaría cerrado.

¿De quién dependía en definitiva el rumbo cruento o incruento de los acontecimientos?

Dependía de la llamada « democracia pequeño-burguesa ». Si estos Partidos retiraban su apoyo al Gobierno burgués y tomaban el poder antes de que la contrarrevolución se recuperase, el desarrollo pacífico de la revolución estaba asegurado.

Si, por el contrario, seguían apoyando al Gobierno provisional y otorgándole su confianza, éste tendría la posibilidad de movilizar en su apoyo a las fuerzas de la contrarrevolución, el Doble Poder se liquidaría en favor de la burguesía imperialista y la posibilidad de desarrollo pacífico de la revolución desaparecería. De aquí la consigna central del Partido bolchevique en el período de abril a julio de 1917: « ¡Ningún apoyo al Gobierno provisional! ¡Todo el Poder a los Soviets! ». Esta era, como decía Lenin, « la consigna del desarrollo pacífico de la revolución ».

La negativa de la « democracia pequeño-burguesa » a aceptar esta vía, permitió a la contrarrevolución reconstruir sus fuerzas. En el mes de julio, el Gobierno provisional se creyó ya en condiciones de ametrallar una gran manifestación pacífica de obreros y soldados que desfilaba por las calles de Petrogrado. Pero al tirotear a los obreros y soldados el gobierno provisional ametralló la posibilidad de desarrollo pacífico de la revolución.

El paso pacífico del poder a los Soviets ya no era posible porque el poder había pasado violentamente a manos de la burguesía contrarrevolucionaria.

El desarrollo pacífico había sido interrumpido bruscamente. La revolución cambiaba de signo. El Partido bolchevique, si no quería engañar al pueblo, si quería salvar la revolución y sacar al país del infierno de la guerra y del hambre, tenía que preparar a la clase obrera y a los campesinos para el derrocamiento del Gobierno contrarrevolucionario.

A ello llamó el VI Congreso del Partido bolchevique, que puso rumbo a la preparación de la insurrección armada.

La segunda etapa de la lucha del Partido por el desarrollo pacífico de la revolución es una etapa muy breve (últimos días de agosto y primeros de septiembre), tras la derrota del complot contrarrevolucionario de Kornílov.

Durante la movilización contra el golpe militar volvieron a rearmarse los destacamentos obreros, la actividad de los Soviets se reavivó súbitamente y éstos adquirieron su pristina fuerza. De otra parte, el paso de las unidades de Kornílov al lado de la revolución y el fracaso estrepitoso de la intentona demostraron su impotencia, no ya para hacerse con el poder, sino ni siquiera para oponerse a que los Soviets lo tomaran en sus manos.

Lenin captó rápidamente esos cambios. Al día siguiente de la derrota de Kornílov propuso una vez más a los líderes mencheviques formar un Gobierno responsable ante los Soviets.

« Ahora y sólo ahora —escribía en su artículo « Sobre los compromisos »— acaso tan sólo por espacio de unos cuantos días o de unas semanas, se podía crear y afianzar ese Gobierno de manera completamente pacífica. Ese Gobierno cuenta con gigantescas probabilidades para asegurar el avance pacífico de toda la revolución rusa »... (Lenin, tomo 25, pág. 238.)

Ya sabemos que los mencheviques y socialrevolucionarios nuevamente dieron el portazo a las propuestas de impulsar la revolución por vía pacífica. El fugaz paréntesis se cerró. Mas precisamente esta circunstancia sirve para subrayar que los comunistas rusos no desdenaron el menor resquicio para ahorrar vidas y sufrimientos al pueblo.

La tercera etapa, en fin, en que los bolcheviques invitan a abrir la vía pacífica de la revolución, enlaza con la anterior y abarca hasta la primera decena de octubre.

Dos fenómenos caracterizan entonces la situación: de un lado en el país, extenuado por la guerra, por el hambre y por la bancarrota económica, exasperado por las promesas incumplidas, maduraba a velocidad gigantesca una nueva crisis revolucionaria. El estallido de la revolución era inevitable. De otro lado, la contrarrevolución

preparaba febrilmente otro golpe de fuerza, mientras los líderes oportunistas se integraban en un nuevo Gobierno de coalición con la burguesía.

Las posibilidades de desarrollo pacífico de la revolución eran remotísimas. El Partido bolchevique tenía clara conciencia de ello y trasladó el centro de gravedad de su actividad práctica a la preparación de la insurrección armada. Esta era entonces la única línea viable, la única revolucionaria, la única justa.

¿Qué sentido tenían entonces las reiteradas invitaciones de Lenin a formar un Gobierno responsable ante los Soviets, a fin de abrir la vía pacífica?

En esta etapa, tenían, por lo visto, el sentido de subrayar que los bolcheviques estaban dispuestos a hacer todo lo que de ellos dependiera para asegurar la vía incruenta de la revolución.

Tenían el sentido de alentar a los elementos honestos de dichos partidos a romper con sus líderes más comprometidos. Tenían el sentido de mostrar hasta la saciedad a la clase obrera, a los campesinos, al país entero que, históricamente, los responsables de la violencia inevitable, de la sangre que pudiera verse en la inminente guerra civil, eran, al lado de la burguesía contrarrevolucionaria, los mencheviques y los socialrevolucionarios.

El 10 de octubre, 27 días antes de la insurrección victoriosa, Lenin insiste en su artículo « Tareas de la revolución »:

« Tomando todo el Poder, los Soviets aun podrían ahora —y probablemente sea ésta su última ocasión— asegurar el desarrollo pacífico de la revolución... Si esta posibilidad se deja pasar, toda la marcha de la revolución, comenzando por el movimiento del 20 de abril y terminando por la korniloviada, indica la inevitabilidad de la más aguda guerra civil entre la burguesía y el proletariado ». (Lenin, tomo 26, pág. 46.)

Los mencheviques y socialrevolucionarios permanecieron sordos a estas graves palabras de advertencia. La responsabilidad de estos Partidos ante la Historia es evidente. Y si a los 40 años de aquellos acontecimientos los herederos espirituales de los mencheviques aun se atreven a tachar a los comunistas de partidarios « a priori » de la violencia, habrá que pensar que intentan pasar una esponja por la Historia para borrar los fatales errores de la denominada « democracia pequeño-burguesa » rusa o que, simplemente, calumnian por sistema a los bolcheviques.

Pues, precisamente una de las particularidades más aleccionadoras de la táctica de los bolcheviques en el paso de la revolución democrática burguesa a la socialista, es que mantienen en sus manos la bandera de la revolución pacífica, **incluso cuando preparan enérgicamente la insurrección armada**, que la obstinación y la miopía de los partidos oportunistas hicieron ineludible.

Pero esto nos recuerda, frente a los revisionistas contemporáneos, que elevan al absoluto la vía pacífica del socialismo, que Lenin, al mismo tiempo que luchaba con todas sus fuerzas por garantizar esa vía, jamás meció al Partido y a la clase obrera en falsas ilusiones ni le indujo a desmesurar las posibilidades de viabilidad del desarrollo pacífico. Bien al contrario, les exhortó a estar prestos para hacer frente a una cruenta lucha que parecía inevitable.

Lenin señalaba que, desde el punto de vista de sus ideales, la clase obrera revolucionaria y su Partido son enemigos de la violencia física; que la clase obrera prefiere tomar el poder pacíficamente; que la vía pacífica al socialismo es la vía idónea, la más ventajosa, la menos penosa.

Pero el Partido marxista revolucionario no es una sociedad de soñadores contemplativos. Para él lo fundamental es liberar a la clase obrera y a toda la sociedad de la explotación, del oscurantismo, de la ignorancia, de la miseria, de las guerras, de los inenarrables sufrimientos que acarrea a la humanidad el sistema capitalista, abriéndole el camino luminoso hacia una sociedad más justa y mejor.

En esto se expresa el profundo humanismo de los comunistas. La

vía para conseguir tan nobles metas —cruenta o incruenta— es, desde el punto de vista del marxismo, una cuestión derivada por una razón muy sencilla: porque no depende, en última instancia, ni del Partido, ni de la clase obrera, ni de las masas populares en general. El ejemplo de Rusia en 1917 es bien elocuente. Y cuando las clases caducas recurren a la violencia, al terror y a la guerra civil para impedir el avance social, la apelación de la clase obrera y del pueblo a la violencia revolucionaria es legítima y necesaria.

\*\*

Cuando la Historia planteó ante el Partido bolchevique la gloriosa misión de inaugurar la era del socialismo, era muy problemática la vía pacífica. En Rusia, pese a los esfuerzos de los comunistas, el desarrollo incruento de la revolución fué frustrado.

En los 40 años transcurridos desde aquella formidable epopeya que sacudió los cimientos de la vieja sociedad, se han producido hondos cambios en el mundo. La presencia del poderoso sistema socialista mundial, presidido por la Unión Soviética; el arrollador influjo del socialismo en todo el mundo; el hundimiento del sistema colonial y la magnitud del movimiento obrero y democrático de nuestros días, han multiplicado las posibilidades de desarrollo pacífico de la Revolución Socialista.

Sin embargo, es aun pronto para hacer vaticinios y en cada país la cuestión será decidida por un complejo de factores internos y externos de imposible previsión.

Hay una cosa cada vez más indudable para todos: el advenimiento del socialismo es tan inevitable como lo fué en su tiempo el del capitalismo.

El Partido Comunista de España, como su hermano mayor, el Partido Comunista de la Unión Soviética, no escatimará esfuerzos para asegurar que ese advenimiento sea incruento en nuestro país. Mas sean cuales fueren los avatares que la lucha le reserve, seguirá siempre fiel a las inmortales enseñanzas de Marx y Lenin que hoy encarnan en la Unión Soviética, el primer país socialista del mundo cuyo nacimiento anunciaron, hace 40 años, los cañones atronadores del « Aurora ».



# EL CUARENTA ANIVERSARIO DE LA GRAN REVOLUCION SOCIALISTA DE OCTUBRE (1917-1957)

*Tesis de la Sección de Propaganda y Agitación del C.C.  
del P.C.U.S. y del Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al  
C.C. del P.C.U.S.*

## Introducción

**H**ACE cuarenta años, el mundo fué estremecido por la noticia de que en Rusia los obreros y los campesinos, bajo la dirección del Partido de los bolcheviques, encabezado por Vladímir Lenin, habían derrocado el dominio de los capitalistas y de los terratenientes y asumido el Poder político. Los cañonazos del crucero revolucionario Aurora anunciaron el 7 de noviembre (25 de octubre) de 1917 el comienzo de una nueva era en la historia de la humanidad: la era del hundimiento del imperialismo y del triunfo de la sociedad nueva, socialista. Comenzaba la verdadera historia de la sociedad humana que habían previsto genialmente Marx, Engels y Lenin.

La Gran Revolución Socialista de Octubre nació y venció como protesta vigorosa y colérica de los trabajadores contra la guerra imperialista, que había puesto a Rusia al borde de la catástrofe, contra el dominio de las clases explotadoras —los capitalistas y los terratenientes—, contra el yugo nacional. La clase obrera revolucionaria, los soldados, los marinos, los campesinos trabajadores de Rusia se alzaron contra la opresión y la violencia que ejercían los capitalistas y terratenientes. El pueblo entabló la batalla decisiva por la instauración de un régimen social nuevo, justo: el régimen soviético, socialista.

Resonancia mundial tuvieron los primeros decretos de Octubre: el Decreto de la Paz —apasionado llamamiento a la lucha contra la guerra imperialista, a la fraternidad de los trabajadores—, el Decreto de la Tierra, la Disposición del Congreso de los Soviets de toda Rusia formando el Gobierno Obrero y Campesino.

Con anterioridad se habían producido revoluciones, sus llamas iluminan todas las épocas de viraje en la historia. Pero aquellas revoluciones se limitaban a transferir el Poder de una clase explotadora a otra: únicamente cambiaba la forma de explotación, pero ésta subsistía. Las clases explotadoras dominantes machacaban ferrozmente los intentos de los trabajadores de liberarse del yugo de la explotación, anegando en la sangre de los obreros y campesinos las calles de las ciudades y aldeas. La Comuna de París, que alzó por primera vez en la historia la bandera de la dictadura del proletariado, fué reducida por el plomo tras setenta y dos días de existencia; la primera revolución rusa de 1905 fué ahogada en la sangre de los obreros y campesinos.

La Revolución de Octubre, sin paralelo por la magnitud de sus proporciones y la profundidad de sus tareas y fines, llevó a cabo las aspiraciones seculares de los trabajadores, proclamó que había llegado el

fin de la explotación del hombre por el hombre, el fin de todo sojuzgamiento social y nacional, no sólo proclamó, sino que aplicó en la práctica las grandes ideas del socialismo, de la paz, de la igualdad de derechos y de la amistad entre los pueblos.

Fiel a la gran doctrina del marxismo-leninismo, intransigente con todas las modalidades del revisionismo, del oportunismo, del dogmatismo y del sectarismo en el movimiento obrero, el Partido Comunista preparó a la clase obrera y a los campesinos de Rusia para la lucha decisiva por una vida nueva, socialista, elaboró la estrategia y la táctica de la lucha revolucionaria, dirigió intrépidamente esa lucha y aseguró el triunfo de la revolución socialista y la construcción de la sociedad socialista en nuestro país. Fracasaron todos los demás partidos —de los eseristas, mencheviques, nacionalistas burgueses— que con frases sobre la democracia encubrían su traición y su servilismo ante el imperialismo.

Todas las fuerzas del viejo mundo decrepito, los enemigos interiores y exteriores —terratenientes y capitalistas, generales zaristas y gobiernos imperialistas de las potencias extranjeras— arremetieron contra la joven República Soviética que aparecía en el mundo. Jamás se había registrado nada semejante a la « cruzada » de los imperialistas contra la revolución socialista. Se apeló a todos los recursos: la intervención armada de « catorce Estados », los intentos de estrangular por el hambre y el bloqueo, las amenazas y los augurios de muerte inevitable, la mentira multiplicada hasta el infinito y la calumnia vil. Los aliados y los enemigos en la primera guerra mundial —alemanes, norteamericanos, ingleses, franceses, japoneses y otros imperialistas— se unieron en un empeño: yugular al joven Estado socialista de obreros y campesinos en la cuna, antes de que se robusteciese y afianzara. En su heroica lucha contra las fuerzas del imperialismo internacional, la joven República Soviética contó con la cálida simpatía, con el apoyo moral y político de la clase obrera, de los campesinos trabajadores y de los intelectuales progresistas de todos los países.

Todos los esfuerzos de la reacción mundial para detener la marcha de la historia, sometida a leyes objetivas, terminaron con el fracaso. El cuarenta aniversario de la Revolución So-

cialista de Octubre es la prueba irrefutable de que no pueden ser vencidos los pueblos que arrojan la fécula de los explotadores, es el magno triunfo de las ideas del marxismo-leninismo. Al llevar a cabo la revolución socialista y salvaguardar las conquistas de ésta en una lucha de inaudita dureza, la heroica clase obrera de Rusia pasaba a ser la iniciadora de la nueva vida y la Unión Soviética el primer Estado socialista del mundo, el país que abría a otros pueblos el camino del socialismo.

Ya en vísperas de Octubre de 1917, Lenin predijo que la revolución socialista, el derrocamiento del Poder de los capitalistas y terratenientes propiciarían a las fuerzas productivas un desarrollo excepcionalmente rápido. Y así fué. A pesar de los esfuerzos de las potencias imperialistas de arruinar e imponer a nuestro país un profundo retroceso mediante la intervención, ya en 1941, gracias al rápido ritmo de industrialización y de colectivización de la agricultura, la Unión Soviética se había convertido en una gran potencia socialista, demostrando la superioridad indiscutible del sistema socialista. La amistad indestructible de los pueblos de la U.R.S.S., pertrechados con una poderosa técnica, su vehemente patriotismo soviético permitieron al País del Socialismo desempeñar el papel decisivo en el aplastamiento del fascismo.

Como resultado de la derrota del fascismo alemán y del militarismo japonés en la segunda guerra mundial, en Europa y Asia surgieron junto a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas otros Estados socialistas que se han fortalecido, crecen y se desarrollan. El gran pueblo de China va por la senda de la construcción del socialismo bajo la dirección del Partido Comunista, probado en los combates de clase. Por la senda del socialismo van con paso seguro países que han arrojado para siempre el yugo del capitalismo: Albania, la República Democrática Alemana, Bulgaria, la República Democrática Popular de Corea, Checoslovaquia, Hungría, la República Popular Mongola, Polonia, Rumania, la República Democrática del Viet-Nam y Yugoslavia. Hoy el socialismo se ha transformado en un sistema mundial invencible y emula victoriosamente con el viejo y caduco sistema capitalista.

Al influjo de las ideas de Octubre, centenares de millones de seres han

roto en Asia y Africa las cadenas del colonialismo. Se agiganta la llama de la lucha de liberación nacional de los pueblos coloniales y semicoloniales.

La Gran Revolución Socialista de Octubre, destruyó hasta los cimientos la leyenda reaccionaria acerca de que las masas populares son incapaces de gobernar un Estado. Los cuarenta años del Estado soviético han demostrado que las masas trabajadoras no sólo son capaces de destruir el régimen social viejo, podrido, sino también de construir el sistema nuevo, socialista de Estado y de sociedad, de cancelar en un breve plazo el atraso técnico y económico y crear una economía altamente desarrollada, de afianzar y desarrollar la forma superior de democracia —la democracia socialista—, de instaurar relaciones desconocidas antes de amistad y fraternidad entre las naciones, de infundir en millones de personas la conciencia de su papel de artífices de la historia.

Precisamente por eso, la Revolu-

ción de Octubre es auténticamente popular por su carácter y sus propósitos y la más grande de cuantas registra la historia.

« ...Tenemos derecho a enorgullecernos y nos enorgullecemos —dijo Lenin— de que nos haya tocado en suerte INICIAR la construcción del Estado soviético, INICIAR así una nueva época de la historia universal, época en que domina una clase NUEVA, que es oprimida en todos los países capitalistas y que en todas partes avanza hacia una vida nueva, hacia la victoria sobre la burguesía, hacia la dictadura del proletariado, hacia la liberación de la humanidad del yugo del capital, de las guerras imperialistas » (Obras, tomo 33, págs. 32-33.)

El cuarenta aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre será una fiesta luminosa de todos los pueblos de la Unión Soviética, de todos los países socialistas, de toda la clase obrera internacional, de los trabajadores del mundo entero.

## I. La victoria de la Gran Revolución Socialista de Octubre y el afianzamiento de la dictadura del proletariado en la U.R.S.S.

### I. La Gran Revolución Socialista de

Octubre fué el resultado inevitable del desarrollo del sistema mundial del capitalismo, de la exacerbación extrema de todas sus contradicciones. El excepcional desarrollo de la técnica, el incremento de la gran producción dieron lugar a una elevación gigantesca del rendimiento del trabajo humano, a la acumulación de valores materiales, lo que hubiera debido aumentar en mucho el nivel de vida de toda la población. Pero con el dominio de la propiedad capitalista sobre los medios de producción, con la preponderancia de los trusts, de los sindicatos y bancos capitalistas, el progreso técnico no hace sino acrecentar los beneficios de los capitalistas, acentuar la desigualdad económica, agravar la penuria y la inseguridad material de sectores de la población más y más extensos. Con el perfeccionamiento de la producción se recrudece la explotación y el sojuzgamiento de los trabajadores, aumenta el desempleo, la carestía, la depauperación de las masas, se redobla el yugo de los monopolios sobre la clase obrera y todos los tra-

bajadores. El capitalismo abate periódicamente sobre las masas las calamidades, los sufrimientos y los horrores de las crisis y de las guerras engendradas por la exacerbación de sus contradicciones. Todo esto acrecentó el descontento y la indignación de las masas contra el sojuzgador sistema capitalista, en tanto que el formidable aumento de la gran producción creó las condiciones materiales para reemplazar el capitalismo por un sistema social nuevo, superior: el socialismo.

En virtud del desarrollo económico y político desigual de los países capitalistas en la época del imperialismo, las condiciones para las revoluciones proletarias en los distintos países maduran disparejas. De esta ley hizo Lenin en 1915 la deducción, de importancia histórica, de la posibilidad del triunfo de la revolución socialista primero en pocos países o incluso en uno solo y de la imposibilidad de la victoria simultánea en todos los países.

A principios del siglo XX, Rusia era el punto nodular de todas las contradicciones del imperialismo y el

estabón más vulnerable de éste. La conjugación de todos los tipos de sojuzgamiento —capitalista, terrateniente, nacional— con el despotismo policíaco de la autocracia hacía insoportable la situación de las masas populares y confería singular agudeza a las contradicciones de clase en Rusia. Hacia comienzos del siglo XX, Rusia pasó a ser el centro del movimiento revolucionario internacional. Ya la revolución de 1905-1907 había puesto fin al desarrollo relativamente « pacífico » del capitalismo en Europa y Asia y marcado el principio de un período de grandes tormentas revolucionarias; había sido el prólogo a los combates victoriosos de la clase obrera y de todos los trabajadores en 1917.

La guerra imperialista mundial de 1914-1918, en la cual los imperialistas exterminaron a cerca de diez millones de hombres y dejaron inválidos a más de veinte millones, arruinaron y privaron de hogar a millones de familias, aceleró la explosión revolucionaria. « La guerra ha engendrado una crisis tan intensa, ha puesto en tensión de tal modo las fuerzas materiales y morales del pueblo, ha asestado tales golpes a toda la organización de la sociedad moderna —decía Lenin—, que la humanidad se ve colocada ante un dilema: o perecer o poner su suerte en manos de la clase más revolucionaria, para pasar por la vía más rápida y radical a un régimen de producción más elevado » (Obras, tomo 25, pág. 337.).

Al frente de la revolución que se desplegaba en Rusia iba la heroica clase obrera, que tenía un poderoso aliado en las masas ingentes de campesinos trabajadores. En febrero de 1917, la autocracia zarista fué barrida por la revolución democrática burguesa. En el país surgió la dualidad de poderes: el Poder del proletariado y del campesinado en la forma de Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos y el Poder de la burguesía y los terratenientes representado por el Gobierno provisional. Con el apoyo de los partidos pequeño burgueses —menchevique y eserista—, el Gobierno provisional burgués continuaba la guerra imperialista, seguía una política antipopular, no quería y no podía dar al pueblo martirizado ni la paz, ni el pan, ni la tierra. Semejante gobierno no podía satisfacer las necesidades imperiosas de los obreros y los campesinos.

2. El dirigente, el inspirador y el organizador de las masas revolucionarias de obreros y campesinos era el Partido Comunista, el partido de los bolcheviques, el partido marxista de nuevo tipo. Pertrechado con la teoría marxista-leninista, atesorando toda la mejor experiencia del movimiento obrero internacional, templado en los combates con los enemigos de la clase obrera, fuerte por su unidad, indisolublemente ligado a las masas trabajadoras, el Partido bolchevique era el jefe que resultó capaz de conducir intrépidamente a los pueblos de Rusia hacia el socialismo.

El programa de lucha del partido por el paso de la revolución democrática burguesa a la revolución socialista fueron las famosas Tesis de Abril escritas por Lenin. Deseoso de evitar las dificultades y los sacrificios innecesarios y apoyado en la voluntad y la solidaridad de las masas, el partido preconizaba el desarrollo pacífico de la revolución. Este camino suponía que todo el Poder pasaba a los Soviets, que el partido conquistaba la mayoría en los Soviets, que éstos cambiaban de política en interés de la clase obrera. Sin embargo, debido a que los mencheviques y eseristas se negaron a romper con la burguesía y a concentrar todo el Poder en los Soviets, debido a que los capitalistas y terratenientes sostenían una lucha furiosa por sus privilegios, el desarrollo pacífico de la revolución se vió alterado. El ametrallamiento por el Gobierno provisional de la manifestación pacífica de obreros y soldados en julio de 1917 en Petrogrado significó el fin de la dualidad de poderes y la instauración del Poder único de la burguesía contrarrevolucionaria.

A tono con las indicaciones de Vladimir Lenin, el VI Congreso del Partido se orientó a preparar la insurrección armada. El congreso repelió enérgicamente la línea capituladora antileninista de Preobrazhenski, quien, considerando que era imposible el triunfo del socialismo en Rusia antes de la revolución proletaria victoriosa en Occidente, se opuso a que el partido pusiera rumbo hacia la revolución proletaria. Rigiéndose por las decisiones del congreso, el partido llevó a cabo un trabajo titánico para organizar y agrupar a todas las fuerzas populares revolucionarias que luchaban por la paz, la tierra, la igualdad nacional y el

socialismo, y las dirigió por un cauce común: hacia la victoria de la revolución socialista.

Por experiencia propia, los obreros, los soldados y los campesinos se iban persuadiendo más y más de que la política de los bolcheviques era acertada. Esta política señalaba la única salida efectiva de la guerra y el camino hacia la paz, exigía que el Poder pasara a los trabajadores, exigía la igualdad de todas las naciones, la confiscación de las fincas de los terratenientes y la transformación de las fábricas, los ferrocarriles y los bancos en patrimonio del pueblo. Era un programa consecuentemente revolucionario que expresaba los intereses cardinales de los obreros y campesinos, de los trabajadores de todas las nacionalidades.

En respuesta a las justas reivindicaciones de los trabajadores, el gobierno de los capitalistas y terratenientes recrudeció las represiones contra el pueblo. Los representantes de la burguesía amenazaban descaradamente con asfixiar a la revolución « con la mano descarnada del hambre »; los capitalistas cerraban las fábricas, despedían a los obreros, desorganizaban el suministro de víveres y de combustible a las ciudades. Los fabricantes preparaban un lock-out en toda Rusia, el despido en masa de los obreros. Más de setenta y cinco mil obreros quedaron sin trabajo, contando solamente las zonas industriales de Moscú y Petrogrado. Destacamentos punitivos aplastaban duramente los intentos de los campesinos de ocupar las propiedades de los terratenientes. El desenfreno de la reacción terrateniente-burguesa después de las jornadas de julio y el pronunciamiento de Kornílov, que fué la tentativa descarada de implantar una dictadura militar y de ahogar en sangre la revolución, pusieron al descubierto el fondo antipopular del Gobierno provisional burgués y de la política conciliadora de los eseristas y mencheviques.

Para mantener su dominio, los capitalistas y terratenientes estaban dispuestos a vender la patria a los imperialistas extranjeros, y procuraron aplastar la revolución con ayuda de tropas extranjeras. Los contrarrevolucionarios y traidores a la patria se confabularon con el imperialismo alemán, preparaban la entrega de Petrogrado a las tropas de la Alemania kaiseriana para machacar a la clase obrera y estrangular la revolución.

Las masas trabajadoras se orientaron decididamente hacia los bolcheviques, como únicos intérpretes de los intereses del pueblo. Una vez obtenida la mayoría en los Soviets de Petrogrado y de Moscú, el partido condujo en pos de sí a las masas fundamentales del proletariado. El ejército también pasó en su mayoría al campo de la revolución proletaria; en las unidades dislocadas cerca de las capitales, los bolcheviques tenían decisiva superioridad de fuerzas. En el campo se agigantaba una guerra espontánea de los campesinos contra los terratenientes. Venciendo la resistencia furiosa de la contrarrevolución y de los capituladores y pusilánimes (Zinóviev, Kámenev), el Partido Comunista organizó las fuerzas revolucionarias de los obreros, soldados y campesinos para la insurrección armada victoriosa. El apoyo decisivo de las masas populares al programa revolucionario de los bolcheviques y el aislamiento completo del gobierno contrarrevolucionario permitieron que la insurrección armada en Petrogrado fuera la más incruenta en la historia de las revoluciones.

El 25 de octubre (7 de noviembre) de 1917, los obreros y soldados de Petrogrado derrocaron el Gobierno provisional burgués. El II Congreso de los Soviets de toda Rusia, representante de la vanguardia del proletariado y de la parte más revolucionaria de los campesinos, proclamó el paso de todo el Poder público a los Soviets y formó el Gobierno Obrero y Campesino presidido por Vladímir Ilich Lenin. El congreso aprobó los históricos decretos de la paz y la tierra. El Decreto de la Paz abrió el camino a la salida revolucionaria de la guerra, echó los cimientos inmutables de la política de paz del Estado soviético. El Decreto de la Tierra expresó las aspiraciones seculares de millones de campesinos: la abolición de la propiedad terrateniente. Las decisiones del congreso relativas a la formación del Gobierno Obrero y Campesino pusieron las bases al Estado nuevo, soviético.

La Revolución Socialista de Octubre comenzada en Petrogrado triunfaba en lo fundamental en todo el país en el transcurso de pocas semanas. La marcha victoriosa del Poder soviético fué un testimonio irrecusable del auténtico carácter popular de la revolución. Hombre a hombre con los obreros y campesinos rusos, en ella participaron enérgicamente

los trabajadores de todos los pueblos y naciones de Rusia.

El triunfo de la Revolución Socialista de Octubre instauró en nuestro país la dictadura de la clase obrera.

3. La dictadura del proletariado, el nuevo Poder revolucionario, se afianzó en Rusia sobre la base de la alianza entre la clase obrera y las masas de campesinos trabajadores, con el papel dirigente del proletariado. La revolución socialista puso fin al viejo aparato antipopular del Estado de los burgueses y terratenientes, creó un nuevo aparato de Poder exponente de los intereses cardinales de los trabajadores. La forma estatal de la dictadura del proletariado en nuestro país fueron los Soviets de diputados obreros y campesinos, producto de la creación revolucionaria de las masas populares.

A diferencia de la democracia burguesa, que siempre ha sido y sigue siendo de hecho en todos los países capitalistas una democracia para la minoría explotadora, el Poder soviético cristalizó la forma de democracia más amplia y elevada: la democracia para los trabajadores, para la abrumadora mayoría del pueblo. Con el dominio de las corporaciones, de los trusts y de los sindicatos capitalistas, de las compañías hulleras, petroleras, del acero, automovilísticas, químicas, ferroviarias y otras entidades de capitalistas no hay ni puede haber verdadera democracia para los trabajadores. Al suprimir el dominio del capital y convertir los medios de producción en propiedad social, la revolución socialista creó las premisas económicas para la democracia proletaria. La revolución dió a las masas la libertad fundamental: la libertad de no ser explotados, base de todos los derechos y libertades democráticos.

La superioridad capital de la democracia gestada por la revolución socialista reside en que el Poder del Estado no pertenece a los explotadores, sino a los trabajadores. « Hemos creado —decía Lenin— el tipo soviético de Estado, comenzando así una nueva época en la historia mundial, la época del dominio político del proletariado, que viene a reemplazar la época del dominio de la burguesía » (Obras, tomo 33, pág. 180.)

Con la democracia soviética, los obreros y campesinos pasaron a ser dueños de toda la tierra, del sub-

suelo, de todas las fábricas, minas, ferrocarriles, centrales eléctricas y todos los demás medios de producción. Ningún país de democracia burguesa puede hacer nada semejante, ya que en ellos los medios de producción son para los capitalistas el medio de explotar a las masas populares.

La democracia proletaria se manifiesta en la diligente actividad de las organizaciones públicas y sociales de los trabajadores; niega la « democracia » que ofrece a los reaccionarios la « libertad » de machacar las organizaciones democráticas de los trabajadores, y difamar el régimen socialista, y el Poder del pueblo. « La democracia proletaria —decía Lenin— aplasta a los explotadores, a la burguesía y por eso no es hipócrita, no LES PROMETE libertad y democracia, pero da VERDADERA DEMOCRACIA a los trabajadores » (Obras, tomo 28, pág. 88.)

La democracia socialista tiene brillante exponente en la solución del problema nacional. La Gran Revolución de Octubre puso fin al sojuzgamiento nacional en Rusia, acabó para siempre con la desigualdad nacional e instauró la fraternidad verdadera de todas las naciones, elevó a pueblos antes oprimidos a la situación de pueblos verdaderamente libres y verdaderamente iguales en derechos. Fundaron el Estado pueblos que antes no lo tenían y lo restablecieron quienes lo habían perdido.

La Revolución Socialista de Octubre salvó a nuestro país del peligro de verse desmembrado y avasallado por los rapaces imperialistas extranjeros, hizo de él un Estado libre e independiente. El Poder soviético puso fin a la dependencia económica del país respecto al capital extranjero, nacionalizó las empresas propiedad de los imperialistas extranjeros, anuló los empréstitos onerosos, suspendió el pago de los beneficios a los capitalistas extranjeros enriquecidos a expensas de los obreros y campesinos de Rusia.

La victoria de la revolución socialista en Rusia ejerció inmensa influencia alentadora en las masas trabajadoras de otros países. En todas las partes del mundo se alzó una poderosa ola de movimientos revolucionarios y de liberación nacional.

Sin embargo, en aquellos tiempos los partidos comunistas de Occidente no hacían más que nacer, no podían aún conquistar a la mayoría de la clase obrera, establecer una

alianza firme de ésta con los campesinos y asegurar la victoria a la revolución proletaria en sus países. La República Soviética Rusa quedó entonces como el único país del socialismo, se vió sometida al cerco capitalista hostil.

4. Al hacerse cargo del Poder, los obreros y campesinos de Rusia emprendieron el trabajo pacífico creador bajo la dirección del Partido bolchevique. Pero las clases explotadoras derrocadas por la revolución organizaron la guerra civil contra el Poder de los obreros y campesinos a fin de restablecer por las armas su pasado dominio. En su lucha contra los obreros y campesinos resultaron cómplices suyos los partidos pequeño-burgueses menchevique y eserista que habían rodado definitivamente al bando de la contrarrevolución.

El organizador e instigador de la lucha armada contra la República Soviética fué el imperialismo internacional. La enorme influencia revolucionadora de la primera república obrera y campesina del mundo despertó el miedo y la rabia en las filas de los imperialistas de todos los países, que veían en la victoria de la revolución socialista un peligro para su existencia parasitaria, para sus beneficios y capitales, para todos sus privilegios. Afanosos de yugular a la joven República de los Soviets, los imperialistas, capitaneados por las esferas gobernantes de la Gran Bretaña, los Estados Unidos y Francia, organizaron las campañas militares contra nuestro país. Por todas las direcciones —desde el norte, desde el sur, desde el este y el oeste— avanzaron contra su territorio las hordas de intervencionistas y guardias blancos. La Rusia Soviética se vió ceñida por el círculo de fuego de los frentes.

En aquellas duras circunstancias, el Partido Comunista y el Gobierno soviético llamaron al pueblo a combatir en la guerra justa, revolucionaria, nacional contra los intervencionistas extranjeros y la contrarrevolución doméstica. En respuesta al llamamiento del partido, centenares de miles de obreros y campesinos engrosaron como voluntarios las filas del Ejército Rojo. Poniendo en tensión todas sus fuerzas, los obreros hambrientos suministraban armas y municiones al ejército, y los campesinos enviaban productos alimenticios. El partido y el komsomol mandaron a los frentes

a casi la mitad de sus militantes. De las filas de los obreros y campesinos surgieron jefes militares capaces, héroes legendarios de gloria inmarcesible. Durante más de tres años tuvo que rechazar la República Soviética la furiosa embestida armada de las fuerzas coligadas de los imperialistas y de la contrarrevolución interna. El pueblo soviético experimentó y venció duras privaciones y dificultades inauditas. Las grandes ciudades recibían escasos abastecimientos, durante meses y meses se entregaba a los obreros a razón de un cuarto de libra de pan al día. Faltaban materias primas y combustibles, y el transporte destruído no podía trasladar lo que se lograba reunir. La mayoría de las empresas no funcionaba. Bajo la dirección del Partido Comunista, el pueblo soviético y su Ejército Rojo dieron prodigiosas muestras de heroísmo, de abnegado entusiasmo, de ideología elevada y fidelidad ilimitada a las grandes ideas del socialismo, y salvaron la existencia del primer Estado socialista del mundo.

Todos los intentos de los imperialistas de taponar la « brecha rusa » y ahogar a la joven República Soviética chocaron con la decidida resistencia de la clase obrera de los países extranjeros. En los años de la intervención militar extranjera y de la guerra civil se desplegó en los países capitalistas un movimiento de apoyo al pueblo soviético, creáronse comités de acción con la consigna de « ¡Fuera las manos de Rusia! » En las tropas de los intervencionistas arreciaban las exigencias de repatriación, menudeaban los casos de negativa a combatir contra la Rusia Soviética. En el Mar Negro los marinos franceses se sublevaron contra la intervención. Al lado de las tropas soviéticas combatían batallones internacionales formados por chinos, húngaros, polacos, yugoslavos, finlandeses y otros revolucionarios extranjeros. Bajo la influencia de la Gran Revolución Socialista de Octubre, en enero de 1918 comenzó la revolución obrera en Finlandia, en noviembre de 1918 la revolución en Alemania, en marzo de 1919 se produjo la revolución proletaria en Hungría, en abril de 1919 fué proclamada la República Soviética de Baviera. Todas estas acciones revolucionarias prestaron un valioso apoyo a la joven República Soviética en Rusia. Los obreros de todos los países juzgaban la defensa de la revolución rusa su cau-

sa sagrada, su deber internacional en la lucha contra el capital. En ello se manifestó rotundamente la fuerza y la eficacia del internacionalismo proletario.

La victoria del pueblo soviético sobre los intervencionistas y guardias blancos en la guerra civil fué una gran derrota militar y política del imperialismo mundial, una manifestación de la gran fuerza vital y de la invencibilidad del joven Estado soviético.

La lucha victoriosa del pueblo so-

viético contra los guardias blancos y los intervencionistas confirmó patentemente las proféticas palabras de Lenin: « Jamás se vencerá al pueblo en el cual los obreros y los campesinos en su mayoría han conocido, percibido y visto que salvaguardan su Poder, el Poder soviético, el Poder de los trabajadores, que salvaguardan la causa cuya victoria les permitirá a ellos y a sus hijos disfrutar de todos los bienes de la cultura, de todos los frutos del trabajo humano » (Obras, tomo 29, pág. 292.)

## II. La construcción del socialismo en la U.R.S.S. es el balance principal de la Revolución de Octubre

5. La historia confió la gran misión de construir la primera sociedad socialista del mundo a la heroica clase obrera y a los campesinos trabajadores de Rusia, que habían arrojado el yugo del imperialismo y que, como dijera Lenin, habían reconquistado su país arrancándoselo a los ricos para los pobres.

Careciendo de ejemplos y modelos, sin arredrarse ante los infortunios ni las dificultades, el pueblo soviético marchó intrépidamente por caminos inexplorados de la creación de una nueva vida. Y él abrió el camino fundacional hacia el mañana luminoso de toda la humanidad, mostrando al mundo entero que la experiencia histórica concreta de la construcción del socialismo en la U.R.S.S. ofrece a todos los países ciertos rasgos y circunstancias objetivas comunes de la revolución socialista victoriosa y de la edificación de la sociedad nueva, socialista.

El programa de la construcción del socialismo fué científicamente elaborado por el jefe del partido y del pueblo Vladimir Lenin. La doctrina leninista sobre la posibilidad del triunfo del socialismo primero en algunos países e incluso en uno solo era la base teórica de este programa.

Conforme al plan leninista de transformación socialista de Rusia, había que cancelar el atraso económico y técnico, crear la economía socialista —la base técnica material más avanzada de la nueva sociedad—, convertir al país en una gran potencia industrial y, mediante el incremento de todas las ramas de la economía,

asegurar a la población un elevado nivel de vida. La médula de este plan era la idea de la industrialización socialista, ya que únicamente a través del desarrollo de la industria pesada, en particular de la construcción de maquinaria, era posible reorganizar todas las ramas de la economía nacional —comprendida la agricultura—, conseguir el poderío económico del Estado, asegurar la capacidad de defensa de éste, edificar el socialismo. Vladimir Lenin atribuía singular importancia a la electrificación del país. « Si Rusia se cubre de una espesa red de centrales eléctricas y de potentes instalaciones técnicas —decía—, nuestra construcción económica comunista será el ejemplo para el futuro socialista de Europa y Asia » (Obras, tomo 31, pág. 486.)

La parte más importante del plan leninista de construcción del socialismo era la transformación socialista de la agricultura atrasada y parcelaria por el camino más « sencillo, fácil y asequible para los campesinos »: las cooperativas de producción voluntarias, es decir, la colectivización, equipando gradualmente a la producción agrícola con máquinas modernas.

En el plan leninista entraba orgánicamente la revolución cultural, la preparación de un numeroso personal de especialistas calificados para todas las esferas de la economía y de la cultura. La incorporación de las masas trabajadoras más amplias a la ciencia, la técnica, la cultura y a la administración del Estado —decía Lenin— es una condición imprescindible de la construcción del socialismo.

6. La construcción del socialismo en un país campesino económicamente tan atrasado como era Rusia, frente a la resistencia encarnizada de las clases explotadoras derrotadas, rodeado por el cerco capitalista hostil que trataba de acabar con el Poder soviético y que con tal propósito inculcaba el sabotaje, organizaba complots contrarrevolucionarios y revueltas de los kulaks, era una obra increíblemente ardua.

Cuando ahora se habla de la « herencia » que la Rusia zarista dejó al régimen soviético, a menudo se refieren al precario nivel de desarrollo económico que Rusia había alcanzado en 1913, es decir, en vísperas de la primera guerra mundial. Pero, en realidad, el Estado soviético no recibió ni esa mísera « herencia » que fué destruída o saqueada por los imperialistas de Alemania, de los Estados Unidos, de la Gran Bretaña, de Francia, del Japón y de otros países que arrastraron a Rusia a la primera guerra mundial y que después del triunfo de la revolución socialista impusieron a la joven República Soviética la guerra civil y arrojaron a su territorio los ejércitos intervencionistas. Los invasores arrasaron y desmembraron el territorio de la República de los Soviets. Bajo la bandera de la « salvación de Rusia », los intervencionistas y guardias blancos saqueaban y vendían las riquezas de Rusia, la arruinaron e incubaron planes de fraccionarla y de convertir sus partes en colonias.

Y aunque en la guerra declaradamente bandídesca contra el primer Estado socialista de los trabajadores en el mundo los imperialistas sufrieron una derrota militar, política y moral, éstos lograron infligir a la economía nacional de nuestro país daños tan sensibles que impusieron a su economía, ya atrasada sin ello, un retroceso de decenios. En 1920, la industria pesada de nuestro país producía casi siete veces menos que en 1913; respecto al nivel de antes-guerra, la fundición de hierro ascendía sólo al 2,7 %; la producción de cemento, al 2,4 %; la de jabón, al 7,1 %; la de tejidos de algodón, al 4 %. Por aquel tiempo, la fundición de acero había descendido hasta 200.000 toneladas al año. Ahora, la Unión Soviética necesita menos de dos días para fundir esa cantidad de acero.

Los imperialistas calculaban que obstaculizando la instauración de re-

laciones normales entre la U.R.S.S. y los demás países, organizando el bloqueo económico del País Soviético, el sabotaje y las intenciones antipopulares de los elementos contrarrevolucionarios podrían frustrar la construcción del socialismo, impedir que la República Soviética mostrara en el acto a los trabajadores del mundo entero las grandes ventajas del sistema socialista sobre el capitalismo, abrigaban la esperanza de que no podría hacer frente a la recuperación de la economía arruinada por la guerra y, desde luego, que no sería capaz de hacerla progresar rápidamente.

El pueblo soviético no podía contar más que consigo mismo, con sus fuerzas y recursos para remontar en breve plazo las inauditas dificultades de la depresión económica y del extenuamiento, la pobreza y el hambre, y abrir el camino hacia el socialismo.

Otra dificultad ante la construcción del socialismo consistía en que la clase obrera no disponía aún por aquel tiempo de los especialistas necesarios, en tanto que una gran parte de los viejos se mostraba hostil al Poder soviético.

En fin, era necesario romper la encarnizada resistencia de las corrientes y de los grupos adversos en el seno del partido —trotskistas, bujarinistas, elementos con desviaciones nacionalistas—, que constituían una red enmascarada de agentes al servicio de las clases explotadoras derrotadas en el interior del país. Todos esos grupos antipartido actuaban contra la línea general del partido hacia la construcción del socialismo en la U.R.S.S., sembraban la desconfianza en la posibilidad de la victoria del socialismo en nuestro país y en rigor tendían hacia la restauración del capitalismo. El Comité Central del partido, encabezado por Vladímir Lenin, y a su muerte por José Stalin, derrotó a todos los grupos antipartido, cohesionó al partido en una gran fuerza monolítica que, venciendo sin vacilaciones las adversidades y dificultades, condujo al país por el camino leninista de edificación del socialismo.

7. La línea general leninista del Partido Comunista hacia la transformación de la Rusia atrasada, agraria, en una gran potencia industrial, fortaleza del socialismo, se granjeó el apoyo activo del pueblo; y la

abolición de la propiedad de los capitalistas y terratenientes, la concentración en el Estado de las ramas fundamentales de la economía permitió movilizar para la reestructuración socialista del país reservas de una potencia inaccesible a los países capitalistas.

El Partido Comunista despertó y encauzó hacia un fin común la poderosa energía creadora de los trabajadores. El pueblo soviético aceptó conscientemente los sacrificios, las dolorosas restricciones de sus necesidades materiales y culturales, sabiendo que no había otra posibilidad de convertir en breve plazo su patria en un país de industria socialista de primera clase y de agricultura socialista de grandes haciendas mecanizadas. Era imposible postergar la industrialización. La situación existente no permitía las demoras. O los obreros y campesinos soviéticos resolvían el problema de la industrialización en el lapso más breve o el Estado soviético, que vivía como una fortaleza asediada, sería aplastado por la intervención que preparaban los agresores imperialistas.

En el transcurso de los primeros quinquenios, todo nuestro país —de extremo a extremo— vivió en el entusiasmo de la construcción de las empresas gigantescas de la industria socialista y la conquista de la nueva técnica. En poco tiempo fueron construídas miles de empresas, industrias enteras que no se conocían en Rusia antes de la Revolución. Surgieron nuevas ciudades y centros industriales. Nuevos ferrocarriles cruzaron muchos miles de kilómetros; se encendieron las luces en las centrales eléctricas construídas de nueva planta; minas, altos hornos y hornos Martin construídos por el pueblo soviético comenzaron a dar carbón y mineral, hierro y acero.

El feliz cumplimiento de los primeros planes quinquenales convirtió al País Soviético de agrario en industrial: la industria socialista podía ahora fabricar todos los tipos de utillaje moderno, suministrar excelente maquinaria al país, abastecer de todos los tipos de armamento moderno al Ejército Soviético. Se justificaba brillantemente la primera prueba en el mundo de transformación socialista planificada de la economía y la cultura de un país gigantesco. El miedo a la creciente potencia de la U.R.S.S. vino a reemplazar las burlas de la burguesía a propósito del « mi-

to económico bolchevique » y sus esperanzas en que fracasara la industrialización socialista.

Las ventajas del sistema socialista soviético de economía, su gran fuerza vital manifestábanse ahora con brillantez y profundidad inusitadas. Con el impetuoso incremento de su economía, la Unión Soviética ejercía creciente influencia sobre el mundo entero. Precisamente en aquel tiempo el mundo capitalista debatíase en las férreas tenazas de una profundísima crisis económica de carácter general que había hundido en la inestabilidad y la ruina a la economía de los países capitalistas. La crisis de 1929-1933 costó sólo a los Estados Unidos trescientos mil millones de dólares por pérdidas en la producción. Por efecto de la crisis, la producción industrial del mundo capitalista se redujo un 44 %: eran apagados los altos hornos y los hornos Martin, cerraban las fábricas, descendían los salarios, veinticinco millones de desempleados pululaban por las calles de las ciudades capitalistas en busca de trabajo y pan. Se redujo la superficie sembrada, arruinábanse millones de granjeros. Montañas de productos agropecuarios eran bárbaramente destruídas, incendiadas, arrojadas al mar, mientras que los trabajadores perecían de inanición. Quedaron al descubierto todas las lacras y los vicios del capitalismo y vacilaron sus puntales más robustos.

La feliz construcción de la economía socialista en la U.R.S.S., por un lado, y la destructora crisis económica en los países capitalistas, por otro, recordaban inevitablemente que la historia había sentenciado de muerte al capitalismo. Poseídos por el odio de clase al País del Socialismo, temerosos de un rápido desarrollo industrial de la Unión Soviética como resultado del cumplimiento feliz del primer Plan quinquenal, las esferas imperialistas internacionales, y en primer término los monopolistas norteamericanos e ingleses, se aplicaron a apoyar decididamente y a armar al fascismo alemán, viendo en él, como dijo un periódico reaccionario inglés, « un seguro guardián de Europa contra el peligro comunista. ».

8. Una vez que la clase obrera había conquistado el Poder político, la tarea más difícil era la transformación socialista de la agricultura. Este problema fué resuelto agrupando en cooperativas las hacien-

das campesinas individuales y organizando grandes haciendas soviéticas. Se operaba un viraje radical en la vida económica secular, en las costumbres, en la conciencia de masas ingentes de campesinos. El Partido Comunista venció todas las dificultades en la solución del problema de agrupar las haciendas campesinas en cooperativas. El Partido persuadió a las masas de campesinos de que el único camino hacia la vida acomodada y los bienes de la cultura es el del colectivismo sobre la base de la mecanización de la agricultura. La encarnizada resistencia al movimiento koljosiano por parte de los kulaks, sus intentos de organizar levantamientos antisoviéticos, de desplegar un sangriento terror contra los activistas koljosianos, los funcionarios del partido y de los Soviets pusieron al Estado soviético ante la necesidad de liquidar a los kulaks como clase, de arrebatárles los aperos y medios de producción y de entregar sus tierras y aperos a los koljoses.

El régimen koljosiano triunfó en todo el país. Los campesinos soviéticos —la parte más numerosa de la población— entraron resueltamente por el camino del socialismo. La victoria del sistema koljosiano significó que en la agricultura —la esfera más amplia de la economía del país, donde hasta entonces había predominado la propiedad privada sobre los medios de producción— habíase afianzado la propiedad socialista, habían surgido relaciones de producción nuevas, socialistas. Todo el desarrollo posterior del sistema koljosiano vino a demostrar su superioridad respecto a la hacienda campesina individual pequeña, dispersa.

En aquellos años de ofensiva socialista desplegada en todo el frente se llevó a cabo en el país con todo éxito la revolución cultural. El país se cubrió de una amplia red de escuelas, de instituciones culturales y educativas, de centros docentes superiores. Se instauró la enseñanza primaria general en los idiomas de las nacionalidades de la U.R.S.S. Se elevó el nivel cultural de los trabajadores. Así en la experiencia de la U.R.S.S. se confirmó la previsión de Vladímir Lenin, quien había señalado que sólo conquistando el Poder político puede crear el proletariado las premisas necesarias para un auge cultural rápido de todo el pueblo.

9. La construcción del socialismo es para nuestro pueblo el ba-

lance principal de la Gran Revolución Socialista de Octubre.

El triunfo del socialismo transformó a nuestro país, modificó su economía, su cultura y su modo de vida, dió lugar a la instauración de nuevas relaciones entre las clases y las naciones. Al ser abolida la propiedad privada sobre los medios de producción y de cambio y al afianzarse la propiedad socialista quedó plenamente suprimida la explotación del hombre por el hombre y eliminadas las causas que la originaban. Por primera vez en muchos milenios, los productores de los bienes materiales, los trabajadores, podían trabajar no para los explotadores parásitos, sino para sí, para su sociedad socialista. Después de muchos siglos de sojuzgamiento económico, social y nacional de la mayoría de los pueblos por una minoría de explotadores, el dueño de la vida pasó a ser el trabajo y los trabajadores: los obreros, los campesinos y la intelectualidad popular.

La clase obrera soviética había crecido bastante numéricamente, habíase elevado su nivel cultural y su capacitación técnica. De una clase privada de medios de producción y obligada a vender a los explotadores su mano de obra, la clase obrera de la U.R.S.S. habíase convertido en una clase completamente distinta, poseedora, con todo el pueblo, de los medios de producción y ocupada en las empresas socialistas.

Los campesinos trabajadores soviéticos dejaron de ser una clase de pequeños propietarios privados, se convirtieron en campesinos koljosianos, cuyo bienestar se basa en el trabajo colectivo y la propiedad colectiva.

Se había formado y desarrollado una intelectualidad nueva, soviética, salida de los medios obreros y campesinos, estrechamente unida al pueblo, compenetrada con los intereses esenciales del pueblo y lealmente al servicio de él.

Como resultado de las modificaciones en la estructura de clase de la sociedad robusteciése la alianza entre la clase obrera y los campesinos, se formó la unidad moral y política del pueblo, desconocida en la historia. Por primera vez en la historia surgió una nueva sociedad que no estaba dividida en clases hostiles, sino fundida por la comunidad de intereses esenciales y de propósitos. La unidad moral y política del pue-

blo pasó a ser una gran fuerza motriz del desarrollo de la sociedad socialista.

En el transcurso de la construcción socialista fué resuelto el problema de cancelar el atraso económico y cultural de los pueblos que habitan la U.R.S.S. heredado de los tiempos del zarismo. Pueblos antes privados de todos los derechos, condenados por el capitalismo a la extinción, se alzaban en toda su talla, despertaban a la nueva vida. Las naciones burguesas se transformaban en naciones socialistas que establecían entre sí una amistad firme y la colaboración fraternal. En todas las repúblicas federadas fué construída una industria moderna, se formaron obreros e intelectuales capacitados de la respectiva nacionalidad, surgió una cultura nueva, nacional por la forma y socialista por el contenido.

La solución del problema nacional en la U.R.S.S. convirtió en pavesas el embuste que los colonialistas propalaban durante siglos acerca de los pueblos « inferiores », y mostró irrefutablemente que la creación independiente de la historia no es patrimonio exclusivo de los pueblos « elegidos », sino asequible a todos los pueblos sin importar el color de la piel ni las diferencias nacionales o raciales. Es necesario tan sólo ofrecer campo libre para que se manifiesten las fuerzas creadoras de los pueblos, como hizo en la U.R.S.S. la Revolución Socialista de Octubre.

La Gran Revolución Socialista de Octubre es la primera revolución en la historia que dió a los trabajadores no sólo derechos políticos y económicos, sino también bienes materiales, que no se limitó a garantizar la libertad a los trabajadores, a los obreros y campesinos, sino que creó las condiciones para elevar constantemente el nivel de vida no de una clase u otra o de una parte de la población, sino de todos los trabajadores de la ciudad y del campo.

La victoria del socialismo aparejó la elevación continua del bienestar de las masas populares. Desapareció el desempleo y el miedo de los trabajadores al mañana. El Estado socialista no sólo proclamó, sino que puso en práctica el derecho efectivo de los ciudadanos al trabajo, a la instrucción, al descanso, a la seguridad material en la vejez. El régimen socialista no sólo manumitió a la mujer, la garantizó plena igualdad de derechos en la vida política y social,

abrió ante ella amplias posibilidades para la participación en el trabajo social y en la educación de la joven generación, sino que elevó la dignidad de la mujer madre. El régimen socialista introdujo cambios radicales en la situación de la juventud, abrió ante los jóvenes de todas las nacionalidades un ancho camino hacia la posesión de los conocimientos, la adquisición de oficios, hacia el trabajo creador, los proyectos audaces y las hazañas.

Los ideólogos de la burguesía alimentaban la esperanza de que la construcción del socialismo fracasaría a consecuencia de la naturaleza « eterna » del hombre, supuestamente individualista, enemiga de las formas colectivas de vida. La burguesía y sus filósofos negaban la posibilidad de crear una moral nueva, socialista, basada en la colaboración y en la ayuda mutua de hombres libres de la explotación. La realidad dió al traste con esas torvas supercherías de los defensores del viejo régimen. Al imprimir un viraje grandioso en la existencia social, la revolución socialista engendró lógicamente profundos cambios en la conciencia del hombre, en la moral, en sus relaciones mutuas y para con la sociedad.

Las manifestaciones más importantes de la nueva naturaleza espiritual del hombre soviético son el patriotismo soviético, la actitud socialista ante el trabajo, ante la propiedad social. La nueva actitud ante el trabajo, ante la sociedad ha despertado un fenómeno desconocido en el mundo viejo como la emulación socialista, tendente a multiplicar la riqueza social, a elevar la productividad del trabajo. El surgimiento de la emulación socialista es índice de un grandioso viraje en la historia de la humanidad: el trabajo que durante muchos milenios fué considerado como una obligación pesada y afrentosa, se ha convertido en una causa de honor que afirma la dignidad del hombre.

La pacífica construcción socialista en la U.R.S.S. fué interrumpida por la artera agresión militar de la Alemania fascista imperialista, apoyada en el potencial militar de casi toda la Europa ocupada. La guerra acarreó a nuestro pueblo calamidades incontables, pero al mismo tiempo confirmó la solidez y la invencibilidad de la sociedad nueva, socialista, creada en la U.R.S.S., la fuerza irrefragable del espíritu del hombre nuevo engendrado por el socialismo, educado por el Partido Comunista.

### III. La heroica hazaña del pueblo soviético en la Gran Guerra Patria

10. La segunda guerra mundial fué desencadenada por el fascismo alemán, pero éste no era sino el destacamento más feroz y bandidesco del imperialismo mundial, que, como sistema social, responde en su conjunto del genocidio de la guerra, de los infinitos sufrimientos de centenares de millones de trabajadores, de las lágrimas y la sangre, de la destrucción de inmensos valores materiales y culturales creados con el esfuerzo de muchas generaciones.

Precisamente los imperialistas de los Estados Unidos, de la Gran Bretaña y de Francia, en pugna con los intereses nacionales de sus pueblos, invirtieron muchos miles de millones de dólares en ayudar a los monopolistas alemanes a cebar al hitlerismo, a equipar a las hordas nazis. Precisamente ellos estimularon a los agresores hitlerianos en sus pretensiones respecto a Austria y Checoslovaquia, empujándolos más y más cerca de las fronteras soviéticas y rechazando todas las propuestas de la Unión Soviética concernientes a la réplica colectiva a los invasores fascistas.

Incluso cuando estaba claro que las hordas hitlerianas constituían un peligro de muerte para la libertad y la independencia de todos los pueblos, ya que antes de agredir a la Unión Soviética la Alemania nazi había sojuzgado a once países europeos, entre ellos Francia, cuyo ejército era considerado el más fuerte de Europa, incluso cuando el peligro de derrota completa habíase cernido sobre la Gran Bretaña, los imperialistas no abandonaron las esperanzas de enmendar su situación a costa de la Unión Soviética, víctima de la agresión.

Los imperialistas de los Estados Unidos, de la Gran Bretaña y de Francia esperaban que sus competidores alemanes quedarían debilitados en la guerra exterminadora. La Unión Soviética sería aniquilada o desangrada y ellos dictarían las condiciones de paz al vencedor y al vencido. En realidad, resultó otra cosa.

La Gran Guerra Patria demostró la profunda clarividencia de nuestro partido, que oportunamente se había orientado a acelerar el ritmo de la transformación socialista del país. Precisamente gracias a que ba-

jo la dirección del partido se habían llevado a cabo en un plazo brevísimo la industrialización, la colectivización de la agricultura y la revolución cultural, la Unión Soviética fué capaz de hacer frente a la acometida de la Alemania fascista y de sus aliados. Atendiendo el llamamiento del partido, el pueblo soviético se alzó a combatir en la Gran Guerra Patria y desbarató con su lucha heroica todos los planes y cálculos de los invasores nazis y de sus inspiradores.

La Guerra Patria fué la más dura y cruenta de todas las guerras conocidas por nuestra patria. Pruebas particularmente duras hubo de afrontar el pueblo soviético al principio de la guerra, cuando el ejército hitleriano, armado hasta los dientes, con una experiencia de dos años de guerra y apoyado por la economía de casi toda Europa, del brazo de sus aliados, atacó súbitamente a nuestro país y, utilizando las ventajas temporales, obligó a nuestras tropas a sostener duros combates en retirada. Los ejércitos enemigos llegaron hasta centros vitales del país. Un peligro de muerte pendió sobre nuestra patria. Sin embargo, las penosas pruebas no quebrantaron la moral de combate de las fuerzas armadas soviéticas, no hicieron vacilar la firmeza de nuestro pueblo ni su fe ilimitada en la victoria de nuestra justa causa. Merced a los esfuerzos del pueblo, bajo la dirección del partido leninista, todo el país fué convertido en un campamento de combate. En la retaguardia del enemigo se desplegó el poderoso movimiento guerrillero de los patriotas soviéticos.

Ya en las primeras batallas encarnizadas, las tropas soviéticas desbarataron el plan hitleriano de guerra « relámpago » y causaron cuantiosas pérdidas a los ejércitos fascistas. La derrota de las tropas nazis a las puertas de Moscú en diciembre de 1941 fué la primera gran derrota de los ejércitos fascistas en la segunda guerra mundial. Un año después, en el fuego de la gran batalla de Stalingrado, la humanidad vió la aurora naciente de la victoria sobre el fascismo. Los pueblos de todos los países avasallados por los hitlerianos o que se encontraban ante la amenaza de serlo miraban con profunda esperanza la heroica lucha del pueblo

soviético y de sus fuerzas armadas, veían en la Unión Soviética la fuerza decisiva capaz de detener y derrotar a las hordas fascistas, de liberar a la humanidad de la peste parda y salvar a la civilización mundial.

Los Estados Unidos y la Gran Bretaña concertaron con nuestro país un acuerdo de operaciones conjuntas en la guerra contra Alemania. Ante todo, se comprometieron a abrir ya en 1942 el segundo frente contra las tropas fascistas alemanas en Europa Occidental. Si estos compromisos hubieran sido cumplidos, la guerra habría terminado bastante antes, se hubieran preservado millones de vidas e ingentes valores materiales y culturales. Sin embargo a diferencia de la Unión Soviética, que en las condiciones más difíciles hacía cuanto estaba a su alcance para aliviar las operaciones de los aliados y acelerar la victoria, los gobiernos de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña demoraban con diversos pretextos la apertura del segundo frente. El pueblo soviético, sus fuerzas armadas, sus guerrilleros en la retaguardia del enemigo soportaron todo el peso fundamental de la lucha contra las hordas nazis.

En batallas, sin parangón por la magnitud, desplegadas desde el Mar de Barentz hasta el Mar Negro, el Ejército Soviético agotó al enemigo, y después de la batalla de Bélgorod y de Kursk en el verano de 1943 fué expulsando de su suelo a los ejércitos fascistas, arrojándolos hacia Occidente, aplastando con poderosos mazazos a los efectivos humanos y el material bélico del enemigo.

Cuando estaba claro que el Ejército Soviético podía él solo machacar a la Alemania nazi y llevar la libertad a los pueblos sojuzgados de Europa, los Estados Unidos y la Gran Bretaña desembarcaron tropas en Francia en junio de 1944. Sin embargo, después de esto los imperialistas norteamericanos e ingleses sentían más preocupación no por atacar a Alemania desde Occidente, sino por penetrar en los Balcanes, donde los pueblos de Yugoslavia y de otros países, apoyándose en las victorias de las fuerzas armadas soviéticas, sostenían una lucha victoriosa contra los nazis y los colaboracionistas. Esta táctica de nuestros aliados dió lugar a que el mando alemán, sin retirar fuerzas del frente soviético, pudiera a últimos de diciembre de 1944 romper con fuerzas relativamente débiles

el frente anglo-norteamericano en las Ardenas y poner a las tropas de éste en trance de derrota. Entonces, el Primer Ministro de la Gran Bretaña, Winston Churchill, dirigía un alarmado mensaje al jefe del Gobierno soviético, José Stalin, en el que pedía, para aliviar la penosa situación de las tropas anglo-norteamericanas, que comenzara una nueva ofensiva en el frente soviético-alemán.

A pesar de que el Ejército Soviético apenas había terminado la gran ofensiva de invierno y de que en el frente reinaba un tiempo muy desfavorable, José Stalin comunicó al día siguiente, el 7 de enero de 1945, que, teniendo en cuenta la situación de los aliados en el Frente Occidental, el Cuartel General del Mando Supremo había decidido terminar a ritmo acelerado los preparativos y, sin importar el tiempo reinante, abrir amplias operaciones de ofensiva contra los alemanes en todo el Frente Central no más tarde de la segunda quincena de enero. Ya una semana después, las tropas soviéticas desplegaban la ofensiva desde los Cárpatos hasta el Mar Báltico y obligaban al mando alemán a retirar parte de las tropas de Occidente para salvar de la derrota su Frente Oriental.

El 23 de febrero de 1945, Winston Churchill escribía a José Stalin: « El Ejército Rojo festeja su veintisiete aniversario con un triunfo que ha despertado admiración ilimitada en sus aliados y que ha decidido la suerte del militarismo alemán. Las generaciones futuras reconocerán su deuda ante el Ejército Rojo tan incondicionalmente como lo hacemos nosotros, testigos de estas magníficas victorias ».

Los soldados norteamericanos e ingleses y los pueblos de estos países seguían con admiración la última y decisiva ofensiva del Ejército Soviético, que, combinada con las operaciones de las tropas de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña, obligó a la Alemania fascista a pedir la capitulación incondicional. Los esfuerzos mancomunados de los aliados condujeron poco después a la derrota de las fuerzas armadas del Japón imperialista.

Inmensa aportación a la victoria sobre el Japón imperialista hizo el heroico pueblo chino, que durante largos años venía luchando contra los agresores japoneses. Al asestar en agosto de 1945 un golpe demoledor a las tropas seleccionadas del Japón

imperialista, concentradas en el nordeste de China, las fuerzas armadas de la Unión Soviética cumplieron su deber internacional y sellaron con su sangre la indestructible alianza fraterna de los pueblos soviético y chino.

11. Una proeza sin paralelo llevaron a cabo en la Gran Guerra Patria los obreros, los koljosianos y los intelectuales soviéticos. En las complicadas y difíciles condiciones de los tiempos de guerra, efectuaron un gigantesco trabajo para acoplar la economía nacional a las necesidades de la guerra, para evacuar a la retaguardia las empresas industriales de las zonas próximas al frente, para organizar la producción en gran escala de tanques, aviones, cañones, morteros y otros tipos de armas, para suministrar municiones y pertrechos a los frentes.

En los años de la Guerra Patria, el pueblo soviético se mostró como un pueblo auténticamente heroico. Un afán común unió a los trabajadores de nuestro país: « ¡Todo para el frente, todo para la victoria! »

En la titánica colisión bélica con las fuerzas de la agresión fascista venció el régimen social y estatal soviético nacido en la Gran Revolución Socialista de Octubre, venció la ideología socialista, la más avanzada del mundo. En los años de la guerra de nuevo se patentizaron brillantemente las ventajas del régimen soviético sobre el capitalista. El sistema socialista de economía, la unidad moral y política de la sociedad soviética basada en la alianza indestructible de la clase obrera y los campesinos, la amistad de los pueblos de la U.R.S.S. dieron a la Unión Soviética inextinguibles manantiales de fuerza.

El inspirador y organizador de la victoria sobre la Alemania fascista y el Japón imperialista fué el Partido Comunista de la Unión Soviética. El partido dirigió a los frentes millones de sus mejores militantes. Y ellos alentaron a los combatientes soviéticos cumpliendo con abnegación su deber militar, fueron el alma de las unidades de combate. El prestigio de los comunistas se multiplicó. Los soldados del Ejército Soviético consideraban un gran honor ir al combate como miembros del partido. A pesar de las cuantiosas bajas en el frente, las filas del partido engrosaron du-

rante la guerra en un millón seiscientos mil militantes.

Durante toda la guerra, el partido explicó su carácter justo y sus nobles fines, mancomunó y dirigió los esfuerzos de todo el pueblo. Gracias a la dirección del Partido Comunista, de su Comité Central, el pueblo soviético venció en la guerra.

12. La humanidad no olvidará nunca la gran hazaña de combate y de trabajo del pueblo soviético y de sus Fuerzas Armadas en la Guerra Patria, en la guerra contra el fascismo. Las Fuerzas Armadas soviéticas cumplieron con honor su misión liberadora, salvando del sojuzgamiento fascista a los pueblos de muchos países. La victoriosa ofensiva de las tropas soviéticas se fundió con el amplio movimiento de liberación nacional de los pueblos de los países ocupados por la Alemania nazi. Con las tropas soviéticas sostuvieron una empeñada lucha contra los invasores fascistas cuerpos checoslovacos y polacos, tropas guerrilleras yugoslavas y albanesas y, más tarde, divisiones rumanas y búlgaras. Su confraternidad de armas está rubricada con la sangre vertida en la lucha común. Una aportación considerable a la derrota de la Alemania fascista hicieron los pueblos de Francia, de la Gran Bretaña, de los Estados Unidos y de otros países de la coalición antihitleriana.

El desenlace victorioso de la Gran Guerra Patria significó el hundimiento total de la segunda invasión militar de los imperialistas en nuestra patria; ejerció profunda influencia en la marcha del desarrollo histórico; por sus consecuencias históricas, esta victoria no tiene igual en todas las guerras liberadoras anteriores. Como resultado de la derrota del fascismo alemán y del imperialismo japonés se acrecentaron inconmensurablemente el prestigio de la Unión Soviética y su papel en la solución de los problemas internacionales.

La derrota de las fuerzas reaccionarias que apoyaban a los ocupantes hitlerianos creó las condiciones para la instauración del régimen democrático popular en varios países, ejerció inmensa influencia en el desarrollo de la lucha de liberación nacional de los pueblos coloniales. Debido a ella crecieron y se robustecieron considerablemente las fuerzas del socialismo y de la democracia, redujéronse y se

debilitaron las posiciones del imperialismo y de la reacción.

13. Al derrotar a los agresores fascistas y preservar su libertad e independencia, el pueblo soviético pudo reanudar la construcción comunista. Los ocupantes alemanes causaron daños inmensos a la economía de la U.R.S.S. Fueron destruidas 1.710 ciudades, más de 70.000 pueblos y aldeas, voladas o incendiadas cerca de 32.000 empresas industriales, destrozadas fábricas metalúrgicas que antes de la guerra fundían cerca del 60 % del acero, minas que daban más del 60 % de la hulla al país. La agricultura sufrió pérdidas colosales. Los invasores asolaron y saquearon 98.000 koljoses, 1.876 sovjoses y 2.890 estaciones de máquinas agrícolas y tractores. Las pérdidas materiales globales, sin contar más que las destrucciones directas, ascendieron a una suma inmensa: 679.000 millones

de rublos. Pero el sacrificio más duro de la Guerra Patria fué la pérdida de millones de ciudadanos soviéticos.

Cualquier Estado burgués, incluso el más importante, que hubiera sufrido pérdidas tan grandes como éstas, habría dado un gran salto atrás e inevitablemente se habría visto avasallado por otros países imperialistas. Los políticos y los ideólogos del imperialismo en los Estados Unidos y en los países de Europa Occidental esperaban que así ocurriría también con la Unión Soviética. Pero sus cálculos resultaron fallidos.

A pesar de todas las maquinaciones de la reacción imperialista, de sus intentos de imponer un retroceso a nuestro Estado socialista en su desarrollo económico, los trabajadores de la U.R.S.S. supieron consolidar la victoria del nuevo régimen social, aseguraron su robustecimiento y desarrollo, crearon las condiciones para seguir avanzando hacia el comunismo.

#### IV. Balance de la edificación socialista en la posguerra y tareas del pueblo soviético en la lucha por el comunismo

14. El régimen social y político socialista, que en los duros años de la guerra puso de manifiesto sus inagotables posibilidades y su decisiva superioridad respecto al capitalismo en la organización de la economía militar y la movilización de los recursos para el logro de la victoria, en la posguerra dió a nuestra patria la posibilidad de restañar rápidamente las graves heridas causadas por la conflagración y de restaurar e impulsar con firmeza todas las ramas de la economía nacional.

En breve plazo, los soviéticos restablecieron con sus propias manos, aplicando a ello su gran energía, las fábricas, las centrales eléctricas, las minas, los koljoses, las E.M.T., los sovjoses, las ciudades y las aldeas que el enemigo había destruido en la Federación Rusa, Ucrania, Bielorrusia, Lituania, Letonia, Estonia y Moldavia. De entre las ruinas y las cenizas resurgieron plantas gigantescas como las fundiciones de acero de Zaporozhie, la fábrica de maquinaria de Kramatorsk y las fábricas de tractores de Stalingrado y de Járkov; se encendieron de nuevo las luces de la Central Hidroeléctrica del Dniéper, una de las primeras grandes obras de los planes quinquenales. Renacieron, se ensancharon y son hoy más bellas que antes las heroicas ciudades: Le-

ningrado, Stalingrado, Sebastopol y Odessa. Al mismo tiempo fueron construidas y puestas en explotación nuevas fábricas, poderosas centrales eléctricas y minas; surgieron nuevas ciudades modernas y nuevos poblados obreros.

El feliz cumplimiento del cuarto y el quinto planes quinquenales permitieron a la Unión Soviética superar en enorme medida el nivel de producción prebélico. A fines del primer decenio de la posguerra, en 1956, la producción industrial del país era 3,5 veces mayor que en 1940. El volumen global de producción de la industria en 1957 supera 33 veces al de 1913. Hay que señalar que, en comparación con el mismo año, la fabricación de medios de producción ha crecido 74 veces. Se desarrolla a ritmo particularmente rápido la industria soviética de maquinaria y la de elaboración de metales, cuya producción rebasa este año 200 veces la de 1913.

Gracias al rápido desenvolvimiento de la industria pesada, como rama preferente, el peso relativo de la fabricación de medios de producción en el volumen general del rendimiento de la industria pasó en 1956 del 70 %, contra el 33 % en 1913. Sobre esta base ha sido posible impulsar, al mismo tiempo, la fabricación de artí-

culos de consumo popular. En 1957, en comparación con 1913, la producción de artículos de consumo habrá aumentado en la U.R.S.S. 13 veces. Además, se amplía el surtido y mejora la calidad de dichas mercancías. Apoyándose en el poderío industrial y técnico del país, el pueblo soviético aprovecha mejor y con mayor plenitud cada año sus inagotables reservas económicas y riquezas naturales.

Ha cambiado de modo radical nuestra agricultura. En lugar de los 25.000.000 de pequeñas haciendas campesinas que había en la U.R.S.S. antes de la colectivización, tenemos hoy grandes haciendas colectivas dotadas de maquinaria moderna. A comienzos de 1957, la agricultura de la U.R.S.S. disponía de 1.577.000 tractores (traducidos a máquinas de 15 HP), 385.000 segadoras-trilladoras de cereales, 631.000 camiones y millones de otras máquinas agrícolas. La transformación socialista ha permitido a la agricultura aumentar en mucho su producción, reduciendo al mismo tiempo la mano de obra. Las superficies de siembra de todos los cultivos han aumentado, en comparación con 1913, más de vez y media. La superficie de siembra de trigo es hoy casi el doble; la de plantas industriales, 2,7 veces, y la de algodón y remolacha azucarera, el triple. No sólo han aumentado las superficies de siembra; además, se ha elevado el nivel técnico del cultivo y el rendimiento medio por hectárea.

La ciencia soviética ha hecho una gran contribución al progreso técnico de nuestro país. Los científicos soviéticos han demostrado que saben resolver los más complejos problemas científico-técnicos en plazos muy breves. Las notables realizaciones de los hombres de ciencia soviéticos en las matemáticas, la mecánica, la física, la química y la electrónica han permitido resolver con éxito complejísimo problemas de la industria energética, de la construcción de maquinaria, de la metalurgia, de la industria radiotécnica, de la automatización y de la telemecánica, así como aplicar en la producción la técnica más moderna y elaborar procesos tecnológicos de gran rendimiento.

Desde 1954 funciona en la Unión Soviética la primera central electroatómica del mundo, y en el presente se están levantando otras centrales del mismo tipo. Se ha construido un sincrofasotrópico que es el acelerador

de partículas más potente del mundo. Un gran éxito de la ciencia y la técnica soviéticas es la creación de cohetes balísticos intercontinentales y de los medios necesarios para su lanzamiento.

Gracias al heroico trabajo de los soviéticos, dirigidos por el Partido Comunista, combativa vanguardia del pueblo, nuestro país ha llegado a ser una de las potencias de mayor poderío económico. A la Unión Soviética, que en 1917 le correspondía del 2 al 3 % de la producción industrial del mundo, le corresponde hoy una quinta parte, aproximadamente. Por el volumen de su producción industrial, la U.R.S.S. ocupa el primer lugar de Europa y el segundo del mundo.

La experiencia de la U.R.S.S. y de los demás países socialistas pone de manifiesto que en el socialismo, régimen exento de las lacras y los vicios del capitalismo, la producción se desarrolla mucho más rápidamente que bajo el capitalismo. Gracias a las ventajas del sistema socialista, la Unión Soviética da rápidamente alcance en la producción por habitante a los países capitalistas más desarrollados. Nuestro país, que en 1913 en el terreno industrial producía por habitante 13 ó 14 veces menos que los Estados Unidos, y en 1937 seis veces y media menos, en la actualidad tan sólo produce 2,6 veces menos. Así, pues, la diferencia entre nuestro país y los Estados Unidos en cuanto a la producción industrial por habitante se ha reducido en 5 veces durante la época soviética. Ello evidencia una vez más el acierto con que Lenin supo prever los acontecimientos cuando dijo: « lograremos alcanzar a otros Estados a una velocidad con la que ellos ni siquiera han soñado ». (Obras, tomo 33, págs. 354-355.)

15. El socialismo ha abierto grandes perspectivas de elevación incesante del nivel de vida material y cultural del pueblo. La elevación continua del bienestar de todos los trabajadores es el fruto más importante del desarrollo de la sociedad soviética en la posguerra.

Lo mismo que antes de la guerra, en la Unión Soviética no existe el paro forzoso. Este año, el número de obreros y empleados ocupados en la economía nacional de la U.R.S.S. excederá de 52.500.000, es decir, más del cuádruple con respecto a 1913. Gracias a la construcción del socia-

lismo, la Unión Soviética ha puesto fin a la profunda miseria en que vivía en la Rusia zarista la inmensa mayoría de los obreros y los campesinos.

En los años que precedieron a la segunda guerra mundial, así como después de ella, el salario real de los obreros y los empleados ha venido elevándose incesantemente. Hoy día, el bienestar material de los trabajadores, tomando en consideración la enseñanza y la asistencia médica gratuitas, las pensiones, los subsidios y otras ventajas de que goza la población a cuenta del Estado, así como la reducción de la jornada de trabajo, es muy superior al de 1913. Al mismo tiempo han aumentado incalculablemente los ingresos reales de los trabajadores del campo.

En los últimos años se ha elevado el salario a los obreros y empleados de más baja remuneración, se ha aumentado considerablemente las pensiones de los trabajadores por vejez e invalidez, se ha prolongado las vacaciones por embarazo y parto y se ha abolido el pago de la matrícula en las escuelas superiores y de segunda enseñanza. El consumo popular ha crecido en todo el país. Los soviéticos se alimentan y visten mejor que antes y disponen hoy de mayores comodidades.

Gracias a la revolución socialista, la instrucción dejó de ser monopolio de las clases poseedoras. Pertenecen ya a un pasado lejano la ignorancia y el analfabetismo de los trabajadores. En el país se han creado las condiciones necesarias para que los niños y los jóvenes estudien en escuelas de segunda enseñanza y superiores. Hoy día el número de escolares, estudiantes y cursillistas pasa de 50.000.000. En escuelas superiores y de peritaje estudian más de 4.000.000 de personas, contra 182.000 en 1913.

En la posguerra se multiplican incesantemente las riquezas espirituales de la sociedad soviética. Progresan y florecen la literatura y el arte, que reflejan el rico mundo espiritual de los soviéticos, constructores del comunismo, su elevada ideología y su humanismo y desempeñan un importante papel en la educación comunista de los trabajadores.

Ha aumentado incalculablemente la experiencia de producción, científico-técnica y práctica de los obreros y los campesinos. Hoy día trabajan en la economía del país más de 6.000.000 de especialistas con instruc-

ción superior y media especial, mientras que en 1913 no llegaban a 200.000. En los centros de enseñanza superior y en las instituciones científicas del país trabajan más de 240.000 hombres de ciencia, es decir, casi veinticuatro veces más que bajo el zarismo.

Sólo en 1957 se han diplomado en la U.R.S.S. 770.000 especialistas con instrucción superior y peritos. La promoción de los especialistas con instrucción superior ha aumentado 21 veces en comparación con el período prerrevolucionario. Ese ritmo de la preparación de especialistas no tiene paralelo en ningún país capitalista. Así lo reconocen incluso gentes que no son amigos de la Unión Soviética. La existencia de numerosos y calificados especialistas científicos y técnicos permite resolver complejos problemas de la ciencia y de la técnica a un ritmo más rápido que en los países capitalistas más ricos.

Ha mejorado radicalmente la asistencia médica a la población. En la Rusia anterior a la revolución había un médico por cada 10.000 habitantes, y en la U.R.S.S. hay ya 17 (más que en los EE.UU.); en los hospitales había 13 camas por cada 10.000 habitantes, y hoy día hay 70. La asistencia médica a la población es gratuita. En caso de enfermedad, los obreros y los empleados perciben un subsidio.

Gracias a la elevación del nivel de vida de las amplias masas y a la fructífera labor del sistema soviético de sanidad pública, ha mejorado notablemente la salud de la población y ha descendido la mortalidad. En la Rusia de los zares, la mortalidad duplicaba con creces la de los EE.UU. e Inglaterra y rebasaba en vez y media la de Francia, mientras que hoy es bastante inferior; además, el incremento natural de la población supera el de dichos países. La vida media ha aumentado considerablemente en la U.R.S.S. respecto al período de antes de la revolución.

Se modernizan nuestras ciudades y aldeas. A pesar de las enormes destrucciones causadas por la primera guerra mundial, por la guerra civil y, sobre todo, por la segunda guerra mundial, a comienzos de 1956 el fondo de viviendas había aumentado, respecto a 1913, 3,7 veces, habiendo disminuido los desembolsos por alquiler cinco y más veces en comparación con el período anterior a 1917. En la Rusia de los zares, lo mis-

mo que actualmente en los países capitalistas, los obreros invertían en alquiler de una quinta parte a un tercio de su salario; hoy día esos gastos constituyen en la U.R.S.S., por término medio, una vigésima parte del presupuesto de la familia obrera.

El Estado soviético invierte enormes recursos en el pago de subsidios, pensiones, estipendios, plazas gratuitas en sanatorios y casas de descanso, en la enseñanza gratuita en todos los centros docentes, en la asistencia médica gratuita, etc., etc. Tan sólo en 1956, la suma total de estos gastos se elevó a 169.000.000.000 de rublos. En 1957 dichas inversiones ascenderán a 192.000.000.000 de rublos, por lo menos.

El impetuoso desarrollo de la economía nacional y la incesante elevación del bienestar y de la cultura del pueblo soviético evidencian la enorme fuerza del socialismo, su superioridad respecto al capitalismo. La renta nacional aumenta en nuestro país mucho más rápidamente que en los países capitalistas y toda ella se distribuye en beneficio de los trabajadores, destinándose tres cuartas partes a su consumo personal, mientras en los países capitalistas las clases explotadoras se apropian de más de la mitad.

En la U.R.S.S., no hay regiones nacionales « periféricas » económicamente atrasadas y privadas de derechos políticos, como ocurría en la Rusia zarista, sino que existen repúblicas federadas y autónomas, regiones, comarcas y distritos nacionales iguales en derechos. Todos ellos tienen una industria desarrollada y una agricultura colectiva, socialista de grandes haciendas. Se han producido cambios sin parangón en la cultura de los pueblos antes oprimidos. Estos han elevado enormemente su cultura, e incluso los que en el pasado no tenían alfabeto propio participan hoy en el desarrollo de la ciencia y de la técnica y han creado un rico arte y una floreciente literatura, nacionales por su forma y socialistas por su contenido.

La supresión de todas las formas de opresión del yugo de clase y nacional, es una gran conquista del socialismo. Todos los soviéticos, independientemente de su sexo y nacionalidad, gozan de los mismos derechos sociales y personales y tienen los mismos deberes cívicos.

16. El socialismo es el primer pelotazo de la sociedad comunista, cuya edificación constituye la meta final de la clase obrera y de todos los trabajadores.

« Al dar comienzo a las transformaciones socialistas —decía Vladímir Lenin—, debemos plantearnos con toda claridad el objetivo al que, en fin de cuentas, tienden esas transformaciones, el objetivo de crear la sociedad comunista, que no se limita a la expropiación de las fábricas, la tierra y los medios de producción ni al riguroso registro y control de la producción y la distribución de los productos, sino que va más allá, a la realización del principio: de cada uno según su capacidad; a cada uno según sus necesidades ». (Obras, tomo 27, pág. 103.)

El socialismo, si bien asegura una satisfacción cada vez más plena de las crecientes necesidades de los miembros de la sociedad, no está todavía exento de supervivencias del pasado. Las fuerzas productivas socialistas y la productividad del trabajo no son aún lo bastante elevadas para que se pueda crear una abundancia de bienes materiales que permita a la sociedad realizar el principio del comunismo. Hay aún determinadas contradicciones entre las crecientes demandas de la población y las posibilidades con que se cuenta hoy día para satisfacerlas. Estas contradicciones se resuelven y se resolverán desarrollando y perfeccionando continuamente la base material y técnica del comunismo.

En el socialismo se desarrolla un proceso de reeducación de los hombres, de incorporación de todos los ciudadanos aptos a un trabajo creador, camaraderil y mancomunado, un proceso de liberación de los hombres de las concepciones y las costumbres inculcadas por el régimen de los explotadores, un proceso de liberación de las reminiscencias del capitalismo. En virtud de ello, el trabajo, que en pleno comunismo no sólo será para todos una obligación, sino la primera necesidad vital, una fuente de placer, en el socialismo continúa siendo, ante todo, un medio de vida. En el socialismo, los productos no se distribuyen, por ello, según las necesidades, sino conforme a la cantidad y a la calidad del trabajo que entrega a la sociedad cada individuo. El socialismo crea a la sociedad todas las condiciones para avanzar con éxito hacia el comunismo. Ante

todo, en el socialismo se desarrolla y crece la base material y de producción, necesaria para el logro de la abundancia de artículos de consumo. Esa base es la gran producción maquinizada en la ciudad y en el campo, basada en la electrificación de todo el país, en la mecanización total, en la automatización de la producción, en la máxima aplicación de la química en los procesos de producción y en un amplio empleo de la energía atómica en las ramas más importantes de la economía nacional. El socialismo asegura además un continuo progreso técnico y la correspondiente elevación del nivel cultural y técnico de todos los trabajadores.

En el socialismo, la actividad creadora de millones de hombres del pueblo se manifiesta en la emulación socialista, orientada al continuo ascenso de la economía, a una vasta aplicación de la nueva técnica en todas las ramas de la economía nacional y al cumplimiento anticipado del sexto Plan quinquenal. El partido exhorta fervorosamente a los trabajadores a que sigan desarrollando la emulación socialista, pues ella es prenda segura de nuevos éxitos de nuestra patria en su victorioso avance hacia el comunismo.

**17.** La edificación de la sociedad comunista en nuestro país ya no es hoy un objetivo lejano, sino un fin inmediato y práctico de toda la actividad que actualmente despliegan los soviéticos y su fuerza dirigente, el Partido Comunista de la Unión Soviética.

Ante el pueblo soviético se plantea hoy con toda su magnitud la gran tarea de crear la base material y técnica del comunismo, la tarea de alcanzar y adelantar en un breve plazo histórico en la producción por habitante a los países capitalistas más desarrollados.

Un importante jalón en la lucha por cumplir esta tarea fué el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. El congreso analizó a fondo la situación internacional e interior y planteó y resolvió con espíritu creador importantísimos problemas de la ciencia marxista-leninista que tienen un significado primordial para la comprensión de las vías y las perspectivas del desarrollo de la sociedad en la etapa presente. Como principal tarea planteó el congreso la necesidad de « continuar luchando con todo tesón por resol-

ver en el plazo histórico más breve, siguiendo la vía de la emulación pacífica, la tarea económica fundamental de la Unión Soviética, que consiste en alcanzar y adelantar en la producción por habitante, basándose en las ventajas del sistema socialista de economía, a los países capitalistas más desarrollados ».

Las resoluciones del congreso ofrecen un programa concreto de la edificación del comunismo en la etapa actual. El sexto Plan quinquenal plantea la tarea de asegurar, sobre la base del desarrollo preferente de la industria pesada, del incesante progreso técnico y de la elevación de la productividad del trabajo, un poderoso auge de todas las ramas de la economía nacional y de lograr un ascenso vertical de la producción agrícola para conseguir, gracias a ello, una nueva y considerable elevación del bienestar y de la cultura del pueblo soviético.

La reestructuración radical de la dirección de la industria y la construcción, llevada a cabo por el partido y el gobierno, tiene una importancia extraordinaria para el feliz cumplimiento de las decisiones del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética y para el sucesivo avance del País Soviético hacia el comunismo. Dicha reestructuración desarrolla de modo creador el principio leninista del centralismo democrático en la administración de la economía, permite conjugar mejor la dirección centralizada de la economía nacional por el Estado con la elevación del papel y la iniciativa local y eleva la actividad de las masas. Al suprimir las barreras interdepartamentales en la solución de las cuestiones económicas, la reestructuración administrativa facilita el desarrollo armónico de todas las ramas de la economía en las regiones económicas, la especialización y la cooperación de la producción zonal e interzonal.

El nuevo sistema de administración de la industria y la construcción eleva el sentido de la responsabilidad de los dirigentes en las localidades y en el centro, acerca la dirección a la producción, suprime los eslabones superfluos del aparato administrativo, fortalece los lazos entre la ciencia y la producción y permite a los científicos y a los técnicos llevar con mayor eficacia los frutos de sus investigaciones a la industria y a la agricultura. Todo ello, tomado en su conjunto, permite descubrir las enor-

mes reservas ocultas en la entraña de la economía socialista y utilizar con mayor plenitud dichas reservas y las riquezas naturales en beneficio del pueblo y para acelerar el avance del país hacia el comunismo.

En los últimos tres años (1954-1956) se han aplicado grandes medidas para lograr un ascenso vertical de la agricultura. Han tenido particular importancia las decisiones del partido y el gobierno para roturar tierras vírgenes y baldías, reforzar los koljoses y las E.M.T. con dirigentes y especialistas, establecer nuevos métodos de planificación de la agricultura, subir los precios de acopio y compra de productos agropecuarios y de abonar anticipos mensuales a los koljosianos. Estas medidas han fomentado la iniciativa local, han elevado el interés económico de los koljoses y de los koljosianos por el aumento de la producción agrícola y han asegurado los primeros grandes éxitos en la tarea de lograr un poderoso ascenso de la agricultura.

La incorporación de las tierras vírgenes y baldías a la vida económica ha sido una heroica hazaña del pueblo soviético. Centenares de miles de personas se desplazaron a las zonas en que dichas tierras se hallaban. Sólo las organizaciones del komso-mol, en el transcurso de dos años recibieron más de 350.000 solicitudes de jóvenes patriotas que pedían ser enviados allí. En las desérticas y agrestes estepas de Kazajstán, de los Urales, de Siberia y de la cuenca del Volga surgieron decenas y centenares de nuevos sovjoses y E.M.T. Hacia el este corrían en torrente continuo trenes con tractores, cosechadoras y otras máquinas. En el transcurso de tres años se roturaron más de 35.900.000 hectáreas de tierras vírgenes y baldías, y en el mismo período la superficie de siembra del país aumentó casi 38.000.000 de hectáreas, llegando en 1956 a 195.000.000. Gracias a la incorporación de las tierras vírgenes y baldías a la vida económica, el país obtuvo adicionalmente en 1956 más de mil millones de puds de grano mercantil y aumentó considerablemente la producción de forrajes. En los próximos años se seguirá roturando tierras vírgenes y aumentarán más y más las riquezas cerealistas del país.

Basándose en la experiencia y las realizaciones de los mejores koljoses, el partido ha lanzado a los trabajadores de la agricultura socialista el

audaz llamamiento de alcanzar en los años próximos a los EE.UU. en la producción de leche, mantequilla y carne por habitante.

Este llamamiento ha originado una potente ola de creadora energía en millones de soviéticos. Así lo evidencia el aumento vertical de la producción pecuaria que se observa este año en los koljoses y sovjoses y que ha permitido acopiar muchos más productos de la ganadería que el año pasado. Para el 1° de septiembre de 1957 se había acopiado 624.000 toneladas de carne más que en 1956, o sea, un 38 % más, y 2.419.000 toneladas de leche más, o sea, un 19 %.

Este ritmo de incremento de la producción y acopio de productos pecuarios da la seguridad de que en breve plazo alcanzaremos a los Estados Unidos de América en la producción de los principales productos pecuarios por habitante, lo que permitirá elevar en flecha el consumo popular.

El incremento de la producción mercantil de los koljoses y los sovjoses ha permitido al Estado soviético abolir a partir de 1958 la entrega obligatoria de productos agrícolas de las haciendas de los koljosianos, los obreros y los empleados.

Seguir roturando tierras vírgenes y baldías, ampliar las superficies de siembra, elevar el rendimiento de los cultivos, mejorar el aprovechamiento de las tierras en todas las zonas del país, multiplicar el número de cabezas de ganado y la productividad de éste, elevar el rendimiento del trabajo y reducir el coste de la producción agrícola mecanizando todas las labores: tales son las tareas principales del desarrollo de la agricultura en la presente etapa de la edificación del comunismo en nuestro país.

Es sabido que la principal fuente de aumento de la producción industrial y agrícola y de la elevación del bienestar es una mayor productividad del trabajo. El sexto Plan quinquenal estipula un aumento de la productividad del trabajo en la industria de un 50 %, por lo menos, y una reducción del coste de la producción no inferior al 17 %. Todo ello permitirá elevar el salario real de los obreros y empleados un 30 %, aproximadamente, y los ingresos en metálico y en especie de los koljosianos un 40 %, por lo menos.

En los últimos años se ha implantado en nuestro país la reducción en

dos horas de la jornada de trabajo de los sábados y las vísperas de fiesta, y, además, para algunas categorías de obreros y para los adolescentes se ha establecido la jornada de seis horas. El continuo perfeccionamiento de la producción, sobre la base de la técnica moderna y de una mejor organización, así como el incremento del equipo técnico del trabajo y la elevación de su productividad, permitirán establecer gradualmente, en el transcurso del sexto quinquenio, la jornada de siete horas para los obreros y empleados, dejándoles así más tiempo libre, necesario para el desarrollo general de los soviéticos.

A pesar de las grandes proporciones que ha alcanzado en la U.R.S.S. la construcción de viviendas, las demandas de habitación no se satisfacían con la debida plenitud, ni mucho menos, en los últimos años. Debíase al enorme aumento de la población urbana en virtud de la industrialización del país; se dejaban sentir las consecuencias de la segunda guerra mundial, que causó destrucciones inauditas en los edificios industriales, públicos y de vivienda, y la necesidad de restaurar, ante todo, la industria. El mejoramiento de las condiciones de vivienda de los trabajadores es una tarea de primer orden. En el sexto quinquenio se construirán, por cuenta del Estado o con su ayuda, casas con una superficie total superior a 328.000.000 de metros cuadrados, lo que duplicará la superficie habitable construída en el quinto quinquenio. El partido y el gobierno han planteado la tarea de poner fin en el transcurso de los próximos 10 ó 12 años a la escasez de viviendas. El cumplimiento de esta tarea es una de las principales preocupaciones del partido y del gobierno.

18. El Estado soviético, que es la forma superior de democracia, la democracia para el pueblo, se halla en constante desarrollo, se desarrolla al mismo tiempo que crece sin cesar la actividad política y social de las masas populares. En los organismos electivos del Poder soviético —el Soviet Supremo de la U.R.S.S., los Soviets Supremos de las repúblicas federadas y autónomas y los Soviets locales de diputados de los trabajadores— laboran más de un millón y medio de diputados; todos ellos son trabajadores de las fábricas, de los

campos socialistas, personalidades de la ciencia y de la cultura, funcionarios de organizaciones estatales y sociales. Los organismos del Poder soviético basan su labor en la ayuda constante y cotidiana de los electores. En 1956 actuaban, anejas a los Soviets locales, más de 240.000 comisiones permanentes, integradas por casi millón y medio de trabajadores.

Un brillante testimonio de la verdadera democracia del régimen soviético es la activa participación de las masas en el estudio y la solución de los problemas más importantes de la vida política, económica y cultural del país. Más de 40.000.000 de trabajadores han asistido a las reuniones consagradas a la discusión del problema del perfeccionamiento de la administración de la industria y la construcción. Muchos proyectos de ley, de gran importancia para la vida del pueblo, únicamente pasan a ser leyes después de haber sido discutidos por todo el pueblo. Nuestras leyes encarnan la inteligencia y la experiencia de millones de soviéticos y expresan su voluntad. El partido y el gobierno deliberan continuamente con el pueblo al resolver las cuestiones cardinales de la edificación comunista. Las masas populares son en el socialismo creadoras conscientes y activas de la nueva vida.

El desarrollo de la economía y de la cultura de las repúblicas federadas y las nuevas tareas de la edificación comunista han hecho necesario que se amplíe considerablemente los derechos de las repúblicas federadas en la dirección de la economía. Gran número de empresas y hasta ramas de industria que antes dependían de organismos federales han sido transferidas a las repúblicas federadas; se han ampliado los derechos de las repúblicas federadas en lo que se refiere a la planificación estatal y al financiamiento de la economía, así como en la actividad judicial y administrativa y en la edificación cultural. Todas estas importantes medidas crean posibilidades todavía más extensas para el desarrollo de la iniciativa y de las fuerzas creadoras de todas las repúblicas y de todos los pueblos de la U.R.S.S. y fortalecen su amistad y su colaboración fraternal.

El Partido Comunista lucha y luchará resueltamente por que las masas populares participen todavía más amplia y activamente en la goberna-

ción del Estado y en la dirección de la edificación económica y cultural, en la lucha contra el burocratismo y por la reducción del aparato administrativo. El partido se esfuerza por elevar el papel y la actividad de todos los eslabones del Estado socialista, de todas las organizaciones de masas de los trabajadores: los Soviets, los sindicatos, el komsomol, etc. Lucha resueltamente por superar ideas no socialistas sobre el trabajo y la propiedad social y levanta a la opinión pública contra todas las manifestaciones de los hábitos burgueses.

Una de las formas más importantes de expresión de la democracia socialista la constituyen la crítica y la autocrítica. Con su ayuda, el partido y el pueblo soviético ponen al desnudo y corrigen los defectos en la vida de la sociedad socialista y aceleran el progreso de ésta.

La experiencia histórica enseña que el Estado de la dictadura del proletariado es el instrumento principal de que dispone el pueblo para crear la nueva sociedad socialista. La sociedad soviética en las condiciones actuales necesita todavía de un fuerte Estado popular que defienda las conquistas del socialismo contra los enemigos exteriores y que dirija la edificación del comunismo.

El comunismo es el luminoso ma-

ñana de toda la humanidad. La construcción del comunismo es la meta final del Partido Comunista.

En la sociedad comunista desaparecerán por completo las diferencias de clase, los medios de producción se convertirán en una única forma comunista de propiedad, y la producción social, desenvolviéndose sobre la base de la técnica más moderna, dará plena satisfacción a las demandas de todos los miembros de la sociedad.

« El comunismo —decía Lenin— representa una productividad del trabajo más alta (en relación al capitalismo), obtenida voluntariamente por obreros conscientes y unidos que tienen a su servicio una técnica moderna ». (Obras, tomo 29, pág. 394.)

En el comunismo, los hombres podrán desarrollar universalmente sus dotes físicas e intelectuales. Se suprimirán las diferencias esenciales entre el trabajo intelectual y el manual y entre la ciudad y el campo. Cada uno trabajará según su capacidad y recibirá según sus necesidades; el trabajo será para el hombre fuente de placer.

Condición indispensable para nuevos éxitos en la edificación del comunismo es la dirección del Partido Comunista, es su unidad monolítica y su ligazón con las masas.

## V. El Partido Comunista, jefe del pueblo soviético e inspirador y organizador de sus victorias

19. La Gran Revolución Socialista de Octubre y toda la rica experiencia de la edificación triunfante del socialismo y del comunismo en la U.R.S.S. evidencian, sin dejar lugar a dudas, que la condición decisiva para que la clase obrera pueda cumplir su misión histórica —el derrocamiento del capitalismo y la creación de una nueva sociedad, la sociedad comunista— es el papel dirigente de su vanguardia, el Partido Comunista.

Sin el partido, que agrupa en sus filas a los elementos más avanzados, audaces, heroicos y abnegados de la clase obrera y del pueblo, sin el partido, fuerte gracias a su teoría marxista-leninista, a la unidad férrea de sus filas y a sus estrechísimos e indestructibles lazos con las más am-

plias masas populares, la clase obrera no puede vencer.

Sin el partido, que goza de gran prestigio moral y del amor, la confianza y el aprecio de decenas y centenares de millones de trabajadores dispuestos a seguirle incondicionalmente al combate y que apoyan sus consignas, sus iniciativas y su política, sin el gran partido creado y educado por Lenin, a los obreros y los campesinos de Rusia les hubiera sido imposible aplastar al zarismo, derrocar al capitalismo ruso y conquistar y mantener el Poder soviético, la dictadura de la clase obrera, así como rechazar las furiosas embestidas de la contrarrevolución interior, los intervencionistas extranjeros y los agresores imperialistas.

Sólo bajo la dirección del Partido

Comunista, que, pertrechado con la fiel brújula del marxismo-leninismo, lleva a todo el pueblo soviético hacia un único y gran objetivo, pudo ser construída en la U.R.S.S. la sociedad socialista. El cumplimiento de esta tarea de importancia histórica para el mundo entero puso objetivamente al pueblo soviético a la vanguardia de la humanidad progresista.

El leninismo enseña que cuanto más difíciles y grandiosas son las tareas a cumplir, que cuanto más profundas son las transformaciones revolucionarias a realizar, tanto más hay que levantar, poner en movimiento, organizar e inspirar a las masas populares y orientar su voluntad a la consecución de la victoria. La Revolución Socialista de Octubre es la más grande de todas porque estaba llamada a realizar, por primera vez en la historia universal, la más profunda y difícil transformación revolucionaria en la vida de las amplias masas populares. A estas masas trabajadoras, encabezadas por la clase obrera, había que ilustrarlas, educarlas, ponerlas en movimiento y conducir las a la gran batalla por la libertad, por la transformación socialista de la sociedad, por la más justa causa, por la dicha de todo el pueblo, por el comunismo. Eso lo hizo y lo hace nuestro gran Partido Comunista.

A comienzos del siglo, en los albores de nuestro partido, Lenin decía: « ¡Dadnos una organización de revolucionarios y removeremos a Rusia en sus cimientos! » (Obras, tomo 5, pág. 435.) El partido leninista tan sólo contaba en sus filas con 240.000 valerosos revolucionarios cuando, en octubre de 1917, condujo a las masas obreras y campesinas al asalto del capitalismo. Hoy día, el Partido Comunista de la Unión Soviética constituye un poderoso ejército político, que agrupa a cerca de ocho millones de militantes y de candidatos a miembros del partido.

Lenin y sus continuadores y compañeros de lucha crearon el Partido Comunista como un partido de nuevo tipo, sobre la granítica base ideológica del marxismo, apoyándose en el creciente movimiento obrero revolucionario ruso y en toda la experiencia histórica del movimiento obrero internacional. Hablando de ello, decía Lenin en 1920: « Rusia HIZO SUYA la única teoría revolucionaria justa, el marxismo, en medio siglo de torturas y de sacrificios inauditos, de heroísmo revolucionario nunca visto,

de energía increíble y de búsquedas abnegadas, de estudio, de pruebas en la práctica, de desengaños, de comprobación, de comparación con la experiencia de Europa ». (Obras, tomo 31, pág. 9.)

En las condiciones de increíble opresión ejercida por el despotismo zarista, en un clima de arbitrariedades y violencia, sufriendo incontables pérdidas y a través de gloriosas victorias y reveses temporales, nuestro heroico Partido Comunista demostró con grandes hazañas su fidelidad absoluta a la roja bandera comunista, a la doctrina marxista-leninista, su fidelidad sin límites al pueblo, al movimiento obrero internacional y a los sagrados principios del internacionalismo proletario.

Ahí radica el manantial de la fuerza y los éxitos de nuestro partido y del amor y el respeto que le profesan los obreros, los campesinos y los intelectuales de la U.R.S.S., todos los hombres honrados y progresistas del mundo entero. Jamás nadie logrará entibiar ese respeto y ese amor.

No es casual que en los períodos más difíciles de la revolución, de la guerra civil y de la Guerra Patria se observara una mayor afluencia de obreros y campesinos a las filas de su Partido Comunista. Así fué en vísperas del Gran Octubre, cuando había que lanzarse al combate decisivo contra el capitalismo. Así fué en uno de los momentos más críticos de la guerra civil, en octubre de 1919, cuando en la Semana del partido engrosaron sus filas cerca de 200.000 obreros y campesinos. La muerte de Lenin fué la más dura pérdida para el partido y para el pueblo. En respuesta a ella, 240.000 obreros de vanguardia ingresaron en su partido para ayudar a que se cumpliesen los legados de Lenin. Durante la gran batalla de Stalingrado, de septiembre de 1942 al 1º de febrero de 1943, ingresaron en el Partido Comunista 832.000 obreros y campesinos. En ello se manifiesta la confianza del pueblo en su partido como experto organizador y jefe, y la ligazón indestructible entre el partido y el pueblo en los momentos más difíciles de la lucha por el socialismo.

La experiencia histórica de la construcción del socialismo en la U.R.S.S. enseña que la edificación y el desarrollo de la sociedad socialista es un complejo proceso vinculado a la superación de numerosas dificultades y contradicciones, a la superación de

la resistencia de las clases derrocadas, a la superación de las viejas costumbres, la vieja moral y las tendencias pequeñoburguesas y burguesas antisocialistas.

Si no lo hubiera encabezado la vanguardia del proletariado, el Partido Comunista, templado en los combates, que sabe mirar audaz adelante, comprender y aplicar científicamente las leyes de la edificación y el desarrollo de la nueva sociedad, el pueblo soviético no hubiera podido vencer las enormes dificultades que se alzaban en su camino ni alcanzar la victoria.

**20.** La construcción del socialismo y del comunismo es obra de las propias masas populares. Los esfuerzos creadores de millones de obreros, campesinos e intelectuales los junta el Partido Comunista en un solo caudal y los orienta hacia un gran objetivo común. A través de sus organizaciones de base, a través de los hilos de transmisión que van del partido a las masas: los Soviets, que representan a todos los trabajadores de la ciudad y del campo; los sindicatos, que agrupan casi a todos los obreros y empleados; las cooperativas, que unen a los campesinos y a los artesanos; el komsomol, en el que militan unos 20.000.000 de jóvenes soviéticos; a través de distintas sociedades y organizaciones de los trabajadores, el partido influye en todos los aspectos de la vida del pueblo soviético y dirige todas las ramas de la edificación económica y cultural.

En el presente, cuando se ha dado fin a la construcción del socialismo y se pasa gradualmente al comunismo, el Partido Comunista agrupa, organiza, educa e inspira al pueblo soviético, lo conduce adelante, hacia nuevas victorias. El Partido Comunista es el alma de toda la actividad creadora del pueblo, el gran artífice de la sociedad comunista. Por ello, quien, con intención o sin ella, trata de debilitar el papel dirigente del Partido Comunista en una u otra esfera, ayuda a los enemigos del comunismo.

Condición importantísima de la labor que el Partido Comunista despliega para dirigir con éxito a las masas populares es su unidad ideológica y orgánica. En el transcurso de los muchos años de su historia, el Partido Comunista de la Unión Soviética ha luchado por la unidad, contra la actividad fraccional de grupos y ten-

dencias antimarxistas, contra los elementos anarquizantes que han tratado de quebrantar la disciplina del partido.

El Partido Comunista supo encabezar la lucha por el socialismo en nuestro país, lucha de transcendencia mundial, y asegurar la victoria gracias a su intolerancia con todas las concepciones revisionistas y dogmático-sectarias, ajenas al marxismo-leninismo. El partido desenmascaró y aplastó al menchevismo, a los eseristas, al trotskismo, a la desviación de derecha, al nacionalismo burgués y a otras corrientes enemigas, sin lo cual hubieran sido inconcebibles la conquista del Poder político por la clase obrera y la edificación de la sociedad socialista. « En Rusia —decía Lenin— ha habido MUCHAS VECES situaciones difíciles en las que el régimen soviético hubiera sido, SIN DUDA ALGUNA, derrocado de haber seguido en el seno del partido los mencheviques, los reformistas y los demócratas pequeño-burgueses... » (Obras, tomo 31, pág. 358.)

Vladimir Lenin decía en 1920 que la lucha contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad no se podía desplegar con éxito sin un partido férreo y templado en la lucha, rigurosamente disciplinado y centralizado. Cuando los elementos contrarios al partido, pero que militaban en sus filas, insistían en que se consintiese la libertad de fracciones y grupos y negaban que la disciplina de partido debe ser la misma para los dirigentes que para los militantes de base, el X Congreso aprobó la resolución sobre la unidad del partido, que facultaba al Comité Central para « aplicar, en caso de infracción de la disciplina o resurgimiento o admisión del fraccionalismo, todas las medidas de sanción al alcance del partido, comprendida la expulsión de las filas del mismo; pasar a los miembros del Comité Central a la categoría de suplentes y, como medida extrema, su expulsión del partido ».

El Partido Comunista y todo el pueblo soviético han condenado unánimemente la actividad escisionista, fraccional del grupo antipartido constituido por Malenkov, Kaganóvich, Mólotov y Shepílov, que se adhirió a ellos. Este grupo anti-partido, divorciado del partido y del pueblo, se manifestó contra la línea del XX Congreso, contra la política seguida por el partido para aliviar la tirantez internacional, contra todas las

nuevas medidas encaminadas a elevar el nivel de vida de los trabajadores, contra la roturación de las tierras vírgenes, contra el llamamiento de alcanzar a los EE.UU. en la producción pecuaria, contra la reestructuración de la administración de la industria y otras importantes medidas.

La unánime condenación de este grupo antipartido ha confirmado una vez más que la liquidación de las clases enemigas, antagónicas, ha creado en nuestro país una unidad moral y política de la sociedad socialista que hace que todo grupo antipartido, cualquiera que sea la bandera con que se presente, no pueda contar con apoyo en el partido ni en el pueblo.

El Partido Comunista de la Unión Soviética no ha vacilado en desplegar la lucha contra el culto a la personalidad de José Stalin, culto que ha causado gran daño a la actividad del partido y a la edificación del comunismo; no ha vacilado en condenar los errores cometidos por Stalin en el último período de su actividad, para que no puedan repetirse equivocaciones análogas. El partido ha criticado duramente la infracción de las normas leninistas de vida de partido, el abandono de los principios leninistas de la dirección colegiada y de la democracia interna del partido, así como las infracciones de la legalidad socialista. La eliminación de estas infracciones ha fortalecido a nuestro partido, ha elevado todavía más su prestigio entre las masas trabajadoras.

Ley suprema de la actividad del Partido Comunista es su ligazón constante y cotidiana con las amplias masas populares, la preocupación por las necesidades y el bien del pueblo. El Partido Comunista, partido verdaderamente popular, no tiene intereses que no sean los del pueblo. Por ello el pueblo soviético siempre ha tenido y tiene confianza en el partido, por eso apoya como propia su política, pues ésta es la expresión científica de sus intereses vitales y diarios. La unidad del Partido Comunista y el pueblo soviético es indestructible. Ello es un manantial de fuerzas para el partido y para el pueblo.

La unidad del partido y el pueblo es garantía segura del poderío de la sociedad socialista y prenda del éxito en la edificación del comunismo. Mientras la ligazón del partido con el pueblo sea indestructible, las fuerzas del socialismo pueden no te-

mer tormentas ni tempestades, pueden no temer la furibunda y calumniosa propaganda de los enemigos del comunismo. Por ello hay que robustecer como algo sagrado la unidad del partido y el pueblo. No sólo hay que enseñar a las masas, sino que también hay que aprender de ellas, de su experiencia viva de creación de la nueva vida. Este es un importantísimo precepto del leninismo, y quien lo olvida es derrotado.

21. Prueba de la vitalidad, de la fuerza y de la madurez de un partido marxista es saber aplicar creadoramente la teoría revolucionaria en la solución de las nuevas tareas que plantea el desarrollo de la propia vida, la práctica. En oposición a los revisionistas y a los dogmáticos de la II Internacional, en oposición a los revisionistas y a los dogmáticos de hoy día el Partido Comunista de la Unión Soviética da ejemplos de aplicación creadora del marxismo-leninismo en la solución de las tareas de nuestra época, de las tareas que plantea la lucha por el comunismo, por la paz, contra la guerra, por una democracia auténtica, no falsa, por el bien y por la dicha del pueblo.

La historia del movimiento obrero evidencia que los partidos y los dirigentes que traicionan al marxismo están condenados a la bancarrota. Por el contrario, los partidos que permanecen fieles al marxismo-leninismo y saben desarrollarlo creadoramente y aplicarlo a los problemas más complejos de la actualidad, vencen en fin de cuentas a sus adversarios, pese a todas las dificultades y a todos los reveses temporales.

Los elementos revisionistas afirman que no existe un marxismo que corresponda a la época actual y que ese marxismo aun debe ser creado por alguien. Esas afirmaciones se enmascaran frecuentemente hablando de « preocupación » por el desarrollo del marxismo, pero en el fondo obedecen a fines muy distintos, lejanos del marxismo. La historia ha demostrado que el marxismo de la época actual ha obtenido y obtiene grandes victorias históricas sin precedente, y los verdaderos luchadores del socialismo en todos los países se enorgullecen legítimamente de ello. El marxismo de la presente época es el marxismo desarrollado creadoramente por Lenin y comprobado y enriquecido por la experiencia de la

Gran Revolución Socialista de Octubre y de la edificación del socialismo y el comunismo en la U.R.S.S., por la experiencia de la Gran Revolución China y de la edificación del socialismo en todos los países en los que la clase obrera tiene el Poder; es el marxismo que desarrollan día tras día el Partido Comunista de la Unión Soviética y todos los partidos comunistas y obreros hermanos que luchan contra el imperialismo, contra el yugo del capital.

Un notable ejemplo de desarrollo creador del marxismo-leninismo son los documentos y las resoluciones del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, que ofrecen un programa para la lucha por la paz y por la edificación del comunismo en la U.R.S.S. Las resoluciones del XX Congreso tienen una importancia enorme para todo el movimiento comunista y obrero internacional.

Al espíritu de la teoría marxista le son profundamente ajenos todo dogmatismo, la tendencia a sacar conclusiones prácticas no del análisis de los hechos y procesos que se dan en la vida, sino de planteamientos teóricos aprendidos de memoria; la tendencia a hacer del marxismo —doctrina eternamente viva y en constante desarrollo— un cúmulo de dogmas inertes y petrificados. El espíritu conservador, la falta de deseo o la incapacidad de ver las nuevas condiciones históricas, la nueva situación y los malabarismos con fórmulas anquilosadas, sin relación con la vida real, llevan inevitablemente a la bancarrota política.

Lenin veía en nuestro partido « el cerebro, el honor y la conciencia de nuestra época ». Con más de cincuenta años de lucha al frente de las masas populares, contra el sangriento zarismo, contra el imperialis-

mo, contra todas las fuerzas de la reacción y de la guerra, por el comunismo, por los intereses más hondos del pueblo, por los intereses de la humanidad trabajadora, el Partido Comunista ha demostrado su inmensa sabiduría, su perspicacia y su visión.

En el transcurso de los últimos cincuenta años, la burguesía imperialista ha arrastrado a la humanidad a dos sangrientas guerras mundiales de exterminio, y en el presente, ya en uno, ya en otro lugar del globo terrestre, desencadena « pequeñas » guerras contra los pueblos. El Partido Comunista de la Unión Soviética siempre ha desenmascarado audazmente las maquinaciones de los enemigos de la paz, ha levantado a los pueblos contra los incendiarios y los organizadores de las guerras, quitándoles la careta, fuera cual fuese. Hoy, con su valiente política de principios, el Partido Comunista de la Unión Soviética desenmascara las maquinaciones de los imperialistas, de los enemigos de la paz, de los reyes de la industria bélica, alquimistas de nuevo cuño que han aprendido a convertir la sangre y los sufrimientos de los pueblos en oro y en dólares y que amenazan a la humanidad con la más aniquiladora de las guerras, en la que se emplearían armas atómicas y de hidrógeno.

Los enemigos del comunismo, los enemigos de la paz y del progreso, los enemigos de la democracia y de la libertad odian ferozmente a nuestro partido, pues éste es el portador y el heraldo de la gran verdad de nuestra época. Pero, en cambio, le quieren y aprecian los pueblos del mundo, los trabajadores y los oprimidos de todos los países, los hombres progresistas de todos los continentes. Y en ello reside su invencible fuerza.

## VI. La política exterior de la Unión Soviética y la lucha de los pueblos por la paz

22. La Gran Revolución Socialista de Octubre abrió una nueva era en las relaciones entre los Estados y los pueblos. Lo mismo que en los asuntos internos, el Estado socialista se guía en su política exterior por los intereses de los trabajadores de la U.R.S.S., que coinciden con los de los trabajadores de todos los países. El objetivo principal de la política exterior del Estado soviético

es el mantenimiento de la paz, el desarrollo de relaciones de igualdad basadas en el respeto mutuo entre todos los Estados, el establecimiento de la amistad y la colaboración entre todos los pueblos.

En el histórico Decreto de la Paz, escrito por Lenin y aprobado por el II Congreso de los Soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia el 8 de noviembre de 1917, el

Estado soviético invitaba ya a las potencias beligerantes a poner fin a la guerra y concertar una paz justa y democrática y llamaba a los pueblos a tomar en sus manos la garantía de la paz. En la Declaración de los derechos de los pueblos de Rusia, publicada una semana después, se expuso un programa de relaciones verdaderamente amistosas y de igualdad entre las naciones. Estos documentos sentaron las bases de la política de paz del Estado soviético, política que, a despecho de las afirmaciones de los calumniadores burgueses, no ha cambiado jamás por consideraciones de momento y ha defendido siempre y con toda consecuencia la paz y los intereses de los pueblos que luchan por su libertad y su independencia.

Los primeros años de existencia del Estado soviético los distinguió ya la victoriosa lucha por asegurar la paz en sus fronteras y por establecer relaciones de igualdad con los pueblos del Oriente. Al abolir los onerosos tratados impuestos por la Rusia zarista, el Estado soviético sentó los cimientos de una verdadera amistad entre los pueblos de Asia, de África y de la Unión Soviética. Desde que se convirtió en una gran potencia industrial, el Estado socialista no sólo presta a dichos países apoyo moral y político en su lucha por conquistar, mantener y consolidar su independencia, sino que, además, les ayuda a crear la base económica de la independencia: a construir su industria y a desarrollar su agricultura.

En la sociedad socialista no hay clases o grupos sociales interesados en la guerra ni en la carrera armamentista. El afán de lucro, de ocupar territorios ajenos o mercados es orgánicamente extraño al Estado soviético. En abril de 1922, en la Conferencia de Génova de las grandes potencias, la Rusia Soviética propuso ya la reducción general de los armamentos. En 1927, al participar por primera vez en la IV Sesión de la Comisión Preparatoria de la Conferencia de Desarme, la Unión Soviética presentó un proyecto de desarme general, absoluto e inmediato. Durante todos los años que precedieron a la segunda guerra mundial, la U.R.S.S. luchó consecuentemente contra la carrera armamentista, desenmascarando el afán de los monopolios de la industria bélica de Alemania, EE.UU. e Inglaterra de armar a Hitler y lan-

zarla hacia el Este, contra la Unión Soviética.

Después de la segunda guerra mundial, la Unión Soviética ha planteado reiteradas veces a través de la Organización de las Naciones Unidas la cuestión del desarme y de la reducción de los armamentos y de las fuerzas armadas. En los últimos años, cuando aparecieron las armas atómicas y posteriormente las termonucleares (de hidrógeno), todavía más destructivas, la U.R.S.S. presentó la propuesta de que se prohibiera el empleo de las armas de exterminio en masa y se pusiera fin a las explosiones experimentales de armas nucleares, que envenan la atmósfera y constituyen un peligro incluso para las generaciones venideras.

El gran Lenin proclamó y fundamentó la posibilidad de la coexistencia pacífica de los Estados con distinto sistema social y político. En su política exterior, el Estado socialista se guía invariablemente por este principio leninista. Después de rechazar la agresión de los Estados burgueses, la Unión Soviética les propuso establecer relaciones normales, desplegar el comercio y ampliar los vínculos culturales.

La Unión Soviética siempre ha estado dispuesta a colaborar con las fuerzas del mundo capitalista interesadas en el mantenimiento de la paz. Antes de la segunda guerra mundial, propuso crear un sistema de seguridad colectiva para impedir que la Alemania hitleriana desencadenara la guerra. La U.R.S.S. estaba dispuesta a prestar ayuda militar a los países amenazados de agresión. Y si sus esfuerzos no se vieron coronados por el éxito, fué porque la Alemania hitleriana se había confabulado con los círculos reaccionarios de los EE.UU., Inglaterra y Francia que soñaban con yugular, valiéndose de Hitler, al primer Estado socialista. Pero los intereses de los grupos monopolistas rivales pudieron más que sus intereses de clase, y la Alemania hitleriana prefirió golpear primero a Francia y a Inglaterra.

La segunda guerra mundial, que de una conflagración imperialista se convirtió en una guerra antifascista, de liberación, demostró que los países capitalistas y los países socialistas no sólo pueden coexistir, sino incluso colaborar en los asuntos de la guerra.

Sin embargo, la derrota y la destrucción del nacionalsocialismo alemán, del fascismo italiano y del mili-

tarismo japonés no condujo al aplastamiento de las fuerzas monopolistas reaccionarias en los principales países capitalistas. Después de lucrarse con la guerra y de robustecer todavía más sus posiciones, esas fuerzas reaccionarias han desplegado de nuevo la lucha contra la Unión Soviética y contra los demás países socialistas, surgidos a consecuencia de la segunda guerra mundial. Los círculos gobernantes de los EE.UU., su camarilla militar y su diplomacia rodean a los países socialistas de bases militares y de bloques militares agresivos; han aparecido el Bloque Nortatlántico en el oeste, el de Bagdad en el sudeste y el asiático en el sudeste de Asia. El papel de fuerza de choque principal se reserva de nuevo a los militaristas revanchistas alemanes, que han ocupado el Poder en Alemania Occidental. Al fomentar el resurgimiento de la máquina bélica del imperialismo alemán, los círculos gobernantes norteamericanos, ingleses y franceses actúan contra los intereses nacionales de sus países; juegan con fuego y estimulan los siniestros planes revanchistas de los militaristas alemanes, que sueñan con una nueva guerra.

Los pueblos de Europa, y en primer lugar los de los países vecinos de Alemania Occidental, tienen cada vez más conciencia del peligro que encierra esa política. Las fuerzas patrióticas de los países europeos apoyan resueltamente la propuesta de la U.R.S.S. de crear en Europa un sistema general de seguridad colectiva que pudiera garantizar la paz en el continente europeo y ayudar al pueblo alemán a encontrar una vía real para su reunificación en un solo Estado alemán.

La Unión Soviética y todos los países socialistas se han manifestado y se manifiestan consecuentemente por el arreglo pacífico de todos los problemas internacionales en litigio. La U.R.S.S. lo ha demostrado así con su lucha infatigable por el arreglo pacífico del problema alemán, con la firma del Tratado de Estado con Austria y desmantelando sus bases militares en otros países. Junto con la República Popular China y apoyándose en el movimiento de masas de los pueblos en defensa de la paz, la Unión Soviética consiguió que los imperialistas se vieran obligados a poner fin a las operaciones militares en Corea y en el Viet-Nam. La U.R.S.S. se ha pronunciado resueltamente contra los imperialistas anglo-franco-israe-

lles, que con el apoyo de los Estados Unidos desencadenaron la agresión armada contra Egipto.

23. En los últimos cuarenta años, la Unión Soviética se ha convertido en un factor decisivo de la política internacional. Las posiciones internacionales de la Unión Soviética no sólo son firmes e incommovibles porque dispone de un respetable poderío económico y militar, sino también porque la posición soviética en los asuntos internacionales siempre ha coincidido con la de las amplias masas de todos los países. Así, la exigencia soviética de prohibición de las armas atómicas fué presentada por deseo de las masas populares y enérgicamente respaldada por ellas. El llamamiento de Estocolmo pidiendo la prohibición de las armas atómicas, al pie del cual se recogieron muchos millones de firmas, demostró lo acertada y oportuna que fué la propuesta soviética. Tomando en consideración la voluntad de las masas populares, la Unión Soviética ha propuesto que se prohíban las armas atómicas y de hidrógeno y que se ponga fin inmediatamente a sus pruebas. El movimiento por la prohibición de las pruebas de armas de hidrógeno, que se ha extendido actualmente a todos los países y a todas las capas de la población, comprendidos los más destacados hombres de ciencia, ha confirmado lo acertada y oportuna que ha sido esta iniciativa soviética.

La lucha de la Unión Soviética por la paz, por la coexistencia pacífica y por la emulación económica de los Estados con distinto sistema social no puede por menos de coincidir y coincide con el movimiento de los pueblos por el mantenimiento y la consolidación de la paz, porque los trabajadores de todos los países quieren la paz, quieren que se ponga fin a la carrera armamentista, lo que, como es lógico, aliviaría el fardo de los impuestos para fines bélicos y elevaría el bienestar de los pueblos. Una paz sólida responde a los intereses vitales de la inmensa mayoría de la humanidad, cualesquiera que sean las diferencias de régimen social, las convicciones políticas y las creencias religiosas.

El anhelo de paz de las amplias masas populares ha llevado en nuestros días a la formación de una extensa « zona de paz », en la que figuran tanto países socialistas como países no socialistas de Europa y de Asia, con una población de cerca de

mil quinientos millones de seres. En todos los países sin excepción se extiende el movimiento de partidarios de la paz, que es uno de los movimientos más masivos y progresistas del presente.

En nuestros días, la guerra no es algo fatal e inevitable. A las tenebrosas fuerzas de la reacción imperialista, a los monopolios capitalistas, interesados en la carrera de los armamentos y en las guerras de agresión, se oponen los Estados y los pueblos inspirados por el noble objetivo de poner freno a los organizadores de aventuras bélicas y de evitar a la

humanidad incontables víctimas y destrucciones. El fortalecimiento del sistema socialista mundial, la consecuente política de paz de los países socialistas y el desarrollo que por doquier adquiere el movimiento de partidarios de la paz maniatan a los agresores y dificultan el desencadenamiento de una nueva guerra.

Pero si, pese a todo, las fuerzas del imperialismo se atreven a desencadenar una nueva guerra mundial, chocarán con tal indignación y tal resistencia de los pueblos que conducirán al hundimiento definitivo de todo el sistema capitalista.

## VII. Influencia de la Gran Revolución Socialista de Octubre en los destinos históricos de la humanidad

**24.** La Revolución Socialista de Octubre fué la mayor revolución no sólo en la vida de los pueblos de la U.R.S.S. Ejerció una influencia decisiva en todo el curso de la historia del mundo, en los destinos históricos de toda la humanidad.

La Revolución de Octubre fué un punto crucial en el desarrollo del movimiento de liberación en el mundo entero, infundió a los trabajadores de todos los países nuevas fuerzas y seguridad en su victoria definitiva y dió origen a un ascenso inusitado del movimiento de liberación nacional en las colonias y en los países dependientes. Todos los pueblos vieron en la Revolución de Octubre un alentador ejemplo, y en el régimen por ella creado, el prototipo del futuro al que aspiran los trabajadores de todos los países.

En nuestra época marchan por el camino que la Revolución de Octubre abriera el gran pueblo chino y los trabajadores de varios países de Europa y de Asia. La victoria de la revolución socialista en China y en otras democracias populares es el más notable acontecimiento en la historia universal después de Octubre de 1917. Si antes de la segunda guerra mundial correspondían al sistema socialista el 17 % de la superficie del globo terrestre, cerca del 9 % de la población y alrededor de una décima parte de la producción industrial del mundo, hoy día a los países socialistas les corresponden ya el 26 % de la superficie del planeta, cerca del 35 % de su población y una tercera parte de su producción industrial.

El hecho de que se desgajaran del sistema del capitalismo mundial los países que han formado con la Unión Soviética el campo unido del socialismo ha hecho cambiar radicalmente en favor del socialismo la correlación de fuerzas entre los dos sistemas. El desarrollo del poderío y la unidad de los países del campo socialista fortalece todavía más las posiciones del socialismo y de las fuerzas progresistas en el mundo entero.

La fuerza del campo del socialismo reside en la comunidad de intereses de los países que lo integran, en la comunidad de su ideología y de su meta final. Se debe precisamente a esta unidad el que entre los pueblos, los gobiernos y los partidos marxistas-leninistas de los países socialistas existan unas relaciones cuyo rasgo distintivo sean una invariable ligazón fraternal, el intercambio de experiencias, una estrecha colaboración económica y una amistosa ayuda recíproca. Esas relaciones entre los países del campo del socialismo dimanar, por ley de naturaleza, de la propia esencia social económica del socialismo, del mismo modo que de la esencia del capitalismo dimanar las relaciones de competencia y enemistad que hay entre los países capitalistas. La confraternidad indestructible de los países del campo socialista encarna el principio del internacionalismo proletario. Ningún país socialista puede quedar al margen de esta colaboración y esta ayuda recíproca fraternales. Ello redundaría en perjuicio de sus propios intereses, ya que la estrecha ayuda mutua económica y política de los Estados socialistas contribuye al más rápido des-

arrollo de cada país por separado y garantiza su seguridad.

La Unión Soviética, como primer país del socialismo triunfante y el más poderoso en la familia de los países socialistas, posee una experiencia inmensa y presta ayuda y apoyo a los demás Estados del campo del socialismo, cumpliendo con ello su deber internacionalista. Los pueblos de estos países ven en la Unión Soviética el baluarte del socialismo y sienten hacia ella gratitud y amistad fraternales, que los enemigos del socialismo no lograrán empañar.

**25.** La asimilación creadora de la experiencia de la Revolución de Octubre facilita hoy el avance hacia el socialismo a todos los países que se han desgajado del sistema capitalista. Mao Tse-tung, el jefe del gran pueblo chino, dice: « Precisamente siguiendo el camino de la Gran Revolución Socialista de Octubre ha logrado nuestro pueblo chino los actuales éxitos y victorias. El pueblo chino siempre ha considerado la revolución china como la continuación de la Revolución Socialista de Octubre, y lo estima un gran honor ». La importancia histórica que tienen para el mundo entero los cuarenta años de experiencia de la Revolución de Octubre reside precisamente en que ella abrió la vía magna del socialismo y descubrió rasgos y leyes generales aplicables a todos los países que avanzan hacia el socialismo.

Lenin decía en 1920: « ...Hoy tenemos ya una experiencia internacional muy considerable, que demuestra con absoluta claridad que algunos de los rasgos fundamentales de nuestra revolución tienen una importancia no local, no particular, no nacional, no sólo rusa, sino internacional ». (Obras, tomo 31, pág. 5.)

Como lo acredita la experiencia histórica del desarrollo de los países socialistas, los rasgos y las leyes generales de la victoria de la revolución socialista y de la creación de una nueva sociedad, de la sociedad socialista, son: la conquista del Poder político por la clase obrera, el establecimiento de la dictadura del proletariado, democracia para los trabajadores, con el papel dirigente del partido marxista-leninista; la alianza de la clase obrera con las principales masas campesinas y con todas las demás capas trabajadoras; la eliminación del yugo nacional y el establecimiento de la igualdad y de una

amistad fraterna entre los pueblos; la supresión de la propiedad capitalista y el establecimiento de la propiedad socialista, social, sobre los medios de producción fundamentales; el desarrollo planificado de la industria y de toda la economía orientado a la construcción del socialismo y del comunismo y a la elevación del nivel de vida de los trabajadores; la gradual transformación socialista de la agricultura; el fortalecimiento y el desarrollo del Estado socialista y el desenvolvimiento de la democracia socialista, la defensa de las conquistas del socialismo contra los atentados de los enemigos de clase exteriores e interiores; la solidaridad de la clase obrera del país en cuestión con la clase obrera de los demás países que luchan por el triunfo de las ideas del socialismo y del comunismo, es decir, el internacionalismo proletario.

La Revolución de Octubre ha dado al traste con todas las teorías reformistas y oportunistas que afirman que el socialismo se puede edificar sin que la clase obrera ejerza la dirección política de la sociedad, sin la dictadura de la clase obrera, que puede llegarse a él por integración paulatina del capitalismo en el socialismo.

Condición principal de la transformación socialista de la sociedad es, como lo demuestra la experiencia histórica, la revolución socialista y el establecimiento del Poder político de la clase obrera, la dictadura del proletariado, en una u otra forma. En cuanto a las vías para la conquista del Poder por la clase obrera, en cuanto a los métodos y al ritmo de las transformaciones socialistas, así como a las formas de la dictadura del proletariado, no sólo pueden tener, sino que tendrán sus peculiaridades, en dependencia de las condiciones concretas del desarrollo de los distintos países.

El marxismo-leninismo parte de que las peculiaridades del camino de cada país no excluyen la comunidad de algunos rasgos y leyes esenciales de la revolución socialista, de la edificación del socialismo y del comunismo. Al marxismo-leninismo le son profundamente ajenas las concepciones de quienes anteponen las peculiaridades nacionales de cada país que marcha hacia el socialismo y olvidan los principios básicos y esenciales comunes de la revolución socialista.

26. El viraje de importancia histórica mundial en el desarrollo y en los destinos de la humanidad al que dió comienzo la Revolución de Octubre de 1917 se percibe con toda fuerza en la parte del globo terrestre dominada aún por el capitalismo.

La propia existencia del sistema socialista mundial y las ventajas del socialismo sobre el capitalismo multiplican las fuerzas del proletariado de los países capitalistas en su lucha de clase contra el capital. El temor a la revolución socialista obliga a la burguesía, a la par que intensifica la represión del movimiento obrero revolucionario, a hacer ciertas concesiones a los obreros, a satisfacer sus reivindicaciones de aumento de salarios, reducción de la jornada de trabajo, etc.

Aumenta la organización y se eleva la conciencia política de la clase obrera. En países capitalistas tan importantes como Francia e Italia, la mayoría de los obreros organizados apoyan a los partidos comunistas. Si en 1917, en víspera de la Revolución de Octubre, los comunistas no pasaban en Rusia de 250.000, y en los demás países había tan sólo contados grupos próximos al comunismo, hoy los partidos comunistas agrupan en sus filas a más de 33.000.000 de militantes. Ello prueba que existe una determinada ley de desarrollo de la influencia de las ideas comunistas, ello prueba el desarrollo del movimiento comunista.

La Gran Revolución Socialista de Octubre asestó un golpe demoledor a la ideología burguesa, al oportunismo en el movimiento obrero, al socialchovinismo y al nacionalismo reaccionario. Muchos millones de trabajadores han cerrado filas bajo la bandera del marxismo-leninismo.

La acentuación de las contradicciones del capitalismo y el debilitamiento de las posiciones de la burguesía reaccionaria hacen más profunda la crisis de los partidos reformistas y más débil la influencia de los líderes derechistas de la socialdemocracia entre los trabajadores. Cobra más fuerza la tendencia de la clase obrera a la unidad en la lucha contra el Poder del capital, por la paz, la democracia y el socialismo. Ello crea condiciones para superar la escisión en el movimiento obrero, sin lo cual es imposible la conquista del Poder por la clase obrera.

Hoy día, cuando existe el pode-

roso campo de los países socialistas, cuando se descompone el sistema colonial del imperialismo, cuando los partidos burgueses y pequeñoburgueses van de bancarrota en bancarrota, en varios países capitalistas se han creado condiciones propicias para unir a los campesinos y a las amplias masas populares en torno a la clase obrera. La lucha contra la reacción y el fascismo y la experiencia del logro de la unidad de acción de las fuerzas democráticas en algunos países ponen de manifiesto las enormes posibilidades de que dispone en nuestra época el amplio movimiento democrático encabezado por la clase obrera.

Sin embargo, el imperialismo, sus ideólogos, políticos y periodistas, toda su máquina propagandística, no cejan en sus ataques contra el marxismo-leninismo, contra el socialismo como doctrina y como sistema social y económico, sino que los refuerzan. Los actos de diversión ideológica de las fuerzas de la reacción contra el movimiento comunista se han reflejado, en los últimos tiempos, en la propagación de las corruptas ideuchas del « comunismo nacional », en la difusión que han adquirido las maniobras revisionistas de toda laya en el seno de los partidos comunistas.

Hoy, como en el pasado, el revisionismo tiene un carácter internacional. Por su esencia social, es resultado de la influencia y la presión de la burguesía sobre determinada parte de la clase obrera, y en las condiciones actuales, lo es también de la influencia de la ideología burguesa y reformista de los socialistas de derecha en los comunistas menos firmes.

¿Qué aspectos principales caracterizan al revisionismo contemporáneo?

En primer lugar, su renuncia, en mayor o menor medida, a las bases del marxismo, a la abolición de la propiedad capitalista sobre los medios de producción y a su sustitución por la propiedad social; su renuncia a la idea de la dictadura del proletariado, a la teoría del papel dirigente de la clase obrera y de su partido marxista-leninista en la revolución socialista y en la construcción del socialismo y del comunismo y su deslizamiento a las posiciones de la democracia burguesa. Imre Nagy mostró en Hungría con particular nitidez este aspecto del revisionismo, llegando a la más absoluta traición a la causa socialista.

Distingue al revisionismo contemporáneo la dejación de los principios del internacionalismo proletario, el paso a posiciones que minan la unidad del campo socialista, a posiciones nacionalistas. El revisionismo niega ciertos rasgos y leyes esenciales comunes del paso del capitalismo al socialismo. La consigna de « comunismo nacional », lanzada por Dulles y otros ideólogos del imperialismo, persigue el fin de escindir la confraternidad de países socialistas, de enfrentarlos a unos con otros, y particularmente con la Unión Soviética. El objetivo de este artero plan de la burguesía internacional es claro: quisiera debilitar el sistema mundial del socialismo y fortalecer las posiciones internacionales del capitalismo.

Los partidos comunistas y obreros luchan contra la nociva influencia del revisionismo contemporáneo y le dan la réplica que se merece.

27. La fuerza de atracción del ejemplo de la Unión Soviética, que ha eliminado sin dejar rastro la desigualdad nacional, y el florecimiento de las repúblicas del Oriente Soviético han inspirado a los pueblos de las colonias y los países dependientes a la lucha por su liberación. La Gran Revolución Socialista de Octubre dió comienzo a la profunda crisis del sistema colonial del imperialismo, abrió la era histórica de la emancipación de los pueblos de Asia y de Africa, de la formación de Estados soberanos e independientes en los países orientales y de su renacimiento nacional.

Después de la segunda guerra mundial, que terminó con la derrota de los agresores fascistas y con el debilitamiento de las fuerzas de la reacción internacional, la crisis del sistema colonial se hizo más aguda, y ese oprobioso sistema de opresión imperialista empezó a disgregarse bajo el creciente embate de la lucha de liberación nacional de los pueblos. Un brillante ejemplo de la descomposición del sistema colonial ha sido la victoria del gran pueblo chino sobre las fuerzas de la reacción imperialista y la reacción feudal interior, la formación de la República Popular China. La liberación del yugo colonial de más de 1.300.000.000 de seres humanos, es decir, de la mitad de la población del globo terrestre, y la formación de Estados independientes tan importantes como China y la India, Indonesia, Birmania, Egipto y Si-

ria evidencian que ha llegado un nuevo período de la historia universal previsto por Lenin, el período del renacimiento de los pueblos de Oriente, que deciden ellos mismos sus destinos y participan activamente en la decisión de los destinos de toda la humanidad.

Los intentos de los Estados imperialistas para frenar la descomposición del sistema colonial recurriendo a los procedimientos más diversos —desde el desencadenamiento de guerras coloniales contra los pueblos amantes de la libertad de Asia y Africa, hasta la ingerencia, bajo la bandera de la « ayuda » económica y militar, en los asuntos internos de Estados soberanos— no pueden hacer cambiar el rumbo de la historia, no podrán impedir el hundimiento inevitable del sistema colonial. El éxito de la réplica dada a los intervencionistas imperialistas en Corea, Indochina e Indonesia y el fracaso de la aventura colonialista anglo-francesa en Egipto evidencian el debilitamiento creciente de las posiciones del imperialismo.

La existencia de la Unión Soviética y de los demás Estados socialistas, que defienden firmemente el principio leninista de la autodeterminación de las naciones, facilita en enorme grado la lucha de todos los pueblos oprimidos por su independencia nacional, contra el colonialismo. Al emprender el camino de su desarrollo independiente, los pueblos de los países que ayer eran colonias y semicolonias cuentan con la desinteresada ayuda de la Unión Soviética y los demás Estados socialistas en la lucha por consolidar su independencia económica y política, contra los complotos y las aventuras imperialistas.

\*\*

Cada año es mayor la significación internacional de la Gran Revolución Socialista de Octubre, que abrió nuevos y luminosos horizontes a la humanidad y enarboló muy alto la bandera de lucha por la emancipación social y nacional, la bandera del comunismo.

Hoy día se ha confirmado de modo irrefutable, y no sólo teóricamente, sino por la propia vida, que la revolución socialista no es un mero « experimento ruso », como afirmaban los ideólogos burgueses. Se cum-

plen las proféticas palabras de Lenin: « Nuestra república socialista de los Soviets se mantendrá firme, como antorcha del socialismo internacional y como ejemplo para todas las masas trabajadoras ». (Obras, tomo 26, pág. 429.)

Los acontecimientos de los últimos cuarenta años evidencian que sólo la reestructuración socialista de la sociedad puede sacar al género humano del atolladero a que lo ha llevado el capitalismo y resolver los candentes problemas sociales que la humanidad tiene planteados en la época actual. Sólo el socialismo puede ofrecer campo libre al desarrollo de las fuerzas productivas, terminar con las crisis económicas, con el desempleo, con la miseria de los trabajadores, con el peligro de nuevas guerras, las guerras más destructivas, y garantizar a los pueblos una paz firme. Sólo el socialismo y el comunismo abren ante la humanidad perspectivas de desarrollo ilimitado de la ciencia y de la técnica, de la literatura y del arte, y perspectivas de polifacético desarrollo de la personalidad humana.

A mediados del siglo XX se han perfilado con toda claridad las pers-

pectivas de desarrollo del sistema socialista y del capitalista. El sistema capitalista, en tiempos progresista comparado con los sistemas anteriores, ha dejado atrás hace ya mucho la etapa de su florecimiento. El capitalismo contemporáneo es el capitalismo agonizante y en putrefacción; vive su crepúsculo, su ocaso, y rueda incontinentemente hacia su inevitable fin. En oposición a ello, el joven sistema socialista, pleórico de fuerzas vitales, marcha por la senda de su continuo ascenso y florecimiento. Con cada año, con cada quinquenio será más firme y seguro el poderoso avance del nuevo mundo, del mundo socialista.

Preparándose para festejar el cuarenta aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre, la clase obrera, los campesinos koljosianos y los intelectuales soviéticos se agrupan todavía más estrechamente en torno a su Partido Comunista y al Gobierno soviético, y llegarán a la memorable efemérides con nuevas realizaciones en todas las esferas de la edificación económica y cultural, con nuevas victorias en el grandioso avance de la sociedad soviética por el camino del comunismo.



MINISTERIO  
DE CULTURA



... las palabras en la ...  
... el sistema ...  
... el sistema ...  
... el sistema ...  
... el sistema ...

... del desarrollo del sistema so-  
... y del capitalismo. El sistema  
... en tiempos progresista  
... con los sistemas anterior-  
... de donde surgió hasta ya mucho la  
... de su florecimiento. El capita-  
... contemporáneo es el capitalis-  
... y de producción, vive  
... y el sistema  
... en el mundo  
... inevitable-  
... el joven siste-  
... de nuevas vi-  
... marcha por la senda de la con-  
... y florecimiento. Con  
... con cada generación será  
... y seguro el progreso  
... de la nueva sociedad, un mundo so-  
... cialista.

MINISTERIO DE CULTURA

